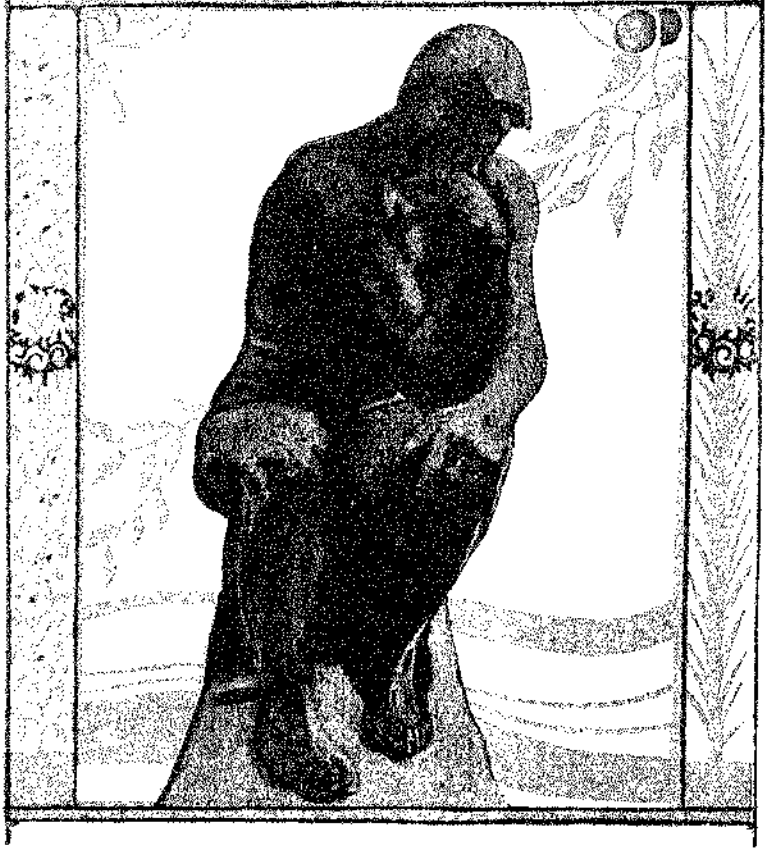
BIBLIOTECA DE ESCRITORES DE LA RAZA



JUAN MONTALVO

SUS MEJORES PROSAS

(SEGUIDAS DE ALGUNOS INÉDITOS)

Prólogo de Vargas Vila

LOS HÉROES DE LA EMANCIPACIÓN AMERICANA. — BOLÍVAR Y NAPOLEÓN.—BOLÍVAR Y WÁSHINGTON.—VIAJES. POESÍA DE LOS MOROS. CÓRDOBA. LA GRAN MEZQUITA.—MÉXICO. CAPÍTULO QUE SE LE OLVIDÓ A CERVANTES.—INÉDITOS.

PJYY

JUAN MONTALVO

SUS MEJORES PROSAS

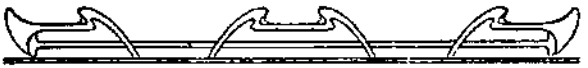
Biblioteca de Escritores de la Raza

JUAN MONTALVO

SUS MEJORES PROSAS

(SEGUIDAS DE ALGUNOS INÉDITOS)

EDITORIAL HISPÁNICA
ADMINISTRACIÓN: MADERA, NÚM. 30
Apartado de Correos núm. 708
MADRID



JUAN MONTALVO

. . . . . .

. . . . . .

Era excelso entre los excelsos.

Ocupaba la cima de los grandes espíritus. Confinaba por un lado con los genios y por otro con las multitudes. Era clásico como Desmoulins, y rudo como Marat. Era austero y tumultuoso; predecía e insultaba; todo en él era olímpico: el dicterio y el canto.

Nadie ha escrito mejor que él la lengua española en la América latina.

Era puro y fuerte, sin mancha y sin desmayos. Su anatema mataba.

No escribía, sino esculpía. Los tiranos inmortalizados por su pluma son bajos-relieves grotescos y sombríos, allí en el frontis de la Historia. No viven por ellos sino por él. Así levantan las águilas a las serpientes en el pico y en las garras.

García Moreno, Urbina, Veintemilla, allí están escupidos, y esculpidos por él. Su saliva inmortaliza.

Esa es la gloria de ellos, haber sido tocados por el extremo de aquella pluma de fuego, que como el hierro rojo quema y alumbra.

Proscripto, perseguido, asechado; escapando aquí del patíbulo, allí del puñal, mas allá del veneno, fué este insurrecto sublime de playa en playa y de pueblo en pueblo, bajo el fardo de sus tristezas, con la corona de sus dolores, extremeciendo el horizonte con sus gritos de Titán.

Para Montalvo no hubo calma.

Eterno mar siempre en cólera, arrojando su espuma contra el escollo y lanzando sus olas tumultuosas y soberbias a la playa: La tempestad era el rumor de su genio.

No se calmó sino con la muerte.

*

Sólo, pobre, triste, pero soberbio siempre, como un águila viuda, se refugió en su aislamiento, plegó las alas de su espíritu y su cabeza poderosa se dobló... No la inclinó sino ante la muerte!

Allá en París, entre los ruidos de la civilización y del placer, murió el sabio austero, consumido por el fuego del amor a la Libertad y a la Justicia.

Insultado, perseguido, calumniado, cayó el apóstol.

*

Prometeo rompió la cadena... El buitre hosco tendió las negras alas, harto de picotear al titán, atravesó el Atlántico y plegó el vuelo en las espesas selvas americanas.

Allí esperó la vuelta del proscripto muerto.

Ya no podía picotearle el vientre, pero anhelaba picotear sus huesos.

❁

Un día se vió un buque aparecer en el horizonte...

Oscura nube de buitres tendió el vuelo, y graznaban y se cernían sobre el navío y aleteaban furiosos. Eran los sacerdotes del Ecuador que salían a cerrar la entrada a la gloria del Ecuador.

Era que volvían a la patria los huesos de Montalvo, y los buitres del catolicismo salieron a su encuentro.

Los apóstoles de la mentira no han perdonado al apóstol de la verdad.

Allá en Guayaquil, en tumba humilde reposan los restos del ecuatoriano más grande y del escritor más ilustre de la América latina...

Murió él y murió la protesta.

La América latina languidece con plétora de poetas, cortesanos y aduladores.

¿En dónde están los herederos de Montalvo?

¿En dónde están las almas combatientes?

La libertad perseguida, buscando héroes y

mártires, puede ser descrita como la Roma decadente del poeta:

> Corrió al foro llamando a sus legiones
> dispersas y distantes,
> y sólo respondieron los histriones
> mezclados al tropel de las bacantes.

¡Oh época menguada y triste, tú pasarás!

No es eterna la noche en el horizonte, ni en los pueblos.

Un día, manos poderosas alzarán el escudo de Montalvo, caído sobre su tumba.

La estatua del apóstol levantada allá en Quito, cerca a las nieves perpetuas, iluminada por las llamas del Pichincha, anunciará al mundo que la Libertad ha escalado los Andes y que la sombra cariñosa y austera de Montalvo, vela por ella en su supremo aislamiento y en la olímpica serenidad de su grandeza...

VARGAS VILA.

LOS HÉROES DE LA EMANCIPACIÓN AMERICANA

Al tiempo que el Genio de la guerra se coronaba Emperador de Francia por mano de un Pontífice cautivo, corría la Europa un hijo del Nuevo Mundo, poseído de inquietud indefinible que no le daba punto de reposo. De ciudad en ciudad, de gente en gente, ni el estudio le distrae, ni los placeres le encadenan, y pasa, y vuelve y se agita como la Pitonisa atormentada por un secreto divino. *Est Deus in nobis*, exclama el poeta, gimiendo bajo el poder de Apolo, en la desesperación que le causa la tiranía de las Musas. Dios está en el pecho del poeta, Dios en el del filósofo, Dios en el del santo, Dios en el del héroe, Dios en el de todo hombre que nace al mundo con destino digno de su Creador: belleza, verdad, beatitud, son cosas dignas de él; la libertad es también digna de él: él es el libre por excelencia; la libertad es bella, verdadera, santa, y por lo mismo tres veces digna de Dios. No el Genio impuro del vicio, ni el amable Genio del

placer le poseen a ese desconocido, sino un Genio superior a todos, el primero en la jerarquía mundana, el Genio de la libertad encendido en las llamas del cielo. Tiene un dios en el corazón, dios vivo, activo, exigente, y de allí proviene el desasosiego con que lucha, sintiendo cosas que no alcanza, deseando cosas que no sabe. El dios sin nombre, el dios oculto a quien adoraban en Atenas, le pareció a San Pablo la divinidad más respetable. La más respetable, sí, pero la más temible, la más insufrible, por cuanto el seno del hombre no ofrece tanto espacio como requiere la grandeza de un dios que se extiende infinitamente por lo desconocido. De Madrid a París, de París a Viena, de Viena a Berlín, de Berlín a Londres no para el extranjero: ¿qué desea? ¿qué busca? El dios de su pecho le atormenta, pero él no le conoce todavía, si bien columbra algo de grande en la oscuridad del porvenir, y ve apuntar en el horizonte la luz que ha de ahuyentar la hambrienta sombra que le devora el alma. No podemos decir que no procurase poner remedio a su inquietud, cuando sabemos por él mismo que en tres semanas echó a mal treinta mil duros en una de esas capitales, como quien quisiese apartar los ojos de sí mismo, dando consigo en un turbión de logros y deleites. O era más bien que tenía por miserables sus riquezas si no daba como rey, él que había nacido para rehusar las ofertas de cien agradecidos pueblos. Si la vanidad no es flaco de

las naturalezas elevadas, el esplendor les suele influir, en ocasiones: mal de príncipe, si ya la inclinación a lo grande es enfermedad en ningún caso.

Llamábase Bolívar ese americano; el cual, sabiendo al fin para lo que había nacido, sintió convertirse en vida inmensa y firme la desesperación que le mataba. La grande, muda, inerme presa que España había devorado trescientos largos años, echa al fin la primer queja y da una sacudida. Los patriotas sucumben, el verdugo se declara en ejercicio de su ministerio, y el Pichincha siente los pies bañados con la sangre de los hijos mayores de la patria. Bien sabían éstos que el fruto de su atrevimiento sería su muerte; no quisieron, sino dar la señal, y dejar prendido el fuego que acabaría por destruir al poderoso tan extremado en la opresión como dueño de llevarla adelante. ¿Qué nombre tiene ese ofrecer la vida sin probabilidad ninguna de salir con el intento? Sacrificio; y los que se sacrifican son mártires; y los mártires se vuelven santos; y los santos gozan de la veneración del mundo. Nuestros santos, los santos de la libertad, santos de la patria, si no tienen altares en los templos, los tienen en nuestros corazones, sus nombres están grabados en la frente de nuestras montañas, nuestros ríos respetan la sangre corrida por sus márgenes y huyen de borrar esas manchas sagradas. Miranda, Madariaga, Roscio, a las cadenas; Torres, Caldas, Pombo, al patíbulo. Pero los que cogieron la flor de la tumba, los

que desfilaron primero hacia la eternidad coronados de espinas bendecidas en el templo de la patria, se llaman Ascásubi, Salinas, Morales, y otros hombres, grandes en su obscuridad misma, grandes por el fin con que se entregaron al cadalso, primogénitos escogidos para el misterio de la redención de Sud-América. La primera voz de independencia fué a extinguirse en el sepulcro: Quito, primera en intentarla, habia de ser última en disfrutarla: así estaba de Dios, y doce años más de cautiverio se los había de resarcir en su montaña el más virtuoso de los héroes. Ese ¡ay! de tan ilustres víctimas; ese ¡ay! que quería decir: ¡Americanos, despertáos! ¡americanos, a las armas! llegó a Bolivar, y él se creyó citado para ante la posteridad por el Nuevo Mundo que ponía en sus manos sus destinos. Presta el oído, salta de alegría, se yergue y vuela hacia donde tiene un compromiso tácitamente contraído con las generaciones venideras. Vuela, más no antes de vacar a una promesa que tenía hecha al Monte Sacro, mausoleo de la Roma libre, porque el espíritu de Cincinato y de Furio Camilo le asistieran en la obra estupenda a la cual iba a poner los hombros. Medita, ora, se encomienda al Dios de los ejércitos, y en nao veloz cruza los mares a tomar lo que en su patria le corresponde de peligro y gloria.

Peleó Bolívar en las primeras campañas de la emancipación a órdenes de los próceres que, ga-

nándole en edad, le ganaban en experiencia; y fué tan modesto mientras hubo uno a quien juzgó superior, como fiero cuando vió que nadie le superaba. Bolívar, después del primer fracaso de la república, tuvo la desgracia de ser uno de los que arrestaron al Generalísimo, achacándole un secreto que no podía caber en la conducta de tan claro varón, soldado de la libertad que había corrido el mundo en busca de gloriosa muerte. Si historiador o cronista ha explicado el motivo de esa vergonzosa rendición del ejército patriota, no lo sé. Sin batalla, sin derrota, seis mil valientes capacas de embestir con Jerjes, bajan las armas ante enemigo menor en número, sin más capitán que un aventurero levantado, no por las virtudes militares, sino por la fortuna. Miranda expió su falta con largos años de prisión, agonizando en un calabozo, donde no padeció mayer tormento que el no haber vuelto a tener noticia de su adorada Venezuela, hasta que rindió el espíritu en manos del único a quien es dado saber todas las cosas.

No era Bolívar el mayor de los oficiales cuando hubo para sí el mando del ejército; y con ser de los más jóvenes, principió a gobernarle como general envejecido en las cosas de la guerra. Hombre de juicio recto y voluntad soberana, aunque temblaran cielos y tierra, sus órdenes habían de ser obedecidas. En los ojos tenía el domador de la insolencia, pues verle airado era

morirse el atrevido. Estaba su corazón tomado de un flúido celestial, y no era mucho que su fuego saliese afuera ardiendo en la mirada y la palabra. La fuerza física nada puede contra ese poder interno que obra sobre los demás por medios tan misteriosos como irresistibles. Los hombres extraordinarios en los ojos tienen rayos con que alumbran y animan, aterran y pulverizan. Pirro, agonizante, hace caer de la mano la espada del que iba a cortarle la cabeza, con una mirada, ¡qué mirada! eléctrica, espantosa: en ella fulguran el cielo y el infierno. Mario pone en fuga al cimbrio que viene a asesinarle, sin moverse, con sólo echarle la vista; y se dice que la mirada de César Borgia era cosa imposible de sostener. El general Páez habla de los ojos de Bolívar encareciendo el vigor de esa luz profunda, la viveza con que centellaban en ocasiones de exaltación. Y si no, ¿por dónde había de verse el foco que arde en el pecho de ciertos hombres amasados de fuego y de inteligencia? La medianía, la fealdad, la estupidez miran como la luna, y aun pudieran no tener ojos. Júpiter mueve los suyos y treme el firmamento. Homero sabía muy bien lo que convenía a los inmortales.

Naturalezas bravías incapaces de avenirse al yugo de la obediencia, no eran los compañeros de Bolívar hombres que cooperaran a su obra con no desconcertarle sus planes; antes con la sedición dejaron muchas veces libre al enemigo,

una vez recobrado, formidable. Pero los atrevidos las habían con uno que daba fuerza al pensamiento, mostrando con los hechos la superioridad de su alma, y tenían que rendirse al genio apoyado por la fuerza. Así fué como en lo mejor de la campaña quitó de por medio a un jefe tan valeroso como turbulento, tan útil por sus hazañas como embarazoso y dañino por sus pretensiones desmedidas. Terrible, inexorable, manda el General pasar por las armas al león, y el invicto Piar entrega en manos de sus compañeros una vida, preciosa para la patria, si menos apasionada. Tras que este ejemplo de rigor era justo desagravio de la autoridad ofendida, no había otra manera de poner a raya los disparos de la ambición, la cual se sale de madre siempre que no se le opone sino el consejo y las caricias. No en vano ciñe espada el príncipe, dice un gran averiguador de verdades: no en vano ciñe espada el caudillo de una revolución: libertad y anarquía son cosas muy diferentes. Habían sacudido el yugo los fieros hijos de una tierra que no es buena para esclavos, y su ahinco se cifraba en irse cada uno con la corriente de su propia voluntad; cosa que hubiera traído el perderse la República, pues donde muchos mandan el orden viene mal servido, y la desobediencia vuelve inútiles los efectos del valor. Si el más fuerte no los dominara con su poder olímpico, término llevaban de ser todos ellos Dictadores. En esto es superior el héroe americano a los grandes

hombres antiguos y modernos; ninguno se ha visto en el duro trance de haber de rendir a sus compañeros de armas al tiempo que el enemigo común cerraba con unos y otros. Alejandro no hubiera llevado adelante sus conquistas, si sus capitanes le hubieran disputado la primacía; César no hubiera subido en carro triunfal al Capitolio, si entre sus conmilitones se contaran ambiciosos del mando, envidiosos de su gloria. Napoleón mismo no experimentó la ingratitud de sus tenientes sino cuando los hubo puesto sobre el trono: en tanto que ese monstruo se iba tragando el mundo, todos le obedecían y servían de buen grado. Bolívar tuvo que sojuzgar a más de un Rotolando; no eran otra cosa Bermúdez, Mariño, Ribas: tuvo que fusilar leones como Piar; tuvo que servirse de los mismos que no perdían ocasión de traer algún menoscabo a su prestigio, y para ésto fué preciso que ese hombre abrigase en su pecho caudales inmensos de energía, fortaleza, constancia. En pudiendo crecer su propia autoridad, pocos tenían cuenta con lo que debían a la patria; y si bien todos anhelaban por la independencia, cada cual hubiera querido ser el a quien se debiese su establecimiento. Representan la ambición en pro de la República hasta cuando los enemigos de ella se declaran vencidos; y puesto que ningún tiempo es hábil para soltar la rienda a esa pasión bravía, mal por mal, primero la guerra civil que el triunfo de las cadenas.

No era don Simón amigo de recoger voluntades, como suelen los que no alcanzan espíritus para causar admiración ni fuerzas para infundir temor: el cariño que brota sin saber cuándo de en medio del respeto, ese es el acendrado; que el amor de los perversos lo granjeamos con la complicidad, el de los soberbios con someternos a ellos, y el de los vanidosos con deferir a su dictamen. Por lo que mira al de los ruines, bien como al de ciertos animales, cualquiera se lo capta con el pan. Aquel flujo por andar haciéndose querer de éste y del otro por medio de halagos y caricias, no conviene a hombres respetables por naturaleza, los cuales tienen derecho al corazón de sus semejantes; y menos cuando el resorte del temor es necesario, en circunstancias que más rinde la obediencia ciega que el afecto interesado. A Aquiles, a Héctor no se les quiere, se les admira: a Napoleón se le teme: a Wáshington se le venera, a Bolívar se le admira y se le teme. En ocasión tan grande como la libertad de un mundo, el protagonista del poema no ha de ser amable; ha de ser alto, majestuoso, terrible: feroz no, no es necesario; cruel no, no es conveniente; pero firme, grande, inapelable, como Bolívar. Seguro estaba de entrar con él en gracia el que hacía una proeza; y no se iba a la mano en los encomios, como hombre tan perito en los achaques del corazón, que a bulto descubría el flaco de cada uno: dar resquicio a la familiaridad, nunca en la vida. La

familiaridad engendra el desprecio, dicen. Hombre que supo todo no pudo ignorar las máximas de la filosofía. Mas nunca tomó el orgullo y el silencio por partes de la autoridad, pues cuando callaban las armas, su buen humor era presagio de nuevos triunfos. La alegría inocente es muy avenidera con la austeridad del alma, puesto que la moderación ande ahí juntándoles las manos. En uno de sus banquetes, el vencedor de Darío propuso un premio para el que más bebiese: Prómaco se bebió ocho azumbres de vino y lo ganó. A la vuelta de tres días la muerte se lo había comido al bebedor. Otra ocasión se tomó a burlar con el poeta Charilao, ofreciéndole un escudo por cada buen verso de los que debía leer, como llevase un cachete por cada uno de los malos. El poeta llenaba la faltriquera, pero ya le saltaba la sangre por las mejillas: El conquistador risa que se moría. No sé que Napoleón hubiese adolecido de flaquezas semejantes. Bolívar nunca. Borracho al fin el hijo de Filipo.

Austero, pero sufrido; pocas virtudes le faltaban. Si el sufrimiento no se aviniera con la fogosidad de su alma cuando el caso lo pedía, ¿qué fuera hoy de independencia y libertad? Sus aborrecedores agravios, él silencio; sus envidiosas calumnias, él desprecio; sus rivales provocaciones, él prudencia: con el ejército enemigo, un león: se echa sobre él y lo devora. Los huesos

con que están blanqueando los campos de Carabobo, San Mateo, Boyacá, Junín, acreditan si esa fiera nobilísima era terrible en la batalla. Si de la exaltación pudiera resultar algo en daño de la república, un filósofo. Cuando el fin de las acciones de un hombre superior es otro que su propio engrandecimiento, sabe muy bien distinguir los casos en que ha de imperar su voluntad de los en que se rinde a la necesidad. Su inteligencia no abrazaba solamente las cosas a bulto, pero las deslindaba con primoroso discernimiento; y nunca se dió que faltase un punto á la gran causa de la emancipación apocándose con celos, odios ni rivalidades. En orden a las virtudes, siempre sobre todos: cuando se vió capitán, luego fué Libertador. Imposible que hombre de su calidad no fuese el primero, aun entre reyes. Como caudillo, par a par con los mayores; de persona a persona, hombre de tomarse con el Cid, seguro que pudiera faltarle el brazo en diez horas de batalla, el ánimo ni un punto. Pero ni el brazo le falta: el vigor físico no es prenda indiferente en el que rige a los demás. Palante yace extendido boca arriba en las tierras de Evandro con una herida al pecho, la cual nada menos tiene que dos pies de longitud. Eneas se la dió. Un trotón sale corriendo por el campo de batalla de entre las piernas de su caballero, cuando éste ha caído en dos mitades, una al un lado, otra al otro, partido desde la cabeza de un solo fendiente. Pirro es el dueño de esta haza-

ña. ¿Y quién se bota al suelo, se echa sobre la granada que está humeando a sus pies y la aplica a las fauces de su caballo que baila enajenado? Ah, estos poetas de la acción labran sus poemas en formas visibles, y los del pensamiento las estampan en caracteres perpetuos. Napoleón es tan poeta como Chateaubriand, Bolívar tan poeta como Olmedo.

Fervoroso, activo, pronto, no era hombre don Simón cuyo genio fuese irse paso a paso en las operaciones de la guerra; antes si mal resultó en ella varias veces, fué por sobra de ardor en la sangre y de prontitud en la resolución. De Fabio Máximo no mucho, de Julio César poco, todo de Alejandro en el determinarse y el acometer. Cierta ocasión que había dejado mal seguras las espaldas, reparó con la celeridad el daño de la imprudencia; porque revolviendo sobre el enemigo cuando éste menos lo pensaba, hizo en él estragos tales, que el escarmiento fué igual a la osadía: unos a punta de lanza, otros ahogados en la fuga, dió tan buena cuenta de ellos, que si alguno se escapó fué merced al paso que llevaba. Agualongo, caudillo famoso, griego por la astucia, romano por la fuerza de carácter, sabe si a uno como a Bolívar se le podía acosar impunemente. Pocas veces erró Bolívar por imprevisión: el don de acierto comunicaba solidez a sus ideas, y al paso que iba levantado muy alto en el ingenio, asentaba el pie sobre seguro,

creciendo su alma en la erección con que propendía de continuo hacia la gloria. El leer y el estudiar habían sido en él diligencias evacuadas en lo más fresco de la juventud, sin que dejase de robarle a ésta buenas horas destinadas a las locuras del amor; lo que es en la edad madura, tiempo le faltó para la guerra, siendo así que combatió largos veinte años con varia fortuna, hasta ver colocada la imagen de la libertad en el altar de la patria. El cultivo de las letras más sosiego necesita del que permite el ruido de las armas; ni es de todos el dar ocupación a la pluma a un mismo tiempo que a la espada. César transmitía a la posteridad sus hechos según los iba consumando, ¡y en qué escritura, si pensáis! Las obras del acero, como suyas; la prosa en que las inmortalizaba, medida por la de Cicerón. En los hombres extraordinarios, ésos que prevalecen sobre cien generaciones, y dominan la tierra altos como una montaña, el genio viene armado de todas armas, y así menean la cuchilla como dejan correr la pluma y sueltan la lengua en sonoros raudales de elocuencia. Guerrero, escritor, orador, todo lo fué Bolívar, y de primera línea. El pensamiento encendido, el semblánte inmutado, cuando habla de la opresión, «la dulce tiranía de los labios» es terrible en el hombre que nació para lo grande. Su voz no ostentaba lo del trueno, pero como espada se iba a las entrañas de la tiranía, fulgurando en esos capitolios al raso que la victoria erigía des-

pués de cada gran batalla. Cuéntase que al penetrar en el recinto del Congreso, libertada ya Colombia y constituída la república, entró que parecía ente sobrehumano por el semblante, el paso, el modo, y un aire de superioridad y misterio, que dió mucho en que se abismasen los próceres allí reunidos. Una obra inmensa llevada a felice cima; batallas estupendas, triunfos increíbles, proezas del valor y la constancia, y por corona la admiración y el aplauso de millones de hombres, son en efecto para comunicar a un héroe ese aspecto maravilloso con que avasalla el alma de los que le miran, agolpándoseles a la memoria los hechos con los cuales ha venido a ser tan superior a todos.

Bolívar tiene conciencia de su gran destino: hierven en su pecho mil aspiraciones a cuál más justa y noble, y sus anhelos misteriosos trascienden a lo exterior de su persona, bañándola toda, cual si en ella se difundiera el espíritu divino. Lo que en los otros esperanza, en él había pasado a certidumbre, aún en los tiempos más adversos; y seguro de que combatía por el bien de una buena parte del género humano, no dudaba del fin y desenlace de ese romance heroico. Libertad era su dios vivo; después del Todopoderoso, a ella rendía culto su grande alma. Caído muchas veces, alzábase de nuevo y tronaba en las nubes como un dios resucitado. Gran virtud es el tesón en las empresas donde el vaivén

de triunfos y reveses promete dejar arriba el lado de la constancia, sin la cual no hay heroísmo. El secreto de erguirse en la propia ruina, romper por medio de la desgracia y mostrarse aterrador al enemigo, no lo poseen sino los hombres realmente superiores, esas almas prodigiosas que en la nada misma hallan elementos para sus obras. Hoy prófugo, proscrito, solo y sin amparo en extranjero suelo; mañana al frente de sus soldados, blandiéndole en el rostro al enemigo la espada de la libertad, esa hoja sagrada que empuñó Pelayo y que, depositada en las regiones secretas e invisibles de la Providencia, ha ido sirviendo a los bienhechores de los pueblos, a Guillermo Tell, a Wáshington, a Bolívar. ¿Cuál era la maga protectora de ese fabuloso caballero? No eran Melisa, Hipermea, la sabia Linigobria; era Urganda la desconocida, pero no la mágica de Belianis, sino otra más afectuosa en la protección y más eficaz en los encantos, esa mágica que vela por los hombres predestinados para los grandes fines de Dios, que es su providencia misma, llámese Urganda o ángel de la guarda.

Tan ciega era la fe de Bolívar en el poder oculto de su protectora, que donde se hubiera visto perdido para siempre cualquier otro, él desenvolvía a lo victorioso sus planes de conquistador, y se paseaba en el Imperio de los Incas libertando medio mundo. Sucedió que una ocasión, sorprendido con cuatro oficiales por un

destacamento de españoles, acudiese a salvar la vida enzarzándose en un jaral, donde hubo de permanecer una buena pieza, a riesgo de muerte si daba un paso. Perdida la batalla, dispersa la gente, el enemigo corriendo la tierra, ellos sin salida: pues en cuanto duraba el peligro se puso a discurrir en cosas que, tanto parecían más extravagantes y efectos de locura a su cuitado auditorio, cuanto eran más grandes e inverosímiles. Acaba con los españoles en Venezuela; liberta la Nueva Granada, y lleva la independencia al país del Ecuador: constituída una gran nación con estas tres colonias, no hace sino un paso al Perú, y funda otras repúblicas, cabalmente en tierras poseídas por grandes y poderosos enemigos. ¿Adónde iría después? No hubo, sin duda, un Cineas que se lo preguntase, escuchándole sus oficiales en la angustia de sus corazones, pues para ellos era cierto que a su general se le trabucaba el juicio; tan imposibles parecían esas cosas. Y llegaron a ser tan positivas, que el mundo las vió con asombro, y los sudamericanos las gozan sin cuidado, aunque agradeciendo poco. Su maga protectora, que no era sino el ángel de la guarda del Nuevo Mundo, le sacó a paz y a salvo y le llevó a una montaña, de donde le hizo ver en el porvenir la suerte de nuestros pueblos.

Andando el tiempo, hallábase enfermo en Pativilca, presa de la calentura, desencajado, mustio: uno de sus admiradores nos le describe sen-

tado ahí, juntas y puntiagudas las rodillas, pálido el rostro, hombre más para la sepultura que para la batalla. Los españoles, formidables, dueños de todo el alto Perú y de la mayor parte del bajo: quince mil hombres de los que habían vencido a las huestes napoleónicas y echado de España el águila poderosa. Laserna, Canterac y otros valientes generales, bien armados, ricos y atrevidos con mil triunfos: la República, perdida. «¿Qué piensa hacer vuestra excelencia?» —pregunta don Joaquín Mosquera—. «Vencer» responde el héroe. Toques sublimes de elevación y de longanimidad que acreditan lo noble de su sangre y lo alto de su pecho. ¿En qué la cede a los grandes hombres de lo antiguo? En que es menor con veinte siglos, y sólo el tiempo, viejo prodigioso, destila en su laboratorio mágico el óleo con que unge a los príncipes de naturaleza. ¿Qué será Bolívar cuando sus hazañas, pasando de gente en gente, autorizadas con el prestigio de los siglos, lleguen a los que han de vivir de aquí a mil años? Podrá Europa injusta y egoísta, apocarnos cuanto quiera ahora que estamos dando nuestros primeros pasos en el mundo; pero si de ella es el pasado, el porvenir es de América, y las ruinas no tienen sonrisas de desdén para la gloria. ¡Luis XIV, Napoleón, grandes hombres! Grandes son los que civilizan, los que libertan pueblos: grande es Pedro I de Rusia, grande Bolívar, civilizador el uno, libertador el otro. Luis XIV es el Genio del despotismo; Napoleón,

el de la ambición y la conquista. El Genio de la libertad en ninguna manera ha de ser inferior; antes siendo hijo de la luz, su progenitura es divina, cuando los otros crecen, y se desenvuelven y son grandes en las sombras. Sus enemigos echaron en campaña la voz de su coronación por mano de las potencias europeas, cuando nada estuvo más lejos de su pensamiento. Verdad es que hubo Antonios que le tentasen a ese respecto; pero más leal que César o menos ambicioso, él siempre rechazó de buena fe tan indebidas ofertas. Su bandera había sido la de la democracia, y no podía sin incurrir en mal caso relegar al olvido el símbolo de sus victorias. A ser él para dar oído a las almibaradas cláusulas de la adulación, tiempo había que hubiera muerto rey, pues de seguro le matan si acomete a coronarse. El cuchillo de la envidia envuelto en tinieblas, erró el golpe; el puñal de la salud en el brazo de la libertad le hubiera acertado en medio pecho. Trabajo les mandaba yo a sus detractores de que fundasen sus malos juicios en alegaciones aceptables. El puñal tendrá fuerza de convencimiento cuando habla en mano de Bruto; en la de cualquier otro, jura falso. Los que evocan la sombra de este romano, aseguren el golpe, si quieren ser libertadores; en fallando la empresa, quedarán por asesinos: el buen éxito es necesario para la bondad de la causa. ¿Qué digo? Si Bolívar muere a poder de los Cascas y los Casios colombianos, las maldiciones de Amé-

rica hubieran estado cayendo perpetuamente sobre ellos, como las gotas negras que miden la eternidad y marcan la frente de los réprobos: el mal suceso de su temerario intento los ha salvado; pues, según se me trasluce, perdonados están en razón de la buena fe con que tal vez algunos de ellos abrazaron esa horrible causa, ya por exceso de credulidad, ya por sobra de ardor en la sangre. Voy a más y digo que, puesto caso que las intenciones ambiciosas del Libertador fueran manifiestas, no era el puñal el instrumento de la salvación de la república: el parricidio vuelve negro todo cuanto le rodea, infesta un gran espacio a la redonda, y sus sombras envenenadas son capaces de corromper la luz del día. Los chinos arrasan, no solamente la casa, sino también el pueblo donde ha nacido un parricida: parientes extraños, viejos, mozos, mujeres, niños, todo lo matan, hasta los animales, y esterilizan con sal la tierra que produjo bestia semejante. En ser de hombres libres y republicanos todos somos hijos de Bolívar, libertador y fundador de la república: no podemos matarle sin merecer el castigo de los parricidas.

La vida de un tiranuelo ruin sin antecedentes ni virtudes; la vida de uno que engulle carne humana por instinto, sin razón, y quizá sin conocimiento; la vida de uno de esos seres maléficos que toman a pecho el destruir la parte moral de un pueblo, matándole el alma con la pon-

zoña del fanatismo, substancia extraída por putrefacción del árbol de las tinieblas; la vida de uno de esos monstruos tan aborrecibles como despreciables, no vale nada; azote de los buenos, terror de los pusilánimes, ruina de los dignos y animosos, enemigos de Dios y de los hombres, se les puede matar como se mata un tigre, una culebra. No he sabido que hasta ahora hubiesen caído sino las bendiciones del mundo sobre los matadores de Calígula, Caracalla, Eliogábalo, y serían malditos quienes los maldijesen. ¿Conque es tan digna de respeto la existencia de los que viven privando de ella a los que la gozan otorgada por el Creador, y la llevan adelante girando honestamente en la órbita de sus leyes y de las humanas? No se le debe matar porque es hombre, y su vida la tiene del Altísimo: ¿son otra cosa los que él mata, y viven por obra de un ser diferente? El verse revestido de un poder humano y usurpado trastrueca el orden de las cosas naturales y modifica en favor de los perversos las leyes eternas que obran sobre todos. El que hace degollar por mano de verdugo, o manda a un grupo de soldados fusilar uno o muchos inocentes, sin procedimiento bueno ni malo, porque esto conviene a su ambición o su venganza, ¿será menos asesino que el que mata de persona a persona? Solamente la cuchilla de la ley en mano de la justicia puede quitar la vida sin cometer crimen. La tiranía es un hecho, hecho horrible que no confiere derechos de ninguna cla-

se al que la ejerce, porque en el abuso no hay cosa legítima. Los tiranos, los verdaderos tiranos, se ponen fuera de la ley, dejan de ser hombres, puesto que renuncian los fueros de la humanidad, y convertidos en bestias bravas, pueden ser presa de cualquier bienhechor denodado. ¿Quién sería harto impío que tuviese por delincuente al matador de Nerón, si éste hubiera muerto a manos de algún hombre dichoso? Senadores sabios, ciudadanos ilustres, matronas veneradas, niños inocentes, ¡cuántas vidas preservadas con la muerte de uno solo, de un demonio revestido de las formas mortales! Tracea, «varón clarísimo, digno de progenitura celestial», ha llegado al lugar del suplicio: la hoguera que ha de consumir sus miembros va ser prendida bajo un árbol fresco, verde, lozano, que prodiga su sombra a la tierra y desaloja una vasta porción de aire en poética ufanía. El reo, reo de virtudes de todo linaje, echa de ver el peligro de ese egregio fantasma, y suplica a los esbirros separar de su tronco la pira que a sus carnes se destina. Extraño a su conflicto, repara en el de un árbol el rato de la muerto. A éstos quitaba Nerón la vida. ¡Británico, pobre muchacho! Agripina, poco importa; Locusta, me alegro mucho: ¡pero el filósofo! ¡pero Séneca! ¿Y cuál es el perverso, el insensato que venga a llamar delincuente y condene a patíbulo al santo matador de Caracalla? Lejos estoy, gracias a Dios, de conceptuar un monstruo al que despoja de la

vida a un malvado consumado, un asesino de profesión; y en siendo mío el juzgar a ciertos grandes hombres, grandes en crímenes y vicios, ninguno se me escapara de la horca. ¡Qué castillo ése tan airoso, tan cargado de la fruta que deleita a Lucifer!

El toque está en que juzguemos a juicio de buen varón acerca de las intenciones y las acciones de los hombres, y sepamos cuál sentencia sería confirmada por el Juez Supremo, y cuál otra revocada; pues sucede que el malvado para unos es santo para otros, y mientras éstos vocean llamándole tirano, ésos se desgañitan por acreditarle de hombre justo y bienhechor. Justo, bueno y católico, norabuena; si a pesar de esto es enemigo de Dios y de los hombres, yo le destino a la cuerda, y allá se averigüe. Los antiguos sabían poner las cosas más en su punto que nosotros, y eran acaso más acreedores a la libertad, cuando la defendían o la reconquistaban a todo trance. Nosotros andamos confundiendo algún tanto los principios de justicia, y no tenemos gran cuenta con los de la moral: atentamos contra la vida de los buenos, los grandes, y dejamos vivir a los perversos, los ruines perjudiciales. Para un Bolívar más de un puñal; para un García Moreno no hay sino bendiciones, las de Cafarnaum. Bendita sea la servidumbre, bendita sea la ignorancia, bendita sea la mentira, bendita sea la hipocresía, bendita sea la calumnia,

bendita sea la persecución, bendita sea la infamia, bendito sea el fanatismo, bendito sea el perjurio, bendito sea el sacrilegio, bendito sea el robo, bendito sea el azote, bendita sea la lujuria, bendito sea el patíbulo; ¡benditos sean, benditos sean, benditos sean! Maldito sea el corazón que concibe la muerte de Bolívar, obra de Satanás, preñez infanda; maldito el pensamiento que la madura en sus entrañas pestilentes; maldita la noche en que se comete ese pecado; maldito el instrumento de que se sirven sus autores; maldito el valor que los anima; maldita la fuerza en que confían; ¡malditos sean, malditos sean, malditos sean!

Yo no maldigo lo pasado, maldigo lo futuro; pues si Dios misericordioso perdonó a los delincuentes, ¿qué sería de mis maldiciones? Maldigo lo futuro, para que los hombres que merecen bien del género humano, los civilizadores, los libertadores, los héroes preclaros, los filósofos, los maestros de la ley moral se hallen expuestos lo menos posible a las locuras de estos Brutos ciegos, Brutos insensatos que matan a Enrique IV y dejan vivir a Carlos IX, maldicen a Bolívar y bendicen a García Moreno. Puñal para Sucre, el más modesto de los grandes hombres, el más generoso de los vencedores, el más desprendido de los ciudadanos: Sucre, varón rarísimo que supo unir en celestial consorcio las hazañas con las virtudes, el estudio con la guerra,

el cariño de sus semejantes con la gloria. Puñal para Sucre, el guerrero que comparece en la montaña, cual si bajase del cielo, y cae y revienta en mil rayos sobre los enemigos de América; Sucre, el vencedor del Pichincha, el héroe de Ayacucho, el brazo de Bolívar: Puñal para Sucre, esto es, puñal para el honor, puñal para el valor, puñal para la magnanimidad, puñal para la virtud, puñal para la gloria. ¡Americanos! ese golpe de sangre que os inunda el rostro en ondas purpurinas es vuestro salvador: la vergüenza borra la infamia, y los que gimen en silencio bajo esta enfermedad bienhechora, están salvados. Sucre no murió a nombre de un principio, de una idea, ni por mano de un partido: su muerte no pesa sino sobre su matador, y su memoria no infama sino a su tenebroso verdugo. «Los Gobiernos se han fundado y consolidado en todo tiempo por medio de la cicuta y del puñal»— dijo uno de los asesinos, echándole al rostro al género humano esta necia calumnia. El crimen no puede servir de fundamento a cosa buena en el mundo: la cicuta mata la filosofía, destruye las virtudes, no funda los gobiernos. Fedón, Critón, Cerefón, rodean al maestro agonizante: la Divinidad, casi visible a los ojos de los discípulos, está derramada en el rostro de ese hombre, el más bello de los hombres, e despecho de sus imperfecciones. Ese corazón siente y palpita aún, esa cabeza piensa y raciocina, esos labios se agitan en habla dulce y armonio-

sa. Dios, inmortalidad del alma, suerte de la especie humana, vida, tumba, son objeto de su conversación postrera. El frío le ha ganado los pies: tiemblan los discípulos, el maestro está impasible. El frío le sube a las rodillas: los discípulos se estremecen, el maestro está sereno. El frío le invade la parte superior del cuerpo: los discípulos, se exasperan en ansiedad mortal, el maestro permanece grave e indiferente. El frío se apodera del corazón, expira el maestro; los discípulos sueltan el llanto, llanto sublime que no dejan de oir los hombres después de treinta siglos: murió el filósofo. ¿Esto es fundar gobiernos, obscuro malvado? ¿Los treinta tiranos fundaron el gobierno de Atenas con dar a beber a Sócrates el vaso de cicuta? Los lacedemonios están furiosos—escribía de Esparta Xenofonte—; prorrumpen en dicterios contra nosotros, y dicen que es preciso haber perdido el juicio para dar muerte al que la pitonisa ha declarado el más cuerdo y virtuoso de los hombres.

Tales son las obras, tales los efectos de la cicuta, si me escuchas, oh tú, el más perverso de los nacidos. Pitágoras, Platón, ¿cuál de los filósofos sentó ese principio? Licurgo, Solón, ¿cuál de los legisladores dió esa ley? Plutarco, Tácito, ¿cuál de los historiadores la ha transmitido a la posteridad? «En todo tiempo los gobiernos se han fundado y consolidado por medio de la cicuta y el puñal.» ¿En tiempo de

Moisés que gobernó y guió al pueblo de Israel? ¿en tiempo de David que cantó al Todopoderoso y reinó por la virtud? ¿en tiempo de Pericles, el más sabio gobernante de los griegos? ¿en tiempo de Augusto, de Tito, de Marco Aurelio? No, en esos tiempos no fueron el puñal y la cicuta los reguladores de los destinos sociales: en tiempo de Alejandro VI, en tiempo de César Borgia, en tiempo de Carlos IX reinaron el puñal y la cicuta. En tiempo de Enrique IV, ah, sí, en tiempo de Enrique IV, éste es el secreto: se irguió el puñal y fundó el regicidio, el parricidio. Santo puñal, puñal bendecido en el tribunal de la penitencia, tú fundaste el mejor de los gobiernos, asesinando al mejor de los monarcas. ¡Oh! ¡tú que fundas tus gobiernos por medio del puñal y el veneno!, ¿sabes a quién obedecía Ravaillac? *Aut Cæsar, aut nihil*, era la divisa del célebre hijo de un gran Pontífice romano. Estos cargan veneno en el anillo, tienen enherboladas las aldabas de las puertas, las llaves de los cofres; el vino, las viandas no bastan para el halago de sus huéspedes y compadres: les estrechan la mano afectuosamente, les ingieren la muerte en el cuerpo como por milagro, y les echan la bendición para la otra vida. Pero a lo menos éstos no pretendian fundar gobiernos legítimos, sino conquistar el mundo, después de haber dejado en la calle a sus semejantes. *Aut Cæsar, aut nihil*, y este mote se espacia en un escudo ancho como el de Lucifer, cuyo emblema es un puñal

y un vaso de ponzoña. Mas fundar gobiernos republicanos y virtuosos, consolidar las leyes santas de la igualdad y el amor en el seno de la democraacia por medio de esos agentes, no cabe sino en el confuso entendimiento de esos tiranuelos cuya cabeza es el edificio donde trabaja la ineptitud moviendo la máquina de la tiranía. De Augusto se ha dicho que la especie humana hubiera sido muy feliz si nunca ese hombre naciera o no hubiera muerto jamás. Fundó un imperio, un gran imperio donde reinaron paz, justicia e ingenio, y lo consolidó por medio de la crueldad; pero no fué él quien había asesinado a su gran tío. En razón de los fines podemos perdonar los medios; mas sí a lo inicuo de los primeros añaden los malvados lo infame de los segundos, ¿dónde la filosofía? ¿dónde el provecho de tan bárbaro sistema? El que funda su poder con el veneno y el puñal, de ellos necesitará toda la vida para mantenerse en el trono del crimen: si él vive zozobrando entre el manejar esos resortes y el huír de ellos, ¿a quién se queja? Y si la fortuna le abandona, ¿a quién vuelve los ojos? Los perversos son los más desgraciados de los hombres, aun en medio de la prosperidad, según que siente un sabio; los perversos en desgracia, más desgraciados todavía.

Puñal para Bolívar, puñal para Sucre; ¿y por qué no? ¿no lo hubo para Enrique IV, el mayor y más virtuoso de los reyes? Tiberio muere en su cama, y ésta no es observación moderna.

Errores, puede ser; bastardías, ni una sola en la historia de Bolívar. Sagrada su palabra, sus promesas realidades, a pesar del mal ejemplo de los enemigos, los cuales raras veces tenían cuenta con memoria de lo prometido, siendo entre ellos axioma de guerra que no obligaba el juramento para con los insurgentes. Ruiz de Castilla en Quito, Monteverde en Caracas, Sámano en Bogotá, rompieron la fe y anegaron en sangre la estatua sacrosanta de esta divinidad. Bolívar era un rey; Dios, patria y pundonor la trinidad augusta de su religión, dando por sentado que falta uno al pundonor cuando falta a la palabra. Liberal y magnífico por naturaleza, no cuidaba sino del acicalamiento del alma; en lo tocante al arreo de su persona, no era ello de sus ocupaciones predilectas; antes dicen que tenía el ánimo tan embebido en las cosas grandes, que poco reparaba en las suyas propias, si sus edecanes no andaban a la mira. Así ocurrió que una mañana hallase un uniforme nuevo en lugar del que había dejado por la noche; y no le pareció, tan bien que no echase menos el deterioro causado en el antiguo por las fechorías del tiempo y las travesuras de las armas. Bonaparte miraba con rara predilección su sombrerito de Eylau, prenda que se conserva en su mausoleo entre las más respetables. Y en verdad que el viajero contempla absorto esa figurilla que ha abrigado el molde más perfecto de la inteligencia, cráneo en el cual naturaleza echó el resto de su sabidu-

ría. Bolívar era hombre esencial; su ánimo raras veces hacía diversiones hacia las cosas de poco valor, si no fueron las del amor, ante cuyo diosezuelo hincaba de buen grado la rodilla, aunque sin rendir la espada. ¿César no fué el más gran enamorado de Roma? El amor es la greaura del corazón, légamo suavísimo que abriga el principio de los grandes hechos, sin que de ninguna manera estrague las virtudes heroicas, cuando se deja pulsar por la moderación. Barsene dió al través con la continencia de Alejandro; quien no amase sino a Belona, sería monstruo capaz de todos los crímenes. Fuera de las dulces flaquezas de esa pasión divina, el pensamiento de Bolívar se estába moviendo siempre a lo grande; y como sus fines eran justos, por fuerza habían de ser plausibles sus acciones. Su encargo era la libertad de un mundo; tenía que ser gran capitán: su propósito fundar nuevas nácionnes; le convenía ser organizador, legislador. Capitán, ya lo hemos visto: Luciano le hallará en los Campos Elíseos disputando el paso a Aníbal y Escipión. Guerrero, no le cede una mínima a Gonzalo Fernández de Córdoba: lo prueba el haberse puesto con una gran nación, el haber vencido a los soldados de Bailén, antiguos de Pavía. En el hacer de las leyes, procuraba dictar, no las mejores, sino las que más convenían a los pueblos, memorioso del precepto de Solón, el cual había usado esta manera con los atenienses.

Hombre constante, hombre avisado: en cada una de sus obras parecía echar el resto de su genio; tan fecundo era en los arbitrios y tan ejecutivo en las resoluciones. Empeñado más y mejor en su grandioso intento a cada golpe de la suerte, era cosa de ver con el ardor que volvía a la demanda cada vez más pavoroso. ¡Conque yo combato a la hidra de Lerna, cuyas cabezas se multiplican al paso que se las va cortando!— exclamaba un gran conquistador al ver cómo el general enemigo volvía más formidable después de cada una de sus derrotas. Arruinado varias ocasiones, fugitivo, proscrito, y siempre el mismo contrario al frente de los españoles: ¿qué mágico terrible era ese? Sus enemigos nunca dieron con el secreto de vencerle de remate: si le toman en los brazos y le ahogan en el aire, allí fué la independencia, allí fué la República. Muerto él, España tan dueña de nosotros como en los peores tiempos de nuestra servidumbre, y América a esperar hasta cuando en el seno de la nada se formase lentamente otro hombre de las propias virtudes; cosa difícil, aun para la Naturaleza, como la Providencia no la asistiera con sus indicaciones. Pero se contentaban con echarle en tierra, y esta buena madre le llenaba de vida, infiltrándole a su contacto sus más poderosos jugos. Antee reanimado, cada uno de sus recobros era ganar en fuerza: Dios le envestía de un punto de la suya, y esto era hacerle gigante contra los míseros que peleaban fuera

de su protección. Sin descorazonarse a los esquinces de la fortuna, no desaprovechaba ocasión de darle un nuevo tiento. Fortuna, diosa de los pícaros, honra de los infames, bondad de los malvados; Fortuna, más inicua que ciega, más torpe que injusta, si eres una deidad, lo serás de los infiernos. Poderosa eres; pero hay uno que puede más que tú, y es el que está sobre el cielo y el infierno: cuando éste se arrima a la otra parte, la tuya sucumbe: razón, verdad, justicia están de triunfo.

Que los de Bolívar no eran debidos a la fortuna, lo acreditan sus numerosas desgracias; debidos fueron a la felicidad: valor, ingenio, osadía, constancia, fe, fe ciega en su destino, constituyen la felicidad de los varones que resaltan sobre sus semejantes y han sido enviados para grandes cosas. Sin miedo de propasarnos en el encarecimiento, podemos contar a don Simón entre los hombres con los cuales Naturaleza demuestra su poder, y Dios el amor con que glorifica al género humano. Oiga la edad futura los juicios que sobre la tumba del héroe formulan los presentes, y cuando demos que los venideros no tengan nada que añadir en su alabanza, ya será el Genio cuya gloria parece haber madurado veinte siglos. No dieron estampida en Europa sus acciones, porque Júpiter hecho hombre la tenía sorda con un trueno continuo: las armas del conquistador crujían más que las del libertador, y esto ha redundado en desgracia del que

más títulos alcanza a la admiración del mundo, si el heroísmo, puesto al servicio de la libertad, vale más que el heroísmo obrando por la esclavitud del Universo. Los españoles dan ciento en la herradura y una en el clavo con ese flujo por achicar a Bolívar y sus compañeros de armas; si supieran su negocio le delinearan sus escritores como ser casi fabuloso, héroe del linaje de Rama y de Crisna, Rustán que presta asunto a la epopeya. Mostrar en Bolívar, Sucre, Páez, aventureros sin consecuencia, hombres mezquinos que no obraban sino al impulso de ambiciones personales, cobardes además y en un todo inferiores a los europeos, es apocarse ellos mismos, desdecir de las virtudes antiguas de la gran nación hispana.

> Pues no es el vencedor más estimado
> De aquello en que el vencido es reputado.

¿Don Alonso de Ercilla no pensaba que las huestes castellanas abundarían tanto más en gloria cuanto menos dignos de su valentía fuesen los enemigos con quienes se estaban combatiendo? Caupolicán y Bayocolo podían muy bien dar al través con las falanges españolas; y domarlos y conquistarlos era crecer en gloria ante el rey su señor y ante las naciones de la tierra. Nosotros no extremaríamos la insolencia ni refinaríamos la negadez tirando a disminuir los méritos de nuestros enemigos; antes por el contrario, qui-

siéramos que hubieran sido más valientes; avisados, peritos en la guerra, si cabe en hombres serlo más que esos egregios españoles que dieron tanto en qué entender al dueño de pueblos y reyes. Si ellos hubieran sido campeones ruines, sin fuerza ni expedientes, ¿dónde la gloria de sus vencedores? Porque los indios—dice Solís—, ni en vigor de ánimo, ni en fuerza de cuerpo y buena proporción de miembros eran inferiores a los demás. Don Antonio sabía muy bien que si los indios fueran para menos, Hernán Cortés no mereciera el loor que alcanza, por cuanto el vencer a un adversario flaco no es maravilla que debe pasar a la posteridad envuelta en el reflejo de la gloria.

> ¿Qué honra es al león, al fuerte, al poderoso
> Matar un pequeño, al pobre, al coitoso?
> Es deshonra et mengua, et non vencer fermoso:
> El que al mur vence es vencez vergonzoso...
> El vèncedor ha honra del precio del vencido.
> Su loor es a tánto cuanto es lo debatido.

Parece que el Arcipreste de Hita fué más sabio que el Conde de Toreno. Si los vencedores tienen tan sumo cuidado de ennoblecer a los vencidos, ¿qué no deberían hacer los vencidos respecto de los vencedores? Que nos abrumen Hércules, Teseo; que nos maten Bernardo del Carpio, el Cid Campeador; que nos pongan en fuga Marfisa, Roldán el encantado, ya podemos llevar en paciencia; más ¿qué razón sufre ande-

mos encareciendo la pequeñez de los que nos han puesto bajo la suela de su zapato? Yo me moriría de vergüenza si me hubiera dejado zurrar por el cojo Tersites; pero anduviera ufano aun de haber llevado lo peor, combatiéndome con el hijo de Peleo. La sucesora de Roma en el poderío y las hazañas; los vencedores de Lepanto; los soldados de Pavía; los conquistadores del Oriente, esos aventureros maravillosos que van entre cuatro amigos, y pasan por sobre emperadores, y echan tronos abajo a puntapiés; los descendientes del Gran Capitán; los compatriotas de Espínola, Roger Lauria, Toledo y Roberto de Rocafort; los héroes de Trafalgar, los señores de Bailén; esos españoles tan denodados como fieros, tan fuertes como entendidos en la guerra, si los ahorcasen no convendrían en que en América los hubiesen vencido hombres sino mujeres, mayores sino niños, guerreros en forma sino bárbaros. Don Alonso de Ercilla y Don Antonio Solís, como quienes sabían lo que importaba más a su patria, supieron entenderse mejor con la pluma, y dejaron entreparecer su cordura por esas hábiles insinuaciones. ¿Qué dirían ellos de sus mal aconsejados compatriotas si les oyesen hablar de los soldados de la emancipación americana con desdén tan infundado como necio? Pues si eran tan miserables como decís, gritarían, ¿por qué no los sojuzgasteis y castigasteis a vuestro sabor, bellacos?

Esos bárbaros no son bárbaros de ninguna

manera—exclamaba un gran enemigo de Roma, al ver del modo que ordenaban la batalla: esos bárbaros no son bárbaros de ninguna manera—hubiera exclamado Gonzalo de Córdoba al ver la disposición de la de Carabobo, cuya victoria fué debida a las del general republicano: esos bárbaros no son bárbaros de ninguna manera—iba sin duda exclamando Latorre en la heroica retirada del Valencey; esos bárbaros no son bárbaros de ninguna manera—exclamaba el tan valiente cuanto infortunado Barreiro en Boyacá; esos bárbaros no son bárbaros de ninguna manera—exclamaba Canterac en el campo de Junín; esos bárbaros no son bárbaros de ninguna manera—exclamaba Laserna en Ayacucho. ¿Cómo lo habían de ser, cuando después de envolverlos, aturdirlos, ofuscarlos con el numen de la guerra, los estrechan, los acometen, los despedazan con el acero? ¿Cómo lo habían de ser, cuando después de tenerlos baja la cerviz, rendido el brazo, les conceden los honores militares y los envían salvos a su patria? ¿Cómo lo habían de ser, cuando proclamada la paz constituyen naciones y las ponen debajo de leyes tan razonables como las que más? ¡Bárbaros, cobardes y mezquinos los que hacían esas cosas! Mirad, incautos españoles, no os reduzcamos a la memoria la famosa expresión con que se regocijaba Morillo en sus francachelas y batahólas de Caracas: «Si los vencedores son éstos, ¿cuáles serán los vencidos?» Los vencidos fueron unos

que a la vuelta de poco le pusieron de patitas en la calle, desbaratado, pulverizado, anonadado su ejército compuesto de vencedores de franceses.

Un escritor mal avisado lleva la ojeriza hasta el punto de decir que Bolívar huyó cobardemente en la batalla de Junín. ¿Cómo Aquiles huye de los troyanos? La victoria se le iba, y voló a cerrarle el paso. Y aun cuando su retirada personal no hubiera tenido un fin relativo al combate, todo el que sepa quién fué Bolívar tendrá por bien averiguado que, juzgándose necesario para la independencia, preservaba su vida a todo trance. Perder una batalla, no era mucho; se podían ganar diez en seguida: muerto Bolívar, muerta la patria. Huir el capitán, dejando al ejército enfurecido en la pelea; cosa imposible al entendimiento y a la pluma. El león va y viene, se mueve en torno, bravea y se multiplica contra los que le acosan, y sucumbe o queda vencedor, pero no huye. Podía Bolívar colocarse al frente de sus legiones atemorizadas, y echar a andar delante de ellas, porque se entendiera que seguían a su General y no iban fugitivas, como ya hizo en tiempos antiguos Cátulo Luctacio; ponerse en cobro él sólo, dejándolas mano a mano, con la muerte, calumnia absurda a todas luces. Primero que echa esa pamplina consúltese con Boves, el que tuvo a Bolívar por cobarde, y ese león le hubiera dicho si a la cobardía de su contrario debió su desengaño en San Mateo. Boves,

el más audaz, valiente e impetuoso de cuantos españoles pelearon esa guerra, sabe si Bolívar fué más que él por la serenidad, la intrepidez, la firmeza, la constancia con las cuales arrostró con esa horrenda hueste debajo del imperio de jefe semejante. El guerrero descuella sobre la tempestad la cabeza erguida, el brazo alzado: llueve la metralla, el ruido asorda, el humo ciega, y en medio esa espantosa cerrazón, la frente de Bolívar resplandece, su voz se sobrepone a la de los cañones enronquecidos, en su pecho se estrellan y se doblan las lanzas de los llaneros de Boves, este héroe de la antigua Caledonia, cruel como Starno, feroz como Swarán. A una acción romana debió Bolívar su salvación en San Mateo; pero es asimismo cierto que a la constancia de Bolívar debió Ricarte su sacrificio. ¡Cuántas arremetidas resistió y cuántos asaltos rechazó y cuántas esperanzas burló primero que el nuevo Cocles salvase a la patria! Confundido, despechado, desesperado, levanta el campo Boves, y deja el triunfo a los cobardes. Españoles valientes, heroicos españoles, ¿así deshonráis vuestra derrota?

Nuestra dicha es haber conquistado la libertad, pero nuestra gloria es haber vencido a los españoles invencibles. No, ellos no son cobardes; no, ellos no son malos soldados; no, ellos no son gavillas desordenadas de gentes vagabundas: son el pueblo de Carlos V, rey de España, em-

perador de Alemania, dueño de Italia y señor del Nuevo Mundo. ¿Cuántas jornadas de aquí a París?—preguntaba este monarca a un prisionero francés—. Doce tal vez, pero todas de batalla—respondió el soldado—. El emperador no fué a París. La grandeza del vencido vuelve más grande al vencedor. No, ellos no son cobardes: son los guerreros de Cangas de Onís, Alarcos y las Navas; son el pueblo aventurero y denodado que invade un mundo desconocido y lo conquista; son la familia de Cortés, Pizarro, Valdivia, Benalcázar, Jiménez de Quesada y más titanes que ganaron el Olimpo escalando el Popocatepel, el Toromboro y el Cayambe. Pueblo ilustre, pueblo grande, que en la decadencia misma se siente superior con la memoria de sus hechos pasados, y hace por levantarse de su sepulcro sin dejar en él su manto real. Sepulcro no, porque no yace difunto; lecho digamos, lecho de dolor al cual está clavado en su enfermedad irremediable. Irremediable no, tampoco digamos ésto: si España se levanta, se levantará erguida y majestuosa, como se levantara Sesotris, como se levantara Luis XIV, o más bien como se levantara Roma, si se levantara. Cuerpo enfermo, pero sagrado; espíritu obscurecido, pero santo. ¡España! ¡España! lo que hay de puro en nuestra sangre, de noble en nuestro corazón, de claro en nuestro entendimiento, de ti lo tenemos, a ti te lo debemos. El pensar a lo grande, el sentir a lo animoso, el obrar a lo justo en nosotros,

son de España; y si hay en la sangre de nuestras venas algunas gotas purpurinas, son de España. Yo que adoro a Jesucristo; yo que hablo la lengua de Castilla; yo que abrigo las afecciones de mis padres y sigo sus costumbres, ¿cómo la aborrecería? Hay todavía en la América española una escuela, un partido o lo que sea, que profesa aborrecer a España y murmurar de sus cosas. ¡Son justos, son ingratos los que cultivan ese antiguo aborrecimiento! El olvidar es de pechos generosos: olvidemos los agravios, acordémonos del deudo y la deuda. ¿Y acaso todo fué bárbaro y cruel por parte de los españoles? Monteverde, Cerveris, Antoñanzas, es verdad; pero ¿no honraron su patria y la guerra hombres buenos, humanos como Cajigal? ¿No había visto poco antes el Nuevo Mundo un virrey Francisco Montalvo? Y ésto sin hacer memoria de Las Casas, el filántropo, el apóstol, ese que con el crucifijo en la mano andaba interponiéndose entre los conquistadores y los conquistados, suavizando la crueldad, conteniendo la rapacidad de los unos; esforzando la debilidad, aclarando la obscuridad de los otros. Cuba, ah, Cuba ensangrentada y llorosa se alza en el mar, y puesto el dedo en los labios me hace seña de callar las alabanzas de la madre patria. Pobre musa desesperada, blanco el vestido, suelto el cabello, da el salto de Leucadia para olvidar su pesadumbre o sepultarse con ella en el abismo.

Como no sea la de Olmedo, cualquier voz será desentonada para cantar los hechos de la guerra de la libertad, y trémula cualquier mano para rasguearlos según pide su grandeza. En las pinceladas sublimes de aquel bardo descuellan con toda su pujanza las virtudes del mayor de los héroes del Nuevo Mundo, y al cadencioso rompimiento de esos versos figúrase uno ver a Fingal cómo desciende todo armado de las montañas de Morven. Ullín, bardo de Cona, gastó menos poesía en alabar a sus guerreros, y ni el Pindo resonó con más arrebatada armonía a los acentos de Tirteo.

¿Quién es el caballero que alarga el brazo y enseña las alturas del riscoso Bárbula? El General dió la orden de victoria, vuelan los soldados rompiendo por los enemigos batallones. El combate está empeñado, las balas caen como granizo, los valientes se extienden por el suelo heridos en el pecho. El General abraza con la vista el campo de batalla, y se dispara adonde la pelea anda más furiosa; suena su voz en dondequiera; su espada, como la del ángel exterminador, despide centellas que ciegan a los enemigos. Bolívar aquí; Bolívar allí; es el genio de la guerra que persigue a la victoria. Flaquea un ala, él la sostiene; otra es rota, él le vuelve su entereza; anima, enciende los espíritus, y no hay salvarse el enemigo, si no agacha las armas y se pone a merced del vencedor. Los que resisten

son pasados a cuchillo; los que huyen no volverán al combate: la imagen de Bolívar los aterra, ven su sombra, y tiemblan y trasudan, semejantes a Casandra en presencia de la estatua del macedón invicto.

Triunfo caro, triunfo horrible: las lágrimas de los jefes, los ayes de los soldados manifiestan cuánto fué triste esa jornada. Joven hermoso, ¿qué haces ahí tirado sobre el polvo? ¿Contemplas la bóveda celeste, tu alma se ha enredado en los rayos del sol y no puedes libertarla de esa prisión divina? Alzate, mira: tus armas han vencido, mas sin tu brazo, la victoria era dudosa. Toma tu parte en la alegría del Ejército, ve hacia tu general y recibe la corona que han merecido tus proezas. ¿Quién eres? Te conozco: la frescura de los años, la energía del corazón, la nobleza del alma, todo está pintado en tu rostro bello y juvenil como el de Ascanio. Atanasio, ¿no respondes? Este cuerpo frío, esta belleza pálida, esta inmovilidad siniestra me dicen que no existes, y que tu espíritu voló a incorporarse en el eterno. Muerto estás: la frente perforada, los sesos escurriendo lentos hacia las mejillas, la sangre cuajada en los rizos de tus sienes dan harto en qué se aflija el corazón y por qué lloren los ojos. Morir tan joven no es lo que te duele, si en la eternidad se experimenta alguna pesadumbre; morir tan al principio de la guerra, cuando la suerte de tu patria está indecisa; mo-

rir sin verla libre y dichosa, ésto es lo que te angustia allá donde miras nuestra cuita. Lejos de tu sepultura, tu madre no podrá regarla con su llanto; tus hermanas, ¿las tuviste?, recibirán la nueva de tu fin y se desesperarán en su terneza; tu amada, tu prometida (preciso era la tuvieras, pues mocedad sin amor es senectud); tu amada, tu prometida perderá el color y andará silenciosa por lugares solitarios: ¿Qué mucho? Te lloran los soldados, te lloran tus amigos, te llora el General; Urdaneta, D'Eluyar empapan la victoria con lágrimas de sus ojos; Bolívar, Bolívar mismo, mírale, parece el capitán de los cruzados que llorase sobre Reinaldo. Flor del Ejército, esperanza de la patria, bendícela desde las alturas, envíanos tu fuerza que nos ayude en las batallas.

Después de esta victoria, Bolívar decretó los honores del héroe y el ciudadano eminente a Girardot; el Ejército, los venezolanos todos debían cargar luto por un mes; su nombre se inscribiría entre los de los próceres como el de un bienhechor de la patria; su familia gozaría una pensión igual a su sueldo, y otras prerrogativas de las con que se suele honrar la memoria de los hombres altamente distinguidos. Atanasio Girardot, joven granadino, descolló como los valientes de primera clase, salió de esa cuna de leones que tantos hombres prodigiosos dió a la independencia. Bolívar, que no conocía la envidia ni

era ingrato, honró esa muerte, y el nombre de Girardot es uno de los más ilustres de nuestra santa guerra. No nos admiren los extremos de dolor del capitán; hombre era ése que, en siendo su destino otro que la guerra, habría sido poeta; la imaginación encendida, el alma delicada, sensitivo y ardiente, el poema que labró con el acero lo hubiera escrito con la pluma. Embelesa la galanura de sus cláusulas cuando habla a lo fantástico, embebido en el dios Universo, allá obre a los hombros del mayor de los montes: Cimborazo no conserva recuerdo más glorioso que el haber visto frente a frente al hijo predilecto del Nuevo Mundo. No es maravilla que corazón tan fino gimiese en trance tan funesto aun en medio de los afanes de la guerra; si ésta le consintiese, se habría retirado, como Cuchullin a la colina de Cromla, a llorar la muerte de su amigo. Alejandro hizo locuras a la de Efestión; y conmueve con una suerte de grandeza el ver a Napoleón inclinado hacia Lannes expirante, diciendo en voz ahogada en lágrimas: «Lannes, querido Lannes, ¿no me conoces? Soy Bonaparte, soy tu amigo.»

Los soldados andan taciturnos por el campamento, el cañón está apagado y triste; la lanza no amaga tendida en el breso del llanero, y el corcel pace tranquilo en la dehesa. ¿Qué ha sucedido? El jefe se halla en su tienda de campaña, la calentura le tiene delirante: sus heridas,

anchas y profundas, hablan de muerte, y amenazan a la guerra con viudez inconsolable. España va a perder uno de sus hijos más feroces, pero más esforzados; la causa de la servidumbre se verá privada de su primer ministro. ¡Boves se muere, murió Boves! Boves no ha muerto: sobre un bridón que resopla y manotea pasa revista a sus llaneros, sus amigos fieles, cuyo cariño es para nosotros la ruina de la patria. Negra la cabellera, pálido el rostro, se gallardea en un pisador soberbio, ostentando la salud recobrada y el brío de su temperamento. Los soldados han visto convertirse en júbilo su tristeza, en bélico ardor el desmayo de sus corazones. Boves está allí, al frente de ellos. Boves su jefe. Boves el cruel. Boves el terrible con el enemigo; el afable, el bueno, el generoso con el amigo. Por Boves, no por el rey, se combaten con sus patriotas, por él se matan con sus hermanos: el amor de la guerra une esas almas fieras, y este consorcio apasionado es funesto para los republicanos. Boves el león había infundido cariño terrible en el pecho de los llaneros, otros leones, los del Apure, más reales que los del Asia, los de esos bosques temerosos donde el sol y la tierra se unen para crear los seres más pujantes.

El jefe va y viene, su aspecto anima a los soldados, su voz los enardece; todos piden el combate. ¡A caballo! ¡a caballo! Tiembla el suelo a ese galope tempestuoso, los aceros van despi-

diendo sanguinolentas llamas, suena airada la vaina en el estribo, y una torre de polvo se levanta detrás de aquel turbión humano. ¿Quién resiste el empuje de esas fieras juramentadas ante el príncipe de las tinieblas para salir con la victoria o bajar todos al infierno? ¿Qué cuello es tan listo que rehuya la comba homicida de ese sable? ¿qué pecho tan duro que rechace los botes de esa lanza? El escudo de Ayax, aforrado con siete cueros de toro, no sería resguardo harto seguro contra esa lengua horripilante que se viene vibrando como culebra enfurecida. Ya embisten, ya sueltan el brazo, ya causan la herida larga como la cuarta. ¿Qué los detiene? ¿por qué retroceden aterrados los jinetes? El enemigo habló por mil bocas de fuego, la metralla hace estragos en los contrarios escuadrones; las columnas de San Matoo permanecen inmobles; las fuerzas todas de la potente Iberia no las quebrantarían, si contra ellas se viniesen en hórrido coraje. Y el jefe realista está allí, activo, ardiente, furioso. ¡Llaneros, a la carga! Y los llaneros vuelven, porque no iban de fuga, y acometen con más ímpetu, y se estrellan contra los infantes que les oponen la erguida bayoneta. Mil caballos huyen sueltos, otros arrancan espantados, su dueño colgando en la estribera, y bufan y acocean al agonizante. El número de los llaneros disminuye, pero su valor aumenta: la sangre de sus camaradas les aviva la sed que tienen de la del enemigo, los enfurece, les pone fuego

a las entrañas: quieren vengar a los caídos, y caen a su vez, y la tierra se encharca, al tiempo que el aire rebosa con el ruido de las armas y el vocear de los guerreros. Ninguno da pie atrás: la pelea está irritada con el punto de honra y la venganza; ese fuego no se apaga sino con la última gota de la enemiga sangre. Boves se dispara del uno al otro extremo de las filas combatientes; Boves manda en voz alta triunfar a todo trance; Boves anima, Boves enloquece, y en su pasar de un lado a otro se asemeja al héroe fantástico de las batallas infernales. El fuego contra el fuego nada presta: ¡arma blanca, sable, espada! ¡cargad, llaneros! ¡triunfad, valientes! Boves habla; los llaneros se tiran ciegos, miles caen de una y otra parte; la victoria está indecisa.

¿Qué palidez mortal invade el rostro de Bolívar? En mudo asombro echa la vista a la colina del frente, su alma se muestra en sus ojos con angustia inmensa. El perder la vida nada es; mas con su muerte los españoles remacharán la esclavitud de América. Una columna enemiga halló el modo de trepar la floresta en cuya cima están depositados los elementos de guerra, las santas municiones, prendas de la libertad de un mundo: ellas perdidas, ya no habrá resistir; le envolverá el enemigo, y él morirá con el último soldado. ¿Qué sinfín de horrorosos pensamientos en ese instante atroz? ¿qué dolor en el pecho del hombre a quien estaban confiadas esas cosas? Allí fué el ver morir a la naciente patria, allí el

contemplar la propia ruina inevitable. La escasa guarnición abandona el depósito sacrosanto, desciende la colina a paso de fuga; todo está perdido. ¿Perdido? Nada está perdido donde la Providencia pone un mártir. El mártir es más que el héroe, por cuanto el sacrificio consumado por las ideas sublimes, por las causas grandes, no es sino el heroísmo que se extrema hasta el punto de cosa celestial. Mucio cuando mira fijamente al invasor de Roma en tanto que su mano está ardiendo en el brasero: Horacio Cocles cuando manda cortar tras sí el puente del Tíber, para salvar la ciudad hundiéndose él, son los santos del heroísmo, víctimas sagradas del amor a la patria, pasión que arraiga en los más nobles pechos, y de tal suerte que no se la arranca sino con el alma. Horacio Cocles tuvo a lo menos esperanza de salvar la vida, y se salvó en efecto nadando hacia tierra todo armado. En tanto que sus camaradas se afanan por cortar el puente, arrostra él solo con el ejército enemigo, le contiene, le diezma, le abisma: cruje el maderámen, se hunde todo, y el héroe al fondo del río en el instante que partía la cabeza al más audaz contrario. Las armas no le abruman, ninguna ha perdido, y en esguazo heroico sale al lado de los suyos. ¿Qué grande y respetable continente? Ricaurte despidiendo imperioso a sus soldados y quedándose solo en el edificio que va a volar, no tiene ni sombra de esperanza, y no vacila. El peligro de la gran causa por la cual combate

le prende una luz angélica en el seno; va a perecer Bolívar, con él la independencia; y la elevación de su alma, que sin duda la tuvo elevada, puesto que fué capaz de resolución semejante, le impele al sacrificio. Llega el enemigo dando voces de triunfo: el parque es suyo, suya la victoria: la guerra está concluída, pues que Bolívar, si no muere peleando, morirá prisionero. Pero allí estaba el ángel de la guarda de cien pueblos revestido de las formas de un joven; el ángel de la guarda armado con la espada de América y una mecha prendida en el fuego del Empírico. Una detonación inmensa, un mar de negro humo que se dilata por el espacio, en seguida silencio pavoroso: la patria está salvada.

¿Adónde volaron tus miembros, mancebo generoso? Si fuera dable suponer que los que desaparecen del mundo sin dejar rastro de su cuerpo son llevados al cielo en figura de hombre, yo pensaría que tus huesos no yacen en la tierra, ni las cenizas de tus carnes se han mezclado con el polvo profano. Quemado, ennegrecido, sin ojos en el rostro, sin cabello en la cabeza, todavía me hubieras parecido hermoso, y al contemplar ese tizón sagrado, mis lágrimas hubieran corrido de admiración y gratitud antes que de dolor: los grandes hechos, las obras donde la valentía y la nobleza concurren desmedidamente, no causan pesadumbre, aun cuando traigan consigo una gran desgracia; conmueven, exaltan el espíritu,

maravillan, y al paso que sentimos la pérdida de un hombre extraordinario, experimentamos satisfacción misteriosa de que la especie humana le hubiese contenido, y de que se hubiese dado a conocer con muerte sublime. Ricaurte, hombre grande en tu pequeñez, ilustre en tu obscuridad, no eres pequeño ni obscuro desde que te sacrificaste por la libertad de la raza que tiene a gloria el haber producido hijo como tú. ¿Por qué Escévola sería más admirable? ¿por qué su fama revive en el mundo, y tu nombre no lo sabemos sino los que te amamos? La grandeza de Escévola está en la grandeza de Roma; no es mucho que el renombre de sus héroes, creciendo al influjo de los tiempos, sea mayor que los de un pueblo salido apenas de la cuna. La esencia de las cosas es que el antiguo puso la mano en el fuego, por aterrar al enemigo con la firmeza del alma romana; el de nuestra edad se entregó a las llamas todo entero por salvar la patria. Quedan en favor de Escévola los más de veinte siglos que acrisolan su fama y refinan su gloria; y en el de Ricaute la trompa del porvenir, que sonará estupenda si el Nuevo Mundo da algún día un Tito Livio.

Sorprendido, asombrado, aterrado, manda Boves tocar a retirada, y el campo queda por los libres. ¡Qué acciones! ¡qué guerra!

La suerte de las armas libertadoras fué varia por mucho tiempo en Venezuela: ora triunfante,

ora vencido; ora al frente de sus conmilitones, ora refugiado en medio de los mares, Bolívar no vivía sino para la emancipación de su patria, llamando así la vasta porción de hombres que puebla el país de sud-América. Eran sus capitanes muy para vencer en el combate; poner la victoria al servicio de la república, él solamente. Así fué que, entre subvertir el orden, no obedecer las de la cabeza principal, y hacerse proclamar primeros y segundos en el mando, muchas veces lo estragaban todo, y tal hubo en que la causa de la libertad se vió del todo perdida. Conquistada Venezuela por la célebre expedición de la Nueva Granada, tan grande obra se vino abajo, y a un pecador de bajo suelo se vió señorear insolentemente la parte más heroica de la futura Colombia. Pero Bolívar no había muerto, y *en él vivía la república*, según dijo un hombre ilustre de ese tiempo, hombre de esos cuya mirada es larga y profunda, y ven el triunfo atrás de la derrota, la gloria atrás de la desgracia; suerte de profetas que, a fuerza de penetración y fe leen el porvenir y animan a sus contemporáneos con las sentencias favorables que descubren en su seno obscuro. Boves, el león, ya no existía; Morales, el tigre, quedó heredado con su prestigio y su poder, triunfando por casualidad, hombre como era de inteligencia escasa en valor no muy feliz. Y sobre ésto Morillo se venía por esos mares tronando y relampagueando, con propósito firme de asegurar por medio de la

sangre doscientos años más de servidumbre. Imposibles muchas veces las cosas que parecen más fáciles y prontas, y burladas las disposiciones de la tiranía. El que sin combatir andaba cual vencedor, soberbeando como un águila, se volvió con menos tono, cuando don Simón le hubo enseñado con la mano la vuelta de su casa ¿Qué hizo el teniente general de los quince mil valerosos españoles que trajo consigo, y de esos elementos sobrados para conquistar un mundo? ¡Quintilio Varo, vuélveme mis legiones!, pudiera haber exclamado el que le envió, dándose de calabazadas contra las puertas de su alcázar. Victorias, no, riquezas para el caudillo; laureles no, títulos inmerecidos fueron el fruto de esa aventura, vergonzosa por lo que tuvo de inhábil, desastrosa para España por la gente y los caudales que en ella se habían invertido. Expedición formidable por el número y la calidad: de oficiales, de soldados, de recursos, lo mejor; y con tener seguro el buen éxito, fué desbaratada y vencida por el genio de Bolívar y el valor de sus compañeros de armas. Cuéntase que don Pablo, reconvenido confidencialmente por Fernando VII, contestó de esta manera: «Deme vuestra majestad cien mil llaneros, y me paseo triunfante por la Europa a nombre del Rey de España».

Los llaneros, los enemigos de la república, eran ya republicanos; los contrarios de Bolívar

eran ya sus soldados. Boves, el mago que los hechizara, había descendido a las tinieblas, al tiempo que se levantaba en sus corazones su verdadero dios, ese a quien amaron y obedecieron ciegos, Páez, rey de los Llanos, Genio del Apure. Este combatía por la patria, la patria era la buena causa para los llaneros: verdad que Morillo y los expedicionarios habían tenido por su parte el cuidado de ponerles manifiesta con la ingratitud y el menosprecio. Para arrastrarlos contra sus hermanos habían además los españoles recurrido al sortilegio de la religión, y con el cristo por delante los obligaban a empuñar la lanza fraticida. Un terremoto en manos de un predicador popular es arma formidable—dice Gibbón. Sí, por lo que tiene de divina; pero contra el brazo de la libertad nada pueden los rayos de la Iglesia. ¿Y acaso la destrucción de Caracas habrá sido obra de Dios, el cual se recostaba al lado de los opresores? El envía el ángel exterminador al campo de los amonitas, no combate por los tiranos. El terremoto de Caracas fué, con todo, golpe mortal para la república, no solamente a causa de la ruina de ese hogar de fuego sagrado, sino también por los sentimientos adversos a la patria que los sacerdotes infundieron en el ánimo de los simples e ingenuos moradores de los campos. El cielo había hecho esa grave demostración, lo cual era condenar las armas de los enemigos del rey. ¡Oh hombres! ¿hasta cuándo confiaréis al Todopode-

roso el éxito de vuestros crímenes? El quiere la servidumbre de los pueblos; él se deleita con el retiñido de las cadenas; él goza en la tiranía de los déspotas; él pide sangre; él desea ver hambreados, desnudos a los pobres; él impone la ignorancia; su reino, las tinieblas; él envía terremotos, langostas, pestes en favor de unos y en contra de otros. Pues si vuestro Dios hace todo ésto, vuestro Dios es Molok, y no el puro y manso, el justo y misericordioso que nos envió a su hijo a redimirnos.

Una vez que los americanos dejaron de creer en las andróminas de la mala fe y en las chapucerías del fanatismo, todos abrazaron con ardor nunca sobrado la causa de la patria, y los llaneros sus más fieles y eficaces servidores. Dios poderoso, y ¡cuáles eran sus acciones en la guerra! Las Queseras del Medio están asentadas en el memorial de las venganzas que nunca han de satisfacer los españoles; esa jornada terrible donde ciento cincuenta hombres de a caballo acometen a un ejército, le acuchillan, le despedazan, le aturden, le trabucan y le ponen en retirada nada menos que vergonzosa. Morillo dió cuenta de este suceso al rey, y no pudo el orgullo tanto con él, que no dejase entrever su admiración, si bien procurando disminuir el mérito de los americanos con ciertas infidelidades a la verdad. Ciento cincuenta hombres le parecian de hecho número harto menguado para haber

dado tanto en qué merecer a un General de su reputación con tropas tales como las suyas. Y no fué ésta la única desgracia del propio género, pues cuando la derrota no fuese declarada, no pocas veces los invictos españoles se alejaron más que de paso de esos buenos criollos, el vibrar de cuya lanza veían hasta en sueños. Bárbaros, rústicos y desatinados: seres hiperbóreos sin conocimiento de la guerra ni valor de buena ley, en ocasiones; en otras, gigantes desemejables, jayanes desaforados que se ven la cara en el mar, como Polifemo, y no hacen sino un bocado de cada uno de los hominicacos de Europa. Pues si para con los hijos del Nuevo Mundo eran unos braguillas, ¿cómo pretendían, con el yelmo de Mambrino y el lanzón, domar y dominar a estos Pandafilandos de la fosca vista?

La gente era curtida, y en siendo ir contra los españoles, llanos las cuestas para esos recién nacidos a la libertad y viejos ya en el combatir por ella. Su lanza y su caballo, no más el indómito llanero: pan, Dios le dé; jamás hace mochila: sueño, según que lo consiente el negocio de la guerra: el amor a la patria suple por todo. En cuanto al brío y el poder del brazo, no hay pecho que resista un bote de esa arma pavorosa, si viene armado a prueba de pistola: un jeme asoma por la espalda brillando entre hilos de sangre esa hoja que parece lengua de serpiente gigantesca, por lo sutil, por lo sedienta. Si los soldados eran tales, ¿cuáles debían ser los capi-

tanes? Páez era hombre de llamar a Júpiter a singular combate; y en llevando lo peor, hubiera espantado con sus alaridos de despecho al Orinoco, bien como Ayax hacía temblar el Escamandro con sus lamentaciones. Bermúdez, atrevido, turbulento, sedicioso; en la batalla, Rodrigo Díaz de Vivar. Mariño, amigo del mando a todo trance, pero valiente y esforzado; su orgullo tan superior, que quería prevalecer sobre Bolívar. Ribas, un león. Valdés, gran general. Piar, sin la insolencia, lo mejor del ejército. Cedeño, el valor casado con la subordinación. Urdaneta, ah, Urdaneta, el más fiel, constante y poderoso amigo de la república y su caudillo. Bolívar, en fin, Simón Bolívar, el protagonista de la Ilíada semibárbara que está esperando el ciego que la ponga en páginas olímpicas.

En los mayores acontecimientos obró siempre de pensado el capitán; mas si el trance lo pedía, improvisaba la victoria. De una parte ciencia de la guerra, disciplina, gente ensoberbecida con los laureles traídos de Europa; de otra más inspiración que arte, obediencia a duras penas, escasez de municiones; pero amor a la libertad, no gran apego a la vida y brazo fuerte; el corazón, capaz del cielo y del infierno. Gente de sangre en el ojo que tenía en poco la vida, la honra en mucho. El recibir en el pecho las heridas era cosa suya, ninguno murió de espaldas si no fué en la derrota; y es preciso confesar que los espa-

ñoles nos las dieron muchas y muy grandes. ¿Qué maravilla? Los vencedores de Napoleón eran hombres de entrar por fuerza de armas al Olimpo y tomarse cuerpo a cuerpo con los dioses. Y no se achaque al artificio, si milicia tan provecta acabó por sucumbir y despejar la tierra; entre los oficiales españoles, pocos vinieron que se dejasen llevar al pilón: vencidos, destruídos, pero a furor de espada. Ni era Bolívar de los que encomiendan a la astucia el éxito de sus cosas, siendo por el contrario uno que no gustaba, nuevo Alejandro, de ocultar la victoria en las entrañas de la noche.

Gran hombre de a caballo don Simón, pues verle en su Frontino, un Rugero. A pie y en el consejo:

Augusto in volto e in sermon sonoro,

como Godofredo de Bullón. Es realmente majestuoso cuando adelanta al encuentro del General español a resolver con él en Santa Ana las cosas de la paz o de la guerra. Escipión no es más interesante cuando acude a su avistamiento con Masinisa, según nos le describe Tito Livio, elevado, erguido, blanco, flotando sobre sus hombros la rubia cabellera. Bolívar no era blanco, más aun de tez curtida al sol del Ecuador, moreno aristocrático, algo como la resultante del mármol y el bronce que figuraban los bustos de los emperadores romanos; rostro bajo cuya epider-

mis corría ardiente el caudal de su noble sangre. Tampoco era rubio como Escipión, sino de pelo negro y ensortijado, semejante al de lord Byron; pelo rico y floreciente, que en graciosos anillos de ébano se cuelga hacia las sienes del poeta más que el guerrero tiene cuidado de atusar, como quien sabe que nada de femenil conviene al heroísmo. Los poetas pudieran llevar hasta airón en la cabeza y ajorcas al tobillo, sin que estos preciosos arrequives desdijeran de sus ocupaciones: no desdeña los adornos de la hermosura. Al hijo de la guerra le conviene rígido continente, varonil, temible, con cierta insolencia elevada que de ninguna manera pase a la brutalidad, pues el crudo afan de las armas es muy avenidero con los primores de la cultura. Palas no es cerril, es austera: su belleza marcial impone respeto, y no excluye el amor. Quisiera yo saber cómo se hubiera presentado Bolívar a Napoleón; estas dos águilas se habrían arrancado mutuamente el alma de una mirada, como el héroe del poema que con los ojos escudriña el centro de la naturaleza. ¿Desdeñaría Napoleón a Bolívar si viviese aún? No lo creo. ¿Se inclinaría Bolívar hasta el suelo, puesta la mano en el pecho? Imposible. Si estos hombres se echan los brazos al cuello, esas dos almas refundidas en una hacen rebosar el universo.

¿En dónde está Bolívar? El es, allí le veo que corona la cima de ese monte. Una legión de som-

bras viene tras él: desmazalados, tristes; hambre en el cuerpo, abatimiento en el espíritu, dan sus pasos cual si adelantaran a la sepultura. El vestido se les quedó en las breñas por las cuales han roto como fieras; el vigor se le acabó con las provisiones; la alegría, desvanecida en el desierto; la esperanza, muerta con la escasez de espíritus vitales. ¿Quiénes son? Los héroes de Colombia. ¿Adónde van? A libertar un pueblo, a hechar de una comarca esclavizada las huestes de Morillo. Y esos espectros sin paños en los miembros, sin fuerza en el brazo, vencerán, libertarán ese pueblo y limpiarán esa comarca de los enemigos que la infestan, porque a la vista de ellos el pecho se les prende en el furor guerrero, y la abundancia les vuelve redobladas las fuerzas. Bolívar ha levantado la bandera tricolor de los llanos a los montes y, traspuestos los Andes, rompe por la Nueva Granada. Barreiro le sale al encuentro, Sámano se queda temblando: el guerrero, al campo de batalla, el tirano a poner la vida en seguro: ¿cuándo ha sucedido otra cosa? A la llegada de Morillo quedaron guadañados esos pueblos, habiendo caído la flor, no tanto bajo la espada del soldado, cuanto bajo la cuchilla del verdugo. Los españoles, con ser valientes y de buena raza, lo estragan todo con la crueldad: las *Bóvedas*, los templos de sus misterios, el cadalso, el altar donde cantan esos *Te Deum* impíos con que lastiman los derechos de la impotencia y la desgracia. Morillo, entrada Santafé, dió la tala a

las familias; no hubo hombre notable por el ingenio, el patriotismo y las virtudes que no cayese debajo de la jurisdicción del ejecutor, ese inmundo sacerdote de la tiranía. Las crueldades de la guerra, las acciones desaforadas que después de la victoria llevan adelante los enemigos poco generosos, cuando les hierve la cólera en el seno y les arde la venganza en las entrañas, se pueden sufrir, no perdonar, y aun perdonar, si se contempla en la condición del hombre, este mezquino sujeto a mil flaquezas y desvíos. Pero entrar a pie llano provincias sin género de resistencia; llegar a ciudades que por lo inermes no parecen enemigas, e imponerles la ley de sangre y fuego, no lo hacen sino esos hombres de alma cruda que ni aspiran a la gloria, ni exponen su existencia miserable al peligro de la guerra. Boves mil veces antes que Enrile; Boves mil veces antes que este consejero de Satanás, siniestro proveedor del patíbulo, cuyo altar no debía verse ni una hora falto de una víctima ilustre. Bolívar viene a castigarlos, allí viene Bolívar. Pero Bolívar castiga a lo grande: el castigo impuesto por Bolívar es la victoria, y tras ella el perdón del enemigo. Los españoles hacían pocos prisioneros, aun regularizada la guerra; en pudiendo haber algunos a las manos, allí al punto los mataban. Bolívar nunca traspasó sus leyes tiznándose la frente con un asesinato, y si mandó matar fué imperando la guerra a muerte y obligado por la necesidad. Bolívar cas-

tiga a lo grande. Bolívar viene a cartigarlos, allí viene Bolívar.

Un hombre de alto puesto, pero que no era Bolívar, quiso desfacer los agravios de Morillo y Enrile con la ejecución de los prisioneros de Boyacá, y no consiguió sino empañar la victoria, la cual, sin este excusado rigor, hubiera sido tan limpia como fué grande y hermosa; desbarro tanto más deplorable cuanto que no era justo quitar la vida a los que la gozaban otorgada por el vencedor, ni presta algo para la gloria el degüello de gente prisionera. Andar, era hombre y sujeto a las pasiones. Las represalias son ley de la guerra; empero la victoria resplandece circundada de luz divina, cuando a lo justo de la causa se une lo humano del comportamiento. Sucre lo entendía muy bien cuando enviaba a España sanos y salvos los diez y seis generales prisioneros en Ayacucho. Generosidad es prenda del valor; sin ella no hay grandes hombres. Cuando lo pide la salud de la patria, ya podemos pasar por las armas ochocientos, y hasta ocho mil españoles. ¿Hizo mal Bolívar en ordenar la ejecución de los prisioneros de la Guaira? No hubiera sido el guerrero filósofo, el capitán a cuyo cargo estaban cosas tan grandes como la libertad y la independencia, si por respetar a todo trance la vida de unos cuantos enemigos hubiera puesto, no digamos al tablero, pero a la ruina cierta el asunto de la patria, y en manos

del verdugo, otra vez el verdugo, siempre el verdugo, la gente granada de mil pueblos y ciudades. ¿Cuántos prisioneros hizo pasar por las armas Bonaparte en su expedición a Egipto, porque no podía custodiarlos ni otorgarles la libertad sin peligro de su ejército? Acciones crueles, pero inevitables, que no deslustran a los héroes. Las matanzas sin necesidad, los saqueos, los ultrajes al sexo desvalido son crímenes que vienen envueltos en infamia. Bolívar viene a castigarlos, allí viene Bolívar.

Joven inexperto, ¿sabes quién es el enemigo al cual osas afrontar en el campo de batalla? Te hierve la sangre en las venas, pero tu corazón presiente una desgracia; ni es otra cosa esa melancolía fatídica que rompe por medio de la animación facticia de tu rostro y da en qué pensar a tus camaradas. Tu madre Iberia sabrá que uno de sus hijos ha combatido por ella en uno de los más célebres campos del Nuevo Mundo, pero no volverá a verte: tus laureles se te marchitaron en las sienes, la espada se te cayó de la mano, porque encontrarse el enemigo con Bolívar es perderse. ¿No sabes cuántas batallas ha ganado, y cuántos generales antiguos ha vencido, y cuántas proezas se hallan inscritas en los anales de la patria? El grande, provecto, temible es el que te busca, que te sigue: ponte en cobro, salva tus huestes con la fuga. Tú sabes que salvarse con la fuga es arruinarse: la infamia es siempre una derrota, al paso que la muerte en brazos de

la honra es siempre un triunfo. Aun para la retirada es tarde, las vueltas están cogidas, la espada de América relumbra sobre tu cabeza. ¿Para cuándo el denuedo de tu pecho castellano? En la batalla está tu ruina, pero evitarla es imposible. ¿Quién es el héroe que se dispara de la altura abajo y se viene fulgurando como el rayo? Anzoátegui te acomete, Anzoátegui te acuchilla, Anzoátegui te desbarata y extermina: es Anzoátegui el guerrero que vuela sobre un águila pisando en la cabeza a centenares de enemigos Su espada silba en el aire, su brazo se retrae, y la punta de ese acero mortífero se abre paso por la garganta del que encuentra, y sale por la nuca un palmo. Bolívar manda, Anzoátegui ejecuta: él está por todas partes, sigue el pensamiento del general, y en su feroz caballo vuela fantástico, siniestro para el enemigo como el Genio de la muerte. ¿Quién se opone al torrente de esos héroes enloquecidos por el furor de la pelea? ¿Quién resiste el empuje de esos hombres maravillosos que parecen vomitar fuego y matar hasta con la mirada? Allá se levanta una manga de polvo; el ruido de un galope inmenso, se aleja del campo de batalla: el fiero castellano está vencido; los jinetes huyen aterrados, los infantes quedan en el suelo. Ya Rondón había puesto en Sogamozo un proemio sangriento a esta grande obra: Rondón el fiero, Rondón el bravo, una de las lanzas más temibles de Colombia, salvó a su General de en medio de los

enemigos, rompiéndolos, deshaciéndolos y echándolos a salvarse en las alturas de Paipa. Vencidos una vez, lo fueron otra, y ésta no hubo acogerse al gremio de la noche; que el sol, benigno y generoso, dió tiempo a la victoria.

La batalla de Boyacá echó el sello a la libertad de la Nueva Granada, pues nunca más volvieron los españoles a sentar la planta en su tierra bendita con la sangre de los buenos hijos de la patria. El general español con casi todos sus oficiales y gran parte del ejército fueron hechos prisioneros, no sin que hubieran mostrado en el combate el bien conocido valor de tan nobles europeos. Sámano el virrey, Sámano el opresor, el héroe del cadalso, trémulo y desconcertado, se puso en salvo abandonando la capital, adonde entró Bolívar al frente de los libertadores, en medio del júbilo inmoderado del pueblo que erguía la cabeza fuera del yugo, alzaba las manos fuera de las cadenas. Así entró Mac-Mahón a Milán después de las batallas de Solferino y Magenta, así entró Garibaldi a Nápoles después de la casi fabulosa toma de Sicilia. Los conquistadores entran en medio de maldiciones secretas de pueblos acuitados, hombres que amenazan en lo íntimo del corazón, mujeres que piden a Dios la muerte de esos extranjeros injustos; así entró Napoleón a Berlín, a Viena; así hubiera entrado el rey Guillermo a París. Bolívar gozó muchos días de satisfacción en su vida de huracán, vida

de guerra continua; pero esta entrada a Santafé después de victoria tan gloriosa fué para él uno de sus triunfos más llenos de felicidad. No sabía que de entre las guirnaldas que iba cosechando por esas calles, saldría después el puñal que, si no le acertó en el pecho, le hirió en el alma, y para toda la vida: esa herida fué una de las que le llevaron al sepulcro, pues este hombre tan feliz murió con el alma acribillada, pero con un gran consuelo: sus esperanzas no se habían ido en flor, y a su muerte quedó cuajado el fruto de sus afanes.

¿Quién habla aquí de muerte? Ahora no hay muerte, sino vida; vida inmensa, inextinguible; vida de inmortales. Si la Nueva Granada estaba libre, Venezuela luchaba todavía, y su hijo, su gran hijo, vuela allá. ¡Libertad!, ésta es la seña; ¡libertad!, ésta es la voz que ha de resonar desde el Orinoco hasta el Apurimac, desde el Avila hasta el Misti, pasando por las regiones encumbradas del Cotopaxi y el Cayambe. Tres ejércitos republicanos cercan a los españoles en Venezuela: Mariño, Páez y Urdaneta son tres columnas oscuras, semejantes a los héroes de Ossián, cuya espada brilla como un rayo de fuego. Llega Bolívar, y la tempestad se declara vasta y espantosa, hasta que en Carabobo da al través con la nave en que aún bogaban pujantes los opresores del Nuevo Mundo. Carabobo, campo inmortal, ¿por qué no te han declarado santo los

padres de la patria? Los pueblos que no tienen una Elida no se atreven a echar la vista atrás porque temen no ver nada en el mar de sombras que sus ojos encuentran. Un lugar de recuerdos, un depósito de glorias, un receptáculo de misterios donde los dioses entiendan en las cosas de los hombres, es indispensable para los pueblos ilustres: Maratón es santo para los griegos; Salamina es tan bendita como Samotracia. Y vosotras, llanuras de Poitiers, donde la media luna quedó en pedazos; vosotras, donde la cimitarra fué abatida por la cruz; vosotras, donde un mar de sangre musulmana dejó cerrado para siempre el paso a los conquistadores del Profeta; vosotras sois sagradas, no sólo para la nación donde os extendéis amplias y hermosas, sino también para todo el mundo: cuán anchamente se dilata la fe de Jesucristo. ¿Qué monumentos, qué señales autorizadas por los legisladores de Colombia dicen al viajero: Este es el campo de Carabobo? Dos veces cayeron allí boca abajo nuestros enemigos; dos veces les dió allí Bolívar una lección sangrienta; allí quedó sellada la libertad de tres naciones, y no hay hasta ahora una piedra que diga al viajero: Este es el campo de Carabobo. Que no honremos nuestros lugares memorandos con columnas y pirámides donde gusta de posar la gloria, no es mucho; nuestro genio es destruir hasta los recuerdos de la sabiduría: un viandante encontró de puente de una acequia la piedra cargada con las inscripciones de La-

condamine y sus compañeros (1). El magistrado, el militar, el sacerdote, el indio ignorante, la ramera soez; todos hollaban sin saberlo esa prenda inmortal que en otra parte estuviera en un Museo. Monumentos en Carabobo, en Pichincha, en Ayacucho, ¿para qué? ¿No está ahí la Naturaleza que no pierde la memoria de los grandes hechos? ¿No están ahí los huesos de nuestros mayores sirviendo de inscripción indeleble? Los huesos no, pero las cenizas, esas cenizas sagradas, polvo de diamante, que no se van con ningún viento, como las del templo de Juno Lacinia. Desgraciado del hijo de América que ponga los pies en el suelo de Carabobo, Chacabuco y Tucumán y no sepa dónde está. Esos campos se descubren desde lejos: las sombras de Bolívar, San Martín y Belgrano se elevan en ellos superiores a las pirámides de Egipto, y cuarenta siglos antes de llegar, el porvenir las contempla desde el obscuro seno de la nada.

Un día subió un niño a las alturas del Pichincha: niño es, y sabe ya en dónde está, y tiene la cabeza y el pecho llenos de la batalla. El monte en las nubes, con su rebozo de nieblas hasta la cintura: gigante enmascarado, causa miedo. La ciudad de Quito, a sus pies, echa al cielo sus mil torres: las verdes colinas de esta linda ciudad, frescas y donosas, la circunvalan cual nudos gi-

(1) El sabio Caldas

gantescos de esmeralda, puestas como al descuido en su ancho cinturón. Roma, la ciudad de las colinas, no las tiene ni más bellas, ni en más número. Un ruido llega apenas a la altura, confuso, vago, fantástico; ese ruido compuesto de mil ruidos, esa voz compuesta de mil voces que sale y se levanta de las grandes poblaciones. El retintín de la campana, el golpe del martillo, el relincho del caballo, el ladrido del perro, el chirrío de los carros, y mil ayes que no sabe uno de dónde proceden, suspiros de sombras, arrojados acaso por el hambre de su aposento sin hogar, y subidos a lo alto a mezclarse con las risas del placer y corromperlas con su melancolía. El niño oía, oía con los ojos, oía con el alma, oía el silencio, como está dicho en la Escritura; oía el pasado, oía la batalla. ¿En dónde estaba Sucre? Tal vez aquí en este sitio mismo, sobre este verde peldaño: pasó por allí, corrió por más allá, y al fin se disparó por ese lado tras los españoles fugitivos. Echó de ver un hueso blanco el niño, hueso medio oculto entre la grama y las florecillas silvestres: se fué para él y lo tomó: ¿será de uno de los realistas? ¿será de uno de los patriotas? ¿es hueso santo o maldito? ¡Niño!, no digas eso: hombres malditos puede haber; huesos malditos no hay. Sabe que la muerte, con ser helada, es fuego que purifica el cuerpo: primero lo corrompe, lo descompone, lo disuelve; después le quita el mal olor, lo depura: los huesos de los muertos, desaguados por la lluvia, la-

brados por el aire, pulidos por la mano del tiempo, son despojos del género humano; de este ni de ese hombre, no: los de nuestros enemigos no son huesos enemigos; restos son de nuestros semejantes. Niño, no lo arrojes con desdén. Pero se engañaba ese infantil averiguador de las cosas de la tumba: los huesos de nuestros padres muertos en Pichincha son ya gaje de la nada: el polvo mismo tomó una forma más sutil, se convirtió en espíritu, desapareció, y está depositado en la ánfora invisible en que la eternidad recoge los del género humano.

Hubiera convenido que ese niño, que no debió de ser como los otros, hallase en el campo de batalla una columna en la cual pudiese leer las circunstancias principales de este gran acontecimiento.

¿En dónde está Bolívar? El es, allí le veo, al frente de un ejército resplandeciente. Estos no son, como los que traspusieron los Andes, sombras y espectros taciturnos, sino *robustos cazadores del Señor* que siguen la pista al león de Iberia y llevan en el ánimo cogerle vivo o muerto, aun en los confines de la tierra. Pero el león no huye: en su sitio los espera, los ojos encendidos, inflada la greña, las fauces echando espuma y azotándose los ijares con la cola. Latorre manda las huestes españolas; con él están los jefes de más renombre en la campaña, los soldados de Boves, vencedores de la Puerta. Pero los libres

son regidos por Bolívar, y esta prenda de victoria les comunica el brío que han menester para conflicto tan grandioso. Las alturas han sido tomadas por el enemigo; los cañones, hablando a nombre del rey de España, cierran el paso a los patriotas; las gargantas que desembocan en la llanura están obstruídas, e infantería y caballería en ordenación de batalla esperan cuando han de dar sobre ellas los soldados de Bolívar. ¿Por dónde las acometen? ¿por cuál lado las hieren? Todo está defendido, y habrán de caer por miles ante las bocas de fuego, primero que rompan por el valle. ¿Quién se muestra de improviso por el flanco derecho, por donde a nadie se esperaba, y sacude la melena en ademán de amenazar? ¡Oh Dios!, es el más terrible de los enemigos, el más temido, ese hijo de la Tierra que en las Queseras del Medio la había hartado a España de sangre de sus propios hijos. Los valientes del Apure han desembocado en la planicie, comienza la pelea: los republicanos mueren, son uno contra ciento, ceden el campo. ¿Ceder? Eso sería donde no llegasen los hijos de Albión, hijos de una vieja monarquía que combaten por una joven república. ¡Y qué combatir, señor! Hincada la rodilla en tierra, cual si adorasen al dios de las batallas, impávidos e inmóviles, tiran sobre el enemigo, quitan cien vidas y caen ellos mismos muertos en esa postura reverente. Minchin, héroe esclarecido, tu nombre constaba ya en los registros de la pa-

tria, y compareces nuevamente a dar más estrépito a tu fama; Minchin, noble extranjero, ya no eres extranjero, sino hijo de Colombia, por tu amor hacia ella y tus proezas; Minchin, y tú, Famior heroico, en vosotros saludamos a todos esos ingleses invencibles que tan larga parte tuvieron en las batallas más gloriosas de la independencia, en Boyacá, en Carabobo. Salud, hijos de Albión, Legión Británica cuyos huesos fecundan nuestros campos, cuyo espíritu se confunde en la eternidad con el de nuestros propios héroes.

Los españoles cargan con ímpetu redoblado; se echan sobre los libres en numerosos batallones, bastantes para abrumarlos con el peso, aun sin las armas; y de hecho los abruman. Pero llega Heres, y la victoria le vuelve la espalda al enemigo; llega Muñoz, llega Rondón, llega Aramendi, llega Silva; ¿cuántos más llegan? Los Tiradores de la Guardia, los Granadores de a caballo hacen prodigios; Marte obra sus milagros por el brazo de esos titanes que matan dos a cada golpe. ¡Los rifles! ¿dónde están los rifles? Allí vienen. ¿Quién arrostra con esos batalladores fieros, esos que olvidan la cartuchera, a bayoneta calada se van para el centro de los enemigos batallones, y a diestro y siniestro los hieren, los acuchillan, los derriban, pisan sobre ellos y siguen el alcance a los fugitivos? Bolívar manda: la espada en alto, la voz resonante, vuela en su caballo tempestuoso, y ora está aquí,

ora allí, siempre donde muestra preponderar el enemigo: su alma se derrama sobre todo aquel espacio, y en llamas invisibles envuelve a los combatientes, que dominadores avanzan por encanto sobre el fuego. Páez, brazo de la muerte, como Fergo, no sosiega; se echa en lo más espeso de la riña, mata a un lado y a otro, su espada se abre paso, y deja rotas y turbadas las líneas enemigas. Bolívar la cabeza; Páez el brazo de la guerra.

¿Adónde huyes, adónde arrastras a tus cuitadas huestes, miserable? Te conozco: esa cara tinta en sangre, y no la de la batalla; esos ojos espantados; esa cabellera erizada; esa mano trémula, cuya arma verdadera es la larga uña; esa rapidez con que huyes hacia el Pao me dicen que eres Morales, el cobarde, el sanguinario Morales, deshonor de los valientes de la madre patria, infamia de la guerra. Boves no hubiera huido; Morales huye: Boves era valeroso, Morales nada más que robador y asesino. Huye, huye veloz que si te alcanzan, la cuerda te espera, no la bala. Zuázola muere en la horca, ¿no lo sabes?

Victoria grande que nos trajo en su seno una grande pesadumbre: murió Cedeño, «el bravo de los bravos de Colombia»: murió consumado el triunfo, murió en los brazos de este fiel amigo suyo. Habíase vencido, ¿qué quería el bravo de los bravos? Valencey se retiraba en buena for-

mación, haciendo frente al enemigo, rechazando las cargas de los jinetes americanos; Cedeño no lo pudo sufrir; y cuando, ciego de valor y valentía, se echó a romperlo y desbaratarlo él solo, cayó con cien heridas de la cumbre de la gloria. Preciso era que el pundonor de España se salvase siquiera en un cuerpo de su Ejército, ese pelotón de héroes que se defendió de firme hasta cuando la Cordillera le amparase. Al Valencey nadie le pudo: Latorre fué vencido, pero este cuerpo salió intacto a fuerza de serenidad y pericia: tan pronto era roto como volvía a su formación; falange inmortal, dejó la victoria en el campo; el honor, salió con ella: éstos son los soldados.

Y tú, difunto fiero, que yaces boca arriba, ¿quién eres? Plaza, invicto Plaza, tú también ganaste la palma del triunfo y la del cielo al propio tiempo. ¡Cuán terrible estás aun sin la vida! Valor, coraje, ímpetu de la sangre, todo se ve en tu rostro, donde fulgura la belleza de la guerra, esa belleza terrible que hace temblar a los cobardes. Muere, amigo; si en las obscuras entrañas de la nada se pierden los cuerpos de los héroes, sus nombres quedan grabados para siempre en el alma de los que viven, y esta herencia se transmite a las generaciones más remotas enriqueciendo a los hijos de los hijos. Con esta jornada se echó punto final a las grandes batallas que de poder a poder se dieron en Ve-

nezuela realistas y republicanos, y desde entonces fué cuesta abajo la resistencia de los españoles en América, hasta cuando en Ayacucho declararon no poder más. No quedaban sino algunas plazas fuertes; mas Puertocabello no podía ser impedimento para la constitución de la república, y el guerrero comparece ante los mejores hijos de esta joven madre a dar cuenta de la terminación de su grande obra. La libertad estaba conquistada, la emancipación asegurada: un pueblo salía del abismo de la esclavitud sacudiéndose las sombras, y con alta frente y paso firme ganaba un asiento entre los libres y civilizados de la tierra. Las cadenas, en pedazos, fueron echadas al mar; sus fragmentos desmedidos resonaron en sus obscuras profundidades ahuyentando a los monstruos de la Naturaleza, y hasta el callo que deja el yugo se ha disuelto en el cuello de las naciones redimidas. Pero Bolívar tiene aún que hacer: su espada no va a suspenderse en el templo de la gloria, pues mientras hay en el Nuevo Mundo un pueblo esclavo, su tarea no se ha concluído, y él dice en su ánimo lo que el poeta ha de expresar después en el dístico memorable:

Mientras haya que hacer, nada hemos hecho.

¿En dónde está Bolívar? El es; allí le veo: la sombra imperial de Huaina Capac se le aparece en las nubes y le dice que se ha de cumplir su

profecía; él ha leído en el libro de las disposiciones eternas que el país de los Incas será libertado por un gran hijo del sol, vengada la memoria de sus descendientes. Bolívar deja su patria; Cimborazo queda a sus espaldas, se echa al mar, desaparece por el mundo. ¿En dónde está Bolívar? El es, allí le veo: con el rayo en la mano amenaza a los opresores del pueblo en cuyo auxilio ha volado en alas de la victoria; Junín mira allí resplandeciente al padre de Colombia. El combate es a caballo; cada jinete monta uno digno de un Emperador, corcel egregio que pide la batalla con ese resoplar y ese manotear que llenan el campo de marcial bullicio. La barda le incomoda, trae limpios y sueltos los miembros, sin más adorno que la testera de grana, ni más resguardo que la herradura. No sale de la línea, porque en medio de su fogosidad es obediente; pero allí se mueve, levanta el brazo en curva amenazante, extiéndelo con fuerza sobre el suelo repetidas veces, gime la tierra a la presión de ese loco martillo. En inquietud colórica, vuelve los ojos a un lado y a otro; el vaivén de su cuello recogido indica que algo le irrita y le urge los espíritus. Le tiembla el vasto pecho, recoge el cuerpo, tira el freno y quiere dispararse a beberse los espacios. Canterac, ufano de sus escuadrones invencibles, alto y soberbio, recorre sus líneas, les habla de la madre patria, del honor de las armas castellanas: suya es la victoria. Esos valientes son terribles a la vista, irresistibles al

encuentro; un ancho fiador de piel de oso les sujeta el morrión, simulando una espantosa barba; erizado el bigote, parece en ellos el símbolo del valor enfurecido; ninguno siente miedo.

Frente por frente la hueste republicana no muestra aspecto más humilde; con su mirar de águila, el terrible llanero señala para la muerte a tal o cual enemigo. La vaina del sable cuelga larga y resonante de un talabarte de cuero blanqueado; la hoja está al hombro; la lanza, con el regatón en la cuja, se halla lista para ponerse en ristre. Hablan los jefes, rompen el aire los clarines; a espuela batida los baballos, los enemigos escuadrones entran hasta ponerse rostro a rostro, y en ademán de acometer, déjanse estar un buen espacio en fiera y muda contemplación callando las espadas. ¿Qué ideas hierven en ese instante en la cabeza de esos hombres que van a quitarse la vida? ¿Qué afectos en esos feroces corazones? Brown, noble teutón que combate por la república, rompe la batalla con un bote de lanza tal, que trae al suelo en las lastimosas cabalgaduras al jinete su contrario, un ibero desemejable que con la vista le estaba retando a la pelea. Es fama que no se oyó sino un tiro de pistola en esta acción, donde obraron el sable y la lanza puramente. Hasta ahora se oye ese chis chás que horripila, ese gemir irritada la cuchilla afanándose más y más sobre el mísero cuerpo humano. Alanceáronse y matáronse muy a su sabor los dos

ejércitos, hasta cuando los españoles tuvieron por más cristiano ponerse en cobro, atrás los colombianos sacándoles los bofes por el vientre en la punta de la hoja, que comparece una tercia por delante. Sangre corrió ese día: Miller, Necochea, Lamar, Laurencio Silva mostraron puesto en su punto, bien así el denuedo como el esfuerzo del pecho americano. Miller guiaba a los hijos del Perú, y nada tuvo que hacer en el ánimo de ellos para verlos impávidos en el recibir al enemigo, terribles en el acometerles.

¿Son esos los garzones delicados
Entre seda y aromas arrullados?
¿Los hijos del placer son esos fieros?

Sí, que ni los halagos de la beldad de Sciros envilecen a Aquiles, ni los encantos de Armida contienen a Reinaldo: la guerra tiene también su seducción, y muchas veces sus incentivos son tales que nada pueden suspiros ni lágrimas de hermosas contra esa cruda rival que les arrebata sus adoradas prendas. Los hijos del placer, los muelles habitantes del Perú desmintieron entonces, y han vuelto a desmentir en ocasión no menos grave, la sentencia del ferrarés:

La terra molle, e lieta, e dilettosa
Simile a se gli abitator produce...,

dando a entender que la vida regalada enflaquece en el pecho del hombre, no solamente el va-

lor, pero hasta las necesarias y puras afecciones de libertad y patria. Ello es cierto que los que viven hasta el cuello en el dulce mar de la dicha no son los campeones más temibles en las luchas de Belona; pero hay cordiales tan poderosos, que levantan el corazón y llenan el pecho de generosidad y nobleza. Sabido es que un conquistador se valió del lujo y los placeres para corromper y envilecer a un gran pueblo a quien temía; pero cuando la corrupción y el envilecimiento no han llegado a la medula de los huesos, siempre hay remedio. Los peruanos tienen fama de ser gente de alegre y buen vivir, de adorar la diosa de Pafos algo más de lo que conviene a la austeridad del filósofo; pero si no se crían para santos, nos han hecho ver que no llevan la túnica de los lidios, ni los humos del placer estragan sus espíritus. Livianos, risueños, alegres en el seno de la paz; ardorosos, esforzados, valientes en la guerra: tal vez en ellos son los más cuerdos. Vivir pobres, abatidos, taciturnos, cultivando por la fuerza algunas virtudes, por falta de comodidad para beneficiar los vicios, y morir insignificantes, si es sabiduría, es sabiduría necia e infeliz. No creo que pueblo lo sea más que aquel donde el tiranuelo madruga todos los días a comulgar; donde los ministros de Estado, los generales del ejército se postran como viles ante un fantasma tras cuyo hábito se está riendo Satanás; donde a los habitantes les prohiben salir de noche en las ciudades; donde comisan los es-

birros y destruyen los instrumentos de música, esta amable civilizadora de los pueblos; donde el amor, siquiera inocente y justamente interesado tiene mil espías que le entregan al verdugo; donde la verdad es imposible, porque la hipocresía es la premiada; donde el valor se extingue con los nobles sentimientos del ánimo; donde la charretera, la mitra, la toga están sujetas al azote; donde una barbarie infame, cual excrecencia pútrida, ha brotado en el bello cuerpo de la civilización americana con síntomas de incurable. ¿Qué decís de un pueblo donde se arrastra por las canas a un anciano prócer de la independencia; a un general envejecido en la guerra de la libertad, se le echa en el suelo y se le azota? ¿qué decís de un pueblo donde los militares sostienen a capa y espada al hombre que los prostituye, los envilece, los enloda azotándole sus generales? ¡Y esos miserables cargan charretera! ¡Y esos cobardes ciñen espada! Soldados sin pundonor, son bandidos que están echados al saqueo perpetuo en la nación; soldados sin valor ni vergüenza, son verdugos que gozan de buena renta, y nada más. El valor, el punto militar en el soldado; sin estas prendas, los que así se llaman son la canalla, son la lepra de la asociación civil. ¿Qué decís, qué decís de un pueblo donde la revolución ha venido a ser imposible, por falta de ambición en los militares? Digo ambición porque justicia, patriotismo, amor a la libertad son virtudes enterradas en el cieno ha muchos años. Mas la am-

bición que suele animar hasta a los pequeños; la ambición, vicio o virtud inherente en Sud-América a la clase militar; la ambición, que así como a las veces extraga el orden justo y bien establecido, salva otras la república derribando a los tiranos; la ambición, pues ni la ambición halla cabida en el pecho de esos militares. ¡Militares! ¿qué ambición en el del esbirro? ¿qué ambición en el del verdugo? La soga es su arma, el patíbulo el altar donde piden a su dios por sus semejantes: que comer, que beber, honra y gloria de esos héroes. Incapacidad, no tanto; vergüenza los retrae; tienen la virtud de la vergüenza, ¡ellos! Temen que en el palacio, si por descuido vuelven la espalda, el cuerpo diplomático les descubra tras la casaca las cicatrices, las huellas largas y coloradas del azote. ¿Cómo han de ser ambiciosos? Basta con que sean codiciosos: el dinero su profesión, el sueldo su honra, la servidumbre su deber. ¡Y cargan charretera, y ciñen espada los felones! «Venid, general Petit, que yo abrace en vos a todo el ejército.» Abrazando al general, abraza uno al ejército; azotando al general, azota al ejército. ¿Qué decís de soldados, de oficiales que azotan a su general de orden de un despreciable leguleyo, y se confiesan y comulgan porque éste se lo manda? ¡Y cargan charretera y ciñen espada esos carirraídos, cuando la escoba se deshonraría en sus manos! Si alguno siente encendérsele el rostro a estas palabras, no de ira, no de venganza, mas antes de vergüenza,

le pongo fuera de mis recriminaciones, las cuales no se dirigen a los buenos, sino a los malos; no a los hombres de pundonor, sino a los infames. Nunca es tarde para el bien, amigos, y siempre es tiempo oportuno para recomendaros a nuestros semejantes con acciones dignas de memoria.

Ni el exceso de la austeridad sincera, filosófica, presta para la felicidad de las naciones; de la hipocresía, ¿qué diremos? ¡Qué de impiedades atrás de la falsa devoción! ¡qué de mentiras en el seno de la verdad simulada! ¡qué de pecados, qué de delitos, qué de crímenes debajo del sórdido manto de las virtudes fingidas! ¿Cuál es el peor enemigo de los pueblos? El fanatismo. ¿Cuál es el peor de los tiranos? El que vive con el demonio y a nombre de Dios sirve a la mesa del infierno. ¿Cuál es la más desgraciada de las naciones? No la que no puede, sino la que no desea libertarse. Dije que ni el exceso de la austeridad sincera, filosófica, prestaba mucho para la felicidad de la república, y lo sostengo. No creo que pueblo haya vivido en ningún tiempo vida más triste que el de Esparta: virtud montaraz, virtud selvática. Para dar la ley a la Grecia los atenienses no necesitaron convertirse en osos del Polo. Si los franceses vivieran al pie del confesor, dando de comer al diablo; si anduvieran la lengua afuera de iglesia en iglesia, hartándose de pan sin levadura por la mañana y cenando en secreto con el dios Priapo; si no osaran levantar los ojos, y su paso fuera el de tristes sombras que acarrean

en el pecho un dolor incurable, el dolor de la hipocresía, que es horrible enfermedad; si los franceses fueran este pueblo, no irían con la frente radiosa, a noble paso, adelante de las naciones civilizadas, aun después de vencidos. Luis Veuillot ayuna, se confiesa y comulga, es cierto; pero aun a él ya le hicieron entregar su delantal al papa. Yo pienso que Loyola no es bueno para emperador, rey ni presidente; si está en el cielo, ¿a qué otra cosa aspira? Hablando estaba yo de los peruanos: ah, sí, este pueblo se ha ennoblecido grandemente: ni teme a invasores, ni sufre tiranuelos; y aunque se va con Elena, se halla presente a la lista. Alcibiades adora a Marte y Citerea. Después de un *dos de Mayo*, ¿quién tan injusto que los sindique de cobardes? (1). Los peruanos tienen su flor en la corona de Junín: los peruanos con Miller; los argentinos con Necochea; y esta alhaja desmedida adorna las sienes de Bolívar. La batalla de Ayacucho puso fin a la guerra de la emancipación en Sud-América: ¡gloria a Dios, ya somos libres!

Fundadas dos naciones en el Perú, tornó Bolívar a Colombia: el reinado de los favores había concluído, principió el de la ingratitud. Cuando su espada no fué necesaria vino su poder en dis-

(1) Con pena vuelvo a recordar que estas páginas fueron escritas siete años ha. A otros hechos, otros conceptos.

minución, y tanto subieron de punto la envidia y maldad, que apenas hubo quien no acometiese a desconocerle e insultarle. Y cinco repúblicas estaban ahí declarando deber la existencia al hombre a quien con descaro inaudito llamaban monarquista los demagogos de mala fe, y tachaban de aspirar a la corona. Valor, talento, brazo fuerte y alma grande, pero ambición y tiranía; ¡aquí de Bruto! ¡aquí de Casio! Me parece estar viendo a los sacerdotes de Osiris cuando llevan al dios Apis a ahogarle con gran pompa en el Nilo, apasionados por el mismo Genio que sacrificaban. Si los españoles volvieran entonces y entraran por fuerza de armas la República, los ingratos compatriotas de Bolívar le llamaran, y él no los oyera, fueran a buscarle, y no le hallaran. Los grandes dolores propenden a la tumba, los hay tan fuera de medida, que con ser vastas las entrañas de ese refugio insondable, rebosan en ellas, y sus senos repiten sordamente los gemidos de los desgraciados grandes. La posteridad toma a su cargo el resarcir esos quebrantos; pero lo padecido ni la gloria los borra. Hombres ciegos, hombres ingratos que habéis desconocido y escarnecido a vuestro libertador, si en los confines de la eternidad encontráis la sombra del padre de la patria, allí será el bajar la vista y el caer de rodillas ante ese gran espectro. Bárbaros hay todavía que escarizan sus llagas, oradando el sepulcro, escarbando sus entrañas; si el héroe lo sintiese, la eternidad temblaría a esos gemidos,

como la mar temblaba a los ayes de Filoctetes. Nueva ocasión, y grande, de admirar lo avieso de la naturaleza humana; si no es que mirando cómo se extrema la ingratitud en este caso, la cólera nos gana primero que la maravilla. Semejantes a Pherón, tiran sobre los dioses, pero pierden la vista. Su espada, la del gran hijo del Nuevo Mundo, como la maza de Hércules, da de sí un olor pungente que ahuyenta a los perros y a las moscas: también este héroe ha sacrificado al dios Myagro. Ninguna ave siniestra se atreve a volar sobre su tumba, porque cae muerta como las que pasaban por sobre la de Aquiles. Calystenes dice que el mar de Panfilia se agachó para adorar a Alejandro; Olmedo quiere que el Chimborazo haga la propia demostración con un mosquito.

> Rey de los Andes, la ardua frente inclina,
> Que pasa el vencedor.

Esta cláusula tan bien rota conviniera a la grandeza de Bolívar, antes que al jefe hiperbóreo que pasaba caballero en un chivo a destruir los huevos de grulla. ¿Y al que saludaran humildes los montes y los mares, no hemos de venerar nosotros? «No, porque quiso hacerse rey.» Los augures anunciaron a Genucio Cipo que si entraba en Roma sería rey. Genucio toreó el caminó y se desterró de Roma para siempre. Bolívar hubiera hecho lo propio: un libertador no descien-

de a la condición de simple monarca. Este Simón de Montfort, que junto con sus varones de fierro había echado los cimientos de la libertad, no podía destruirla cuando estaba fundada. La envidia es musa aleve, inspira iniquidades; o digamos más bien, es arpía que se echa sobre la buena fama y las virtudes; ingratitud es manceba del demonio. Seamos como la estatua de Memnón que, herida por los rayos del sol en el desierto, da de sí un suspiro melodioso, certificando de este modo los misterios de la luz: dejémonos herir por los destellos de la verdad, y oiremos en lo profundo del pecho un son vago, embelesante, que nos haga sospechar la música del cielo. Verdad, justicia y gratitud componen un instrumento celestial, cuya armonía deleita aun a los seres inmortales.

A orilla del Atlántico, en quinta solitaria se halla tendido un hombre en lecho casi humilde: poca gente, poco ruido. El mar da sus chasquidos estrellándose contra las peñas, o gime como sombra cuando sus ondas se apagan en la arena. Algunos árboles obscuros alrededor de la casa parecen los dolientes; los dolientes, pues ese hombre se muere. ¿Quién es? Simón Bolívar, libertador de Colombia y del Perú. ¿Y el libertador de tantos pueblos agoniza en ese desamparo? ¿dónde los embajadores, dónde los comisionados que rodeen el lecho de ese varón insigne? Ese varón insigne es proscrito a quien cualquier

perdido puede quitar la vida: su patria lo ha decretado. ¡Me siento convertir en un Dios!—exclamó un Vespasiano cuado rendía el aliento. Bolívar rindió el aliento y se convirtió en un dios. El espíritu que se liberta de la carne y se hunde en el abismo de la inmortalidad, se convierte en un dios: abismo luminoso, glorioso, infinito: allí está Bolívar. El puñal no sube al cielo a perseguir a nadie. Murió Bolívar casi en la necesidad, rasgo indispensable a su grandeza. Manio Curio, Fabricio, Emilio Paulo murieron indigentes; Régulo, si no araba con su mano su pegujalito, no podía mantener a su familia; y Mumio nada tomó para sí de los tesoros inagotables de Corinto. Arístides, el más justo; Epaminondas, el mayor de los griegos, no dejaron con qué se los enterrase, y habían vencido reyes en pro de la libertad. Las riquezas son como un desdoro en los hombres que nacen para lo alto, viven para lo bueno, y mueren dejando el mundo lleno de su gloria. La codicia no es achaque de hombres grandes, puesto que la ambición no deja de inquietarlos con sus ennoblecedoras comezones; enfermedad agradable por lo que tiene de voluptuoso; temible, si no la suaviza la cordura. Si Bolívar hubiera sido naturalmente ambicioso, su juicio recto, su pulso admirable, su magnanimidad incorrupta le hubieran hecho volver el pensamiento a cosas de más tomo que una ruin corona, la cual, con ser ruin, le habría despedazado la cabeza. Rey es cualquier hijo de la for-

tuna: conquistador es cualquier fuerte; libertadores son los enviados de la Providencia. Tanto vale un hombre superior y bien intencionado, que no conocerle es desgracia; combatirle conociéndole, malicia imperdonable. Los enemigos de Bolívar desaparecen de día en día sin dejar herederos de sus odios: dentro de mil años su figura será mayor y más resplandeciente que la de Julio César, héroe casi fabuloso, abultado con la fama, ungido por los siglos.

NAPOLEÓN Y BOLÍVAR

Estos dos hombres son, sin duda, los más notables de nuestros tiempos en lo que mira a la guerra y la política, unos en el genio, diferentes en los fines, cuyo paralelo no podemos hacer sino por disparidad. Napoleón salió del seno de la tempestad, se apoderó de ella y, revistiéndose de su fuerza le dió tal sacudida al mundo, que hasta ahora lo tiene estremecido. Dios hecho hombre, fué omnipotente; pero como su encargo no era la redención sino la servidumbre, Napoleón fué el dios de los abismos que corrió la tierra deslumbrando con sus siniestros resplandores. Satanás, echado al mar por el Todopoderoso, nadó cuarenta días en medio de las tinieblas en que gemía el universo, y al cabo de ellos ganó el monte Cabet, y en voz terrible se puso a desafiar a los ángeles. Esta es la figura de Na-

poleón: va rompiendo por las olas del mundo, y al fin sale, y en una alta cumbre desafía a las potestades del cielo y de la tierra. Emperador, rey de reyes, dueño de pueblos, ¿qué es, quién es ese ser maravilloso? Si el género humano hubiera mostrado menos cuanto puede acercarse a las entes superiores, por la inteligencia con Platón, por el conocimiento de lo desconocido con Newton, por la inocencia con San Bruno, por la caridad con San Carlos Borromeo, podríamos decir que nacen de tiempo en tiempo hombres imperfectos por exceso, que por sus facultades atropellan el círculo donde giran sus semejantes. En Napoleón hay algo más que en los otros, algo más que en todos: un sentido, una rueda en la máquina del entendimiento, una fibra en el corazón, un espacio en el seno, ¿qué demás hay en esta naturaleza rara y admirable? «Mortal, demonio o ángel», se le mira con un como terror supersticioso, terror dulcificado por una admiración gratísima, tomada el alma de ese afecto inexplicable que causa lo extraordinario. Comparece en medio de un trastorno cual nunca se ha visto otro; le echa mano a la revolución, la ahoga a sus pies; se tira sobre el carro de la guerra, y vuela por el mundo, desde los Apeninos hasta las columnas de Hércules, desde las pirámides de Egipto hasta los hielos de Moscovia. Los reyes dan diente con diente, pálidos, medio muertos; los tronos crujen y se desbaratan; las naciones alzan el rostro, miran

espantadas al gigante y doblan la rodilla. ¿Quien es? ¿de dónde viene? Artista prodigioso, ha refundido cien coronas en una sola, y se echa a las sienes esta descomunal presea; y no muestra flaquear su cuello, y pisa firme, y alarga el paso, y poniendo el pie en un reino, el otro en otro reino, pasa sobre el mundo, dejándolos marcados con su planta como a otros tantos esclavos. ¿Qué parangón entre el esclavizador y el libertador? El fuego de la inteligencia ardía en la cabeza de uno y otro, activo, puro, vasto, atizándolo a la continua esa vestal invisible que la Providencia destina a ese hogar sagrado; el corazón era, en uno y otro, de temple antiguo, bueno para el pecho de Pompeyo: en el brazo de cada cual de ellos no hubiera tenido que extrañar la espada del rey de Argos, ése que relampaguea como un genio sobre las murallas de Erix: uno y otro formados de una masa especial, más sutil, jugosa, preciosa que la del globo de los mortales, ¿en qué se diferencian? En que el uno se dedicó a destruir naciones, el otro a formarlas; el uno a cautivar pueblos, el otro a libertarlos; son los dos polos de la esfera política y moral, conjuntos en el heroísmo. Napoleón es cometa que infesta la bóveda celeste y pasa aterrando al universo: vese humear todavía el orizonte por donde se hundió la divinidad tenebrosa que iba envuelta en su encendida cabellera. Bolívar es astro bienhechor que destruye con su fuego a los tiranos, e infunde vida a los pueblos, muer-

tos en la servidumbre: el yugo es tumba; los esclavos son difuntos puestos al remo del trabajo, sin más sensación que la del miedo, ni más facultad que la obediencia.

Napoleón surge del hervidero espantoso que se estaba tragando a los monarcas, los grandes, las clases opresoras; acaba con los efectos y las causas, lo allana todo para sí, y se declara él mismo opresor de opresores y oprimidos. Bolívar, otro que tal, nace del seno de una revolución cuyo objeto era dar al través con los tiranos y proclamar los derechos del hombre en un vasto continente: vencen entrambos: el uno continúa el régimen antiguo, el otro vuelve realidades sus grandes y justas intenciones. Estos hombres, tan semejantes en la organización y el temperamento, difieren en los fines, siendo una misma la ocupación de toda su vida: la guerra. En la muerte vienen también a parecerse: Napoleón encadenado en medio de los mares; Bolívar a orillas del mar, proscrito y solitario. ¿Qué conexiones misteriosas reinan entre este elemento sublime y los varones grandes? Parece que en sus vastas entrañas buscan el sepulcro, a él se acercan, en sus orillas mueren: la tumba de Aquiles se hallaba en la isla de Ponto. Sea de esto lo que fuere, la obra de Napoleón está destruída; la de Bolívar próspera. Si el que hace cosas grandes y buenas es superior al que hace cosas grandes y malas, Bolívar es superior a

Napoleón: si el que corona empresas grandes y perpetuas es superior al que corona empresas grandes, pero efímeras, Bolívar es superior a Napoleón. Mas como no sean las virtudes y sus fines los que causan maravilla primero que el crimen y sus obras, no seré yo el incauto que venga a llamar ahora hombre más grande al americano que al europeo; una inmensa carcajada me abrumaría, la carcajada de Rabelais que se ríe por boca de Gargantúa, la risa del desdén y la fisga. Sea por que el nombre de Bonaparte lleva consigo cierto misterio que cautiva la imaginación; sea por que el escenario en que representaba ese trágico portentoso era más vasto y esplendente, y su concurso aplaudía con más estrépito; sea, en fin, por que prevaleciese por la inteligencia y las pasiones girasen más a lo grande en ese vasto pecho, la verdad es que Napoleón se muestra a los ojos del mundo con estatura superior y más airoso continente que Bolívar. Los siglos pueden reducir a un nivel a estos dos hijos de la tierra, que en una como demencia acometieron a poner monte sobre monte para escalar el Olimpio. El uno, el más audaz, fué herido por los dioses y rodó al abismo de los mares; el otro, el más feliz, coronó su obra, y habiéndolos vencido se alió con ellos y fundó la libertad del Nuevo Mundo. En diez siglos Bolívar crecerá lo necesario para ponerse hombro a hombro con el espectro que arrancando de la tierra hiere con la cabeza la bóveda celeste.

¿Cómo sucede que Napoleón sea conocido por cuantos son los pueblos, y su nombre resuene lo mismo en las naciones civilizadas de Europa y América, que en los desiertos del Asia, cuando la fama de Bolívar apenas está llegando sobre ala débil a las márgenes del viejo mundo? Indignación y pesadumbre causa ver cómo en las naciones más ilustradas y que se precian de saberlo todo, el libertador de la América del Sur no es conocido sino por los hombres que nada ignoran, donde la mayor parte de los europeos oye con extrañeza pronunciar el nombre de Bolívar. Esta injusticia, esta desgracia provienen de que con el poder de España cayó su lengua en Europa, y nadie la lee ni cultiva si no son los sabios y literatos poliglotas. La lengua de Castilla, ésa en que Carlos V daba sus órdenes al mundo; la lengua de Castilla, ésa que traducían Corneille y Moliére; la lengua de Castilla, ésa en que Cervantes ha escrito para todos los pueblos de la tierra, es en el día asunto de pura curiosidad para los anticuarios; se la descifra, bien como una medalla romana encontrada entre los escombros de una ciudad en ruina. ¿Cuándo volverá el reinado de la reina de las lenguas? Cuando España vuelva a ser la señora del mundo; cuando de otra obscura Alcalá de Henares salga otro Miguel de Cervantes; cosas difíciles, por no decir del todo inverosímiles. Lamartine, que no sabía el español ni el portugués, no vacila en dar la preferencia al habla de Camoens, llevado más del prestigio del

poeta lusitano que de la ley de la justicia. La lengua en que debemos hablar con Dios, ¿a cuál sería inferior? Pero no entienden el castellano en Europa, cuando no hay galopín que no lea el francés, ni buhonero que no profese la lengua de los pájaros. Las lenguas de los pueblos suben o bajan con sus armas; si el imperio alemán se consolida y extiende sus raices allende los mares, la francesa quedará velada y llorará como la estatua de Niobe. No es maravilla que el renombre de un héroe sudamericano halle tanta resistencia para romper por medio del ruido europeo.

Otra razón para esta obscuridad, y no menor, es que nuestros pueblos en la infancia no han dado todavía de sí los grandes ingenios, los consumados escritores que con su pluma de águila cortada en largo tajo rasgueen las proezas de los héroes y ensalcen sus virtudes, elevándolos con su soplo divino hasta las regiones inmortales. Napoleón no sería tan grande, si Chateaubriand no hubiera tomado sobre sí el alzarle hasta el Olimpo con sus injurias altamente poéticas y resonantes; si de Stael no hubiera hecho gemir al mundo con sus quejas, llorando la servidumbre de su patria y su propio destierro; si Manzoni no le hubiera erigido un trono con su oda maravillosa; si Byron no le hubiera hecho andar tras Julio César como gigante ciego que va tambaleando tras un dios; si Víctor Hugo no le hubiera ungido con el aceite encantado que

este mágico celestial extrae por ensalmo del haya y del roble, del mirto y del laurel al propio tiempo; si Lamartine no hubiera convertido en rugido de león y en gritos de águila su tierno arrullo de paloma cuando hablaba de su terrible compatriota; si tantos historiadores, oradores y poetas no hubieran hecho suyo el volver Júpiter tonante a su gran tirano, ese Satanás divino que los obliga a la temerosa adoración con que le honran y engrandecen.

No se descuidan, desde luego, los hispanoamericanos de las cosas de su patria, ni sus varones ínclitos han caído en el olvido por falta de memoria. Restrepo y Larrazábal han tomado a pechos el transmitir a la posteridad las obras de Bolívar y más próceres de la emancipación; y un escritor eminente, benemérito de la lengua hispana, Baralt, imprime las hazañas de esos héroes en cláusulas rotas a la grandiosa manera de Cornelio Tácito, donde la numerosidad y armonía del lenguaje dan fuerza a la expresión de sus nobles pensamientos y los acendrados sentimientos de su ánimo. Restrepo y Larrazábal, autores de nota en los cuales sobresalen el mérito de la diligencia y el amor con que han recogido los recuerdos que deben ser para nosotros un caudal sagrado; Baralt, pintor egregio, maestro de la lengua, ha sido más conciso, y tan sólo a brochazos, a bulto, nos ha hecho su gran cuadro. Yo quisiera uno que en lugar de decirnos:

«El 1.° de Junio se aproximó Bolívar a Carúpano...» le tomase en lo alto del espacio, *in pride of place*, como hubiera dicho Childe Harold, y nos le mostrase allí contoneándose en su vuelo sublime. Pero la musa de Chateaubriand anda dando su vuelta por el mundo de los dioses, y no hay todavía indicios de que venga a glorificar nuestra pobre morada.

WASHINGTON Y BOLIVAR

El renombre de Wáshington no finca tanto en sus proezas militares, cuanto en el éxito mismo de la obra que llevó adelante y consumó con tanta felicidad como buen juicio. El de Bolívar trae consigo el ruido de las armas, y a los resplandores que despide esa figura radiosa vemos caer y huir y desvanecerse los espectros de la tiranía; suenan los clarines, relinchan los caballos, todo es guerrero estruendo en torno al héroe hispanoamericano; Wáshington se presenta a la memoria y la imaginación como gran ciudadano antes que como gran guerrero, como filósofo antes que como general. Wáshington estuviera muy bien en el Senado romano al lado del viejo Papirio Cúrsor, y en siendo Monarca antiguo, fuera Augusto, ese varón sereno y reposado que gusta de sentarse en medio de Horacio y Virgilio, en tanto que las naciones todas giran reverentes alrededor de su trono. Entre Wás-

hington y Bolívar hay de común la identidad de fines, siendo así que el anhelo de cada uno se cifra en la libertad de un pueblo y el establecimiento de la democracia. En las dificultades sin medida que el uno tuvo que vencer, y la holgura con que el otro vió coronarse su obra; ahí está la diferencia de esos dos varones perilustres, ahí la superioridad del uno sobre el otro. Bolívar, en varias épocas de la guerra, no contó con el menor recurso, ni sabía dónde ir a buscarlo: su amor inapeable hacia la patria; ese punto de honra subido que obraba en su pecho; esa imaginación fecunda, esa voluntad soberana, esa actividad prodigiosa que constituían su carácter, le inspiraban la sabiduría de hacer factible lo imposible, le comunicaban el poder de tornar de la nada al centro del mundo real. Caudillo inspirado por la Providencia, hiere la roca con su varilla de virtudes, y un torrente de agua cristalina brota murmurando afuera; pisa con intención, y la tierra se puebla de numerosos combatientes, esos que la patrona de los pueblos oprimidos envía sin que sepamos de dónde. Los americanos del Norte eran de suyo ricos, civilizados y pudientes aun antes de su emancipación de la madre Inglaterra; en faltando su caudillo, cien Wáshingtons se hubieran presentado al instante a llenar ese vacío, y no con desventaja. A Wáshington le rodeaban hombres tan notables como él mismo, por no decir más beneméritos: Jéfferson, Mádisson, varones de alto y profundo

consejo; Franklin, genio del cielo y de la tierra, que al tiempo que arranca el cetro a los tiranos, arranca el rayo a las nubes: *Eripui cœlo fulmen sceptrumque tyrannis*. Y éstos y todos los demás, cuán grandes eran y cuán numerosos se contaban, eran unos en la causa, rivales en la obediencia, poniendo cada cual su contingente en el raudal inmenso que corrió sobre los ejércitos y las flotas enemigas, y destruyó el poder británico. Bolívar tuvo que domar a sus tenientes, que combatir y vencer a sus propios compatriotas, que luchar con mil elementos conjurados contra él y la independencia, al paso que batallaba con las huestes españolas y las vencía o era vencido. La obra de Bolívar es más ardua, y por el mismo caso más meritoria.

Wáshington se presenta más respetable y majestuoso a la contemplación del mundo, Bolívar más alto y resplandeciente: Wáshington fundó una república que ha venido a ser después de poco una de las mayores naciones de la tierra; Bolívar fundó asimismo una gran nación, pero, menos feliz que su hermano primogénito, la vió desmoronarse, y aunque no destruída su obra, por lo menos, desfigurada y apocada. Los sucesores de Wáshington, grandes ciudadanos, filósofos y políticos, jamás pensaron en despedazar el manto sagrado de su madre para echarse cada uno por adorno un jirón de púrpura sobre sus cicatrices; los compañeros de Bolívar todos acometieron a degollar a la real Colombia y tomar

para sí la mayor presa posible, locos de ambición y tiranía. En tiempo de los dioses, Saturno devoraba a sus hijos; nosotros hemos visto y estamos viendo a ciertos hijos devorar a su madre. Si Páez, a cuya memoria debemos el más profundo respeto, no tuviera su parte en este crimen, ya estaba yo aparejado para hacer una terrible comparación tocante a esos asociados del parricidio que nos destruyeron nuestra grande patria; y como había además que mentar a un gusanillo y rememorar el triste fin del héroe de Ayacucho, del héroe de la guerra y las virtudes, vuelvo a mi asunto ahogando en el pecho esta dolorosa indignación mía. Wáshington, menos ambicioso, pero menos magnánimo; más modesto, pero menos elevado que Bolívar. Wáshington, concluída su obra, acepta los casi humildes presentes de sus compatriotas; Bolívar rehusa los millones ofrecidos por la nación peruana. Wáshington rehusa el tercer período presidencial de los Estados Unidos, y cual un patriarca se retira a vivir tranquilo en el regazo de la vida privada, gozando sin mezcla de odio las consideraciones de sus semejantes, venerado por el pueblo, amado por sus amigos: enemigos, no los tuvo, ¡hombre raro y feliz! Bolívar acepta el mando tentador que por tercera vez, y ésta de fuente impura, viene a molestar su espíritu, y muere repelido, perseguido, escarnecido por una buena parte de sus contemporáneos. El tiempo ha borrado esta leve mancha, y no vemos sino

el resplandor que circunda al mayor de los sudamericanos. Wáshington y Bolivar, augustos personajes, gloria del Nuevo Mundo, honor del género humano junto con los varones más insignes de todos los pueblos y de todos los tiempos.

VIAJES

POESÍA DE LOS MOROS

CÓRDOBA.—LA GRAN MEZQUITA

Abdala Abulabás Asafad ha subido al trono de Damasco: los Beni Omeyas cayeron bajo el alfanje de sus rivales, y toda la poderosa familia es exterminada. Noventa caballeros escapan del degüello general, y se refugian en Egipto: recíbelos el Wali con aparatos y demostraciones regias; los príncipes son bien venidos a su corte. Para el festejo de tan ilustres huéspedes un banquete se prepara, tan real y suntoso, como nunca lo tuvieron reyes. Los príncipes Omeyas están sentados a la mesa, considerados y servidos por los principales señores de la corte; el Wali exhala el alma por acariciarles y adularles. ¿Qué acontece? Se cambia el servicio, y el segundo mantel se compone de noventa cabezas que chorrean sangre, con los ojos monstruosamente abiertos. Son las de los Omeyas, huéspedes del gran Wali de Egipto. La cimitarra de Abdala Abula-

bás era muy larga; habíase extendido hasta el palacio de su real deudo.

Un resto quedó no obstante de familia tan noble como corta de ventura: Abderrahman ben Moabia siente correr por sus venas sangre de califas; hierve su pecho en grandiosas afecciones, su alma en encumbrados pensamientos. Joven es, y por el mismo caso reboza en esperanzas; sólo se mira, mas el valor no necesita compañeros: persíguenle de muerte los matadores de sus padres; él es prudente, huye y se interna en el desierto. La vida del príncipe Moabia está en un hilo: las órdenes de Abulabás se transmiten como por encanto a todos los vientos del imperio, sus súbditos están sobre aviso; adonde llegue; ahí morirá; sin contar con que numerosas cabalgadas de beduinos y soldados árabes le persiguen en todas direcciones. Abderrahman sigue su estrella; sigue por ahora el camino del fugitivo; por él llegará a un trono, y se verá que el Califa tenía razón de anhelar la muerte de enemigo tan flaco y nada temible como parecía ben Moabia.

Cruza desiertos, lucha con fieras, vence leones, se acoge a la choza de un negro salvaje; camina, camina sin descorazonarse a los mayores trabajos, y su industria burla la vigilancia de las paradas y espías que le esperan en todos los caminos. Unas veces ayudado de disfraces, otras de la fuerza de su brazo, se sale con su empeño: no hay dificultades para un grande corazón. Abde-

rrahman se halla entre amigos, ha llegado a Mauritania, en donde un noble Jeque de la tribu seneta le recibe. ¿Qué torbellino de polvo se acerca por allá? Una manga de beduinos con los sables en alto se aproxima a galope.—Por Alá, ¿no habéis visto un joven en cuya busca andamos? Es de gentil parecer, soberbio en su ademán; príncipe, en una palabra.—Si por cierto, visto le habemos hace poco; llegó entre nosotros, y tres días ha que anda a caza de leones: echad hacia el occidente, y hallarle habéis no ha mucho andar.

—Mirad que son órdenes del gran Califa, y que un engaño os costaría la vida.

—Id, amigos; el rumbo que os indicamos es vuestro camino.

—Alá sea con vosotros.

Y los beduinos partieron a toda rienda envueltos en un huracán de ardiente arena.

¡Generosos bárbaros! instruyen a su huésped de lo que pasa, hácenle montar una yegua veloz, y con una guardia de jóvenes guerreros, envíanle a una tribu más remota. Aquí le llegaron embajadores de España para ofrecerle a nombre de los muslimes el corazón y el respeto de los creyentes, pues iba a ser proclamado rey, con absoluta independencia del Califa de Damasco, él, desterrado, fugitivo, que a cada paso podía dar en la tumba.

Partió luego Abderrahman con los embajadores y no pocos jinetes que le acompañaron por

adhesión a su persona, y, llegado a su reino, se festejó su venida con zambras y cañas, en donde nadie las rompió más ni con mayor gentileza que el príncipe ben Moabia, amor de las doncellas desde el primer día, gloria de la patria así como hubo desenvuelto las grandiosas prendas con que la naturaleza le había distinguido. Este fué el primero y más cabal de los reyes muslímicos de España; éste trajo a Córdoba la silla del Imperio; éste hizo de ella una ciudad tan grande y magnífica, que pocas hubo tan magníficas y grandes.

El rey no perdió tiempo de aventar hacia fuera la magnificencia de su alma: el primer monumento de su grandeza fué la gran mezquita, a la cual dió principio, determinado a sobrepujar en sublimidad y perfección a los templos de Damasco, Bagdad, Ispahn y de todos los del rico Oriente. Fórmanla mil noventa y tres columnas de finos mármoles, que sustentan cincuenta y siete arcos estupendos, debajo de los cuales se espacian anchas naves enlosadas de mármol laboreado, sonoro a los pies, agradable a la vista. Cuatro mil lámparas de oro suspendidas en las bóvedas hacen del edificio un gran foco de luz: en las festividades solemnes, todas ellas se encienden, y a la salida del Ramazán, el templo es cosa grandiosa, digna del Dios que adoramos todos y digna de profeta menos impostor que Mahoma, a quien está consagrado. Gástase en estas lámparas gran copia de esencias y perfumes, y éstos de los más delicados y costosos:

la mirra, el ámbar, el áloe no son economizados; blancas columnas de humos sabrosos y vivificantes se levantan de braseros de plata bruñida, y en alas azulinas se espacian por las anchurosas naves: las paredes, labradas, ostentan a modo de jardines, flores abiertas del más bello color: el oro, el azul, el blanco mate componen esa vistosa alfombra que aforra las columnas, y mil y mil caprichosas bordaduras se extienden a lo largo en cordones retorcidos, formando maravillosos resaltos, por los cuales la vista vaga complacida, deleitándose con el primor de esos ricos objetos. Las cúpulas estan coronadas de grandes bolas doradas, y la mayor de todas y más eminente es de oro macizo. Sus puertas son diez y nueve, unas hacia el orientè, otras al occidente: puertas de bronce de maravilloso laboreo, floreadas de ese *ori-azul*, mezcla de oro y de ese azul que parece tener hasta fragancia. Este color se ha perdido; era un secreto de los árabes. La puerta principal está forrada de esas láminas de oro, y es principal en todo: mayor en porte, más espesa, más grandiosa. por ella entra Dios cuando se viste de Pontífice.

En el interior del templo no reina aquella funestidad religiosa, aquella murria santa, aquella devoción y profunda tristeza que se derrama desde el tabernáculo hasta el peristilo en las iglesias cristianas, en las Catedrales de Italia y de la España goda; al contrario, los sentidos no encuentran allí sino de que animarse y jubilar:

risueño aspecto, sonoros y alegres ruidos comunican al alma uno como gozo interior, y el creyente no se halla en la mezquita con un Dios zahareño e intratable, sino con un Dios jovial y bondadoso. Los edificios moriscos tienen ésto de particular, que son por dentro risueños, leves, amables; por fuera hoscos, refunfuñones, amenazantes: la política pasa a la religión: los monarcas edifican así sus palacios, a efecto de infundir pavor al vulgo con la presencia de un monumento tenebroso, y gozar ellos a su sabor en los interiores, venteados por las blandas alas del dios ciego: tal es la Alhambra de Granada, tal el Alcázar de Sevilla.

El rey Abderrahman ben Moabia trabajaba en este edificio con sus manos una hora al día; otro que tal Hixen, su hijo, en cuyo reinado se dió cima a otro monumento tan principal y grandioso. Este Hixen fué muy humilde para con su profeta, muy impío para con su maestro, muy insolente para con los hombres: con sus manos trabajó en el templo de Dios; pero de intento hizo acarrear la tierra desde Narbona, ciudad de Francia, a espaldas de cristianos, acémilas para el moro vencedor: ¡pobres cristianos! ¿Qué sería de ellos acarreando tierra a espaldas para el templo de religión aborrecida? Pues la acarrearon, y en gran parte ayudaron al levantamiento de la gran mezquita.

Han vengado el ultraje con el tiempo, y bien; ¡ay! se han vengado demás. Esa fábrica maravi-

llosa, alumbrada por cuatro mil lámparas del más fino metal, adonde se entraba por diez y nueve puertas de bronce, cuyas cúpulas estaban coronadas por grandes globos brillantes, en cuyo interior se aspiraban todos los perfumes de Arabia y Persia, ¿es el templo que he visto con mis ojos? Lo vi tan sólo con los ojos del alma: la gran mezquita de Abderrahman y de Hixen no existe ya; los siglos, los trastornos, la codicia, la barbarie, y más que todo la indolencia de los godos vencedores ha convertido la mezquita en una sublime ruina: ahora está en pie, han tenido la caridad de no derribarla; pero es un esqueleto, una gran armazón; es Behemón despojado de la piel y de la carne, de sus colmillos preciosos; allí se está como un recuerdo, como una curiosidad, sin riqueza, sin primor, sin vida; resto fósil, cadáver antediluviano sobre el cual han caído todas las plagas del cielo, en el cual se han puesto las manos y los pies de la tierra. Como quedaban las ciudades por donde pasaban el gran Tamerlán o Atila, así ha quedado la gran mezquita: los godos no pasaron, mas se quedaron en ella: saqueada, ultrajada, desfigurada, mutilada, embarrada la mezquita, no es ya la gran mezquita, es una triste y pobre iglesia. Que no hay un grano de oro en ella, es claro; que no arde sino la plebeya grasa en lugar del áloe, cierto; que las paredes han perdido sus flores, que los bronces de las puertas han desaparecido, sin duda. Y para mayor abundamiento de barbarie, el arte

ha perdido sus pulidas formas, la levedad morisca ha sido afeada con la cargazón de la arquitectura cristiana. Cada orden puede ser perfecta por sí misma; hay también órdenes mixtas, que combinadas con pulso y sabiduría, componen hermosas obras; mas para que la combinación no falte a la armonía, a la métrica de la arquitectura, las órdenes han de ser de la misma familia, ha de reinar entre ellas tal similitud, que la una no desdiga de la otra: así lo quiere Vitruvio. Mas entre las de diferente, y aun opuesta naturaleza, no puede formarse sino monstruos. En la arquitectura árabe todo es delicado, todo fino, todo leve: sus formas parece que están volando, algo hay de paloma en un edificio morisco: blandura, convexidad de miembros, vivacidad, brillantez, gran riqueza de colores: una alcoba de sultana es un cuello de paloma; el iris está arrollado allí, dando vueltas y revueltas como una culebra celeste, dorado, tornasolado, cambiante de los más vívidos y al mismo tiempo los más suaves matices. La arquitectura morisca es un madrigal armonioso, grato al oído: sus pilastras de jaspe, sus capiteles de oro, el mármol de su pavimento, y el arqueado voluptuoso de sus partes, todo es cosa de amor: nueve Musas habitan en la cumbre del Parnaso; otras nueve demoran invisibles en el Generalife.

¿Pues cómo las cinceladas toscas, los miembros fornidos, el formidable gesto de la arquitectura gótica han de formar parte de un árabe

edificio? Esto sería retocar un cuadro de Rafael con el pulso disparado y el recargo de colores de Salvator Rosa; intercalar en la Eneida escenas de las tragedias lúgubres de Shakespeare. Esos altares adustos no están bien en la mezquita: Dios está en el universo; grandes y excelsos templos tiene en todas las naciones de la tierra; pero no gusta de la desarmonía, él, tan acompasado y armonioso.

La mezquita de Córdoba es un gran recuerdo del imperio de los árabes de España: poder, sabiduría, arte, civilización en eminente grado, todo indica esa portentosa fábrica. Ahora está rodeada de melancolía; algo hay triste y desolado en ella: parece la casa de los siglos en donde van cayendo los años uno por uno; y como los pasados son pasados, nadie cuida de ella: indolentes son las sombras. El imán y el alfaquí no cuidan ya de su recinto, el muezzin no vela en los altos alminares, ni se oye tarde de la noche su voz solemne y religiosa: No hay más Dios que Dios, y Alá es su profeta! No hay más Dios que Dios! Alzáos, creyentes, y acudid a adorarle en su templo! La campana melancólica suena a la oración, y tal cual cristiano español embozado de su capa se encamina silencioso por el patio de las palmas: la fuente de las abluciones está allí; mas ya no es santa, ni se consuma un misterio en torno de ella: algunas agudadoras arambelosas cogen agua en sus cántaros al son de su fandango, en lugar de esos graves y pomposos

árabes, que cubiertos de su manto, rodeaban la fuente para lavarse en ella devotamente las manos antes de entrar a la *zahala*, u oración de la tarde. Los siglos y las razas van pasando: todo acaba, todo cambia: sólo Dios es el mismo, sólo Dios existe eternamente: los muslimes le adoraron en ese templo; en el mismo le adoran los cristianos, y aunque no entre esas mismas paredes, en ese lugar le adorarán las generaciones venideras, cualquiera que sea su religión: el principio y la base de todas es Dios: nadie varía en este punto, ni variará probablemente: los dioses se fueron, no hay más que un Ente infinito y soberano legislador de cielos y tierra.

Abderrahman ben Moabia plantó la primer palma, de la cual nacieron las que dan sombra a la mezquita, y de ellas todas las que hoy asombran el suelo de Andalucía. Palmas son cargadas de años; a cuestas con la edad, no pueden ya con la tristeza: el viento se posa en sus cumbres a la hora del crepúsculo, y arrulla como tórtola viuda; la noche abanza, y él se atrista más; cierra la oscuridad, y todavía gime; parece ave nocturna, presagiadora de pesares y de muerte. Extranjero, ¿qué haces arrimado al viejo tronco de esa palma? Mira que las sombras adelantan, retírate a tu albergue, porque de noche no hay mucha seguridad en este anchuroso y triste patio: dicen que un bulto blanco sale de la mezquita y viene a hacer una ablución en la fuente que está cerca de tí; luego un suspiro abogado sale

de ese rincón, y en las hojas de las palmas se oye un chillido temeroso, como de animalillos tiernos abandonados de su madre. Y aun sin ésto, la Sierra Morena está nevada, el ambiente es helador; la oscuridad y el silencio infunden tristes pensamientos.—Poco va en ello; el corazón oprimido requiere soledad, el pensamiento sombrío, sombras pide: dejadme aquí: ¿no soy extranjero? Tan sólo estaré en mi morada como al pie de este triste árbol: y si una lágrima se me cuelga en las pestañas, podré enjugármela sin que nadie me lo observe, y ésto es ya un adelantado. Si por aquí andan sombras misteriosas, tanto mejor; departiré con ellas; ¿no soy sombra yo también? En cuanto a esos ruidos misteriosos que bajan de los árboles, música son para mí: la oscuridad es sol para los tristes.

Córdoba fué siempre ciudad grande y renombrada: la fundó Marco Marcelo, y en tiempo de los romanos se llamó Colonia Patricia, en razón de ser asiento de sus gobernadores, o acaso por dar de sí varones esclarecidos que la engrandecían en la opinión de la metrópoli, y labraban su felicidad interior. En Córdoba florecieron muchos y muy preciosos ingenios: las ciencias tuvieron allí sus patriarcas, las artes se vieron en su cumbre, la poesía tuvo apasionados que la cortejaron anhelosos y triunfaron de ellas. Aristóteles tenía allí sabios traductores, Hipócrates entendidos discípulos, y ni Copérnico leyó en el cielo con más claridad que los muslimes. Pues

bien, estos hombres ilustrados y sagaces eran llamados *bárbaros* y *perros* por los españoles; los españoles, que no conocían entonces ni una universidad, los españoles que apenas sabían leer, los españoles que honraban la ignorancia. Cuando toda Europa yacía como muerta para la sabiduría, envuelta en las profundas tinieblas del siglo onceno, los árabes de España poseían las ciencias, cultivaban las artes, sacrificaban a las Musas (1). La España morisca era el horizonte por donde estaba saliendo el sol que un día había de iluminar a Europa, la España morisca fué la escuela de donde salieron los maestros que instruyeron a los hombres modernos. La civilización actual, en cierto modo, tiene su origen en los árabes de España: a los árabes se deben los mayores y más útiles descubrimientos; los árabes conservaron preciosos manuscritos de la antigüedad, a los cuales deben en gran parte su sabiduría los sabios de nuestros tiempos.

Lo material era correspondiente a lo moral: un no muy extenso territorio contenía más habitantes que un vastísimo reino: Andalucía y más provincias moriscas eran como una colmena donde no hay punto de lugar perdido: hervían en ella los hombres por millones, activos, laboriosos, inteligentes, dados a todo género de industria, sino tiraban para el estudio, al cual muchos se entregaban de propósito. Seis grandes y

(1) Juan Andrés. Historia de la literatura.

magníficas ciudades, cada cual digna de ser metrópoli de un imperio, contenía la España morisca: Córdoba, su capital; Toledo, Zaragoza, Mérida, Granada y Murcia: fuera de éstas se contaban ochenta ciudades populosas y de primer orden, trescientas inferiores, y no malas, e infinitos pueblos y villorrios cuajados de gente entregada al laboreo dal campo o a la industria manufacturera.

Reinando Alhaken, uno de sus más insignes reyes, Córdoba tenía doscientas mil casas, seiscientas mezquitas, cincuenta hospicios, ochenta escuelas y doscientos baños públicos. El aseo era para los muslimes una como religión o parte de ella, tal que a nadie le era dable penetrar en el templo sin hacer una previa ablución. El vestido, la morada se había de tener tan en cuenta como el cuerpo: cada ciudad era una concha tersa y brillante, cada mujer una náyade habitadora de las fuentes. Todo al revés de lo que sucede con los bienaventurados españoles: hanse visto motines encabezados por la gente de chapa, pidiendo la vida del Ministro que había tenido la torpe idea de mandar barrer las calles, (1) y se dan hombres que no se acuerdan haber tomado un baño en su vida: ¡dichosos españoles!

(1) Bukle. Ispain. Cuando Ensenada mandó asear la ciudad de Madrid, hubo un gran motín, y por poco no paga el Ministro con la vida su horrible disposición.

Córdoba existe; pero qué Córdoba! No son los templos de cuatro mil columnas de mármol con capiteles de oro; no los alcázares de Azahara ni los jardines de Meruán; no las pilas, tasas y baños de blanco jaspe sombreados por mirtos y laureles; ni menos las doscientas mil familias que poblaban la Córdoba de más felices tiempos. Guadalquivir no riega ya sus huertos, donde no hay fruta que no sea conocida, ni refleja en su límpido cristal los almiuares de las mezquitas y las ricas fachadas de los palacios de mármol: triste está Guadalquivir; la sultana no extiende ya su lindo pie, y él no tiene que besar enamorado; nada fecundizan sus aguas; yerma la tierra, se come a sí misma de disgusto; los hombres acarrean consigo pereza invencible; el orgullo les vuelve miserables. Todo arruinado, todo perdido; los campos no se riegan, se siembra poco, se cosecha menos, y el hambre y la desnudez tienen escuela de pesares.

A cuestas con estos pensamientos, con toda esa ciudad casi fabulosa en la cabeza, andaba yo un día sin objeto por las callejuelas inmundas de la que hoy también se llama Córdoba: río abajo, río arriba, admiraba lo pasado, me lastimaba lo presente, y nunca daba con una cosa que me levantase el ánimo, sino era tal cual resto de la antigüedad respetado por los siglos. Era yo entonces semejante a ese retórico a quien el demasiado conocimiento del bello ideal no le permitía gozar de ninguna composición

poética; ¡ay! conocía demasiado la Córdoba de los antiguos tiempos: para que pudiese gustarme la de nuestros días, si algo hay en ella que alcance a deleitar al viajero. Una andaluza gentil, que se anda donairosa por la orilla, flechando con sus rasgados ojos negros, no digo que no. Las mujeres hacen de flores; todo lo embellecen, todo lo perfuman con su presencia: lo feo es hermoso, lo triste alegre: las ruinas cobran vida, las tumbas mismas se sonrien si ellas se asoman sonreídas por allí. Sin mujeres no hay belleza ni verdad. Si a algún filósofo he compadecido, ha sido a aquel austero Xenócrates que no tenía corazón para el bello sexo: él, que con su frialdad triunfó de la más bella de las griegas, es digno de compasión; y aquel estoico de firmeza inapeable que no ve a su esposa sino una vez en su vida, *y eso por pura cortesía*, me parece un mármol sabio, hombre tan sólo en la cabeza. Si otro mérito no tuvieran las mujeres que el no poder vivir nosotros sin ellas, ya era eso gran título para celebrarlas; ahora si tomamos en cuenta las mil celestiales sensaciones y felicidades que nos labran, no hay voz para hacer su apología. Dicen que causan trabajillos; no es gran cosa: a lo menos así nos lo parece a los que tenemos la fortuna o la desgracia de no ser casados: en cambio de los bienes que ellas traen consigo, vengan los males, puesto que no sean de los malos... Pues han de saber ustedes que hay males malos y males buenos:

esas deliciosas penas del corazón, esos delirios de la imaginación, esas angustias del alma, esos suspiros, esos ayes que se abrigan y se arrojan cuando se ama, males son buenos; la felicidad acrisolada, de ellos nace. Mi pobre Sócrates dijo una cosa que no me gusta: Cuál es mejor, Sócrates, le preguntaron, casarse o no? Cualquiera de las dos cosas que hagas, respondió el filósofo, te has de arrepentir. Vamos, que no siempre sea así: convengamos en que uno puede ser feliz por mucho tiempo, a pesar de la sabiduría: ama, y descuida lo demás. El arte de ser feliz es el arte de hacer durar el amor: el Ariosto lo supo muy bien, cuando dijo:

> Che dolce più, che più giocondo stato
> Saria di quel d' un amoroso cuore?

Iba a decir que a falta de grandeza hay belleza en Córdoba: las andaluzas no han menester mi testimonio para ser las más preciosas españolas, y las cordobesas no ceden un punto a las lindas georgianas. Vaya una anécdota episódica para hacer ver cuánto influyen las hermosas en el ánimo, y cuánto obran en favor de su patria y de lo a ella perteneciente.

Un extranjero fué acometido de la nostalgia en París: aborreció todo en Francia, a los hombres, a las mujeres, el cielo, el suelo, el clima, las costumbres, todo. El otoño es terrible estación, muy ocasionada a enfermedades morales:

la locura, el despecho, el suicidio reinan en el otoño muy más que en otro tiempo. Las nieblas bajan y se andan rastreras por las calles; oscurece antes de anochecer; el aire es frío, la nieve cae en plumas, y las ráfagas del cierzo las estrellan contra el rostro. Con que el alma se afunesta, las penas suben de punto, caen gotas de limón en las llagas del pecho. Mas de repente parece el sol entre un rompido inmenso de nubes, el cielo se muestra risueño, azul, purísimo, y la tierra toma un baño de alegría. No hay corazón que no se contente en una de esas hermosas tardes en que los árboles se adornan con cabelleras de oro, en que las nubes ruedan por los horizontes a modo de enormes trozos de oro derrumbados de una mina prodigiosa; en que los habitantes saborean el aire y la luz por las calles principales de la ciudad. Las mujeres de París no viven en sus casas; todas están en la calle, y en estos días de pláceme para la naturaleza, son las que más la festejan y se festejan con ella. Iba pues yo con mi infortunado misántropo por el *boulevard* Montmartre, y poco a poco se le fué desencapotando la frente, ya su mirada no era turbia; a pocas vueltas, víle sonreir. Era, Señor, que íbamos encontrando falanjes de muchachas, frescas, rosagantes, elegantes, airosas y apetitosas, como no es posible ponderar. ¿De dónde salió ese enjambre de dulces abejas que nos picaban por donde quiera que nos volviésemos? Con qúe había tantas bellas en

París? O los campos Elíseos de Mahoma se abrieron de repente y dejaron derramar esa lluvia de huríes? El hecho es que eran bonitas, y por feliz y rara casualidad, en un largo trecho no topamos ni una vieja ni una fea. Y esas retrecheras que son el diablo! por medio de una infernal maquinilla la orla del vestido está a una tercia del tobillo: ya ustedes se imaginan lo que es eso... y un modo de andar, y un modo de mirar, y un ademán, que allí le hubiera querido ver al buen Xenócrates...Pues el que iba a mi lado se reconcilió consigo mismo, y con Francia, y con su cielo, y con su suelo, y con su clima, tornóse adorador de París, y allí se está hasta ahora conceptuándose el más feliz de los mortales. Tanto como ésto son poderosas las mujeres.

Oh Dios! De este vistoso cuadro he de pasar a un cuadro triste: estoy en Córdoba, y lo que en ella veo no todo es halagüeño. He andado por las orillas del Guadalquivir, he entrado y salido diez veces de la gran mezquita, he recorrido la ciudad del uno al otro extremo, y cuando el exceso de pensar y recordar me rendía la cabeza, y el de sentir y padecer el corazón, un pavoroso espectáculo ha puesto de repente mi ánimo de punta, si puedo expresarme de este modo: al desembocar en una grande plaza, descubro un vasto hormigueo de cabezas humanas: es una muchedumbre apiñada, llena, impaciente, que se codea, se empuja, se golpea por llegar cada uno de los que la componen a un cierto

lugar, en donde el motín es más compacto y bullicioso. Veo, observo, ¡gran Dios! no es gente, espectros son horripilantes: pálido y descarnado el rostro en unos; en otros, negro, ese negro amarillento de ictericia; la greña sucia y revuelta; inmundos jirones por vestidos, por los cuales entreparece hasta lo que debe estar oculto según la pudicia. Son mendigos, centenares de mendigos en una escasa población! Un hombre caritativo les da por ahí en una tienda una galleta baza; de ahí el apresbramiento, de ahí las ansias de la miserable turba. Y no todos viejos y lisiados, sino muchos de ellos gentes de verdes años, y muy enteros y cabales de miembros. ¿Por qué se arrastran en tan indigno estado? Por qué se mueren de hambre? Porque en España no se vive para comer, ni se come para vivir. El español es sobrio; esta virtud nace de un vicio, de un pecado mortal: la pereza; el español es orgulloso; del orgullo proviene la ociosidad; de la ociosidad, la penuria. El español tiene en poco el trabajo; de ésto resulta que carece de lo necesario. Y cuando carece de lo necesario, da en bandido o en mendigo, o en uno y otro, según sus comodidades. Entre tanto, la tierra, la fecunda y bondadosa tierra, permanece yerma: media España está inculta, y la mitad de sus habitantes no tienen oficio ni beneficio, ni cómo pasar la vida. No son ponderaciones éstas; viajad por España, atravesad la Mancha, y veréis, y sentiréis, y lloraréis. Desgraciados hay que vi-

ven como brutos, comiendo hierbas crudas, durmiendo debajo de un chaparro.

Yendo de Granada a Madrid, detúvose el coche para dar un pienso a los caballos en un poblacho de mezquino aspecto; una nube de mendigos cayó al instante sobre los viajeros, que prudentemente no nos apeamos: se agolpaban a las portezuelas, pedían, gritaban, aullaban, y tirarles una ruin moneda de cobre, era hacerles grave daño: dábanse de navajadas, reñían hasta no más, se estropeaban por ganarla cada cual. Un sujeto de entre los caminantes, que luego le conocí por un gran cirujano de Madrid, el renombrado Toca, hizo señas a una miserable mujer que se dejaba estar triste y algo apartada; por todo vestido tenía ésta una bayeta amarilla prendida al hombro, con la cual se cubria como podía todo el cuerpo.—Por qué tienes ese color? —le preguntó el Doctor, cuando el espectro se hubo llegado.—Porque no tengo casa, y como hierbas, respondió la desdichada en tono que me removió todas las lágrimas en el pecho. Cuando arrancaron los caballos, eché al tropel de pordioseros un puñado de piezas de cobre, y me alejé con el corazón oprimido de lástima, pero indignado contra el Gobierno que tal y tanto sufre. En Francia, Inglaterra, Suiza y Alemania no hay una pulgada de tierra inculta: si hay hombres que padecen hambre, es porque les falta trabajo: pero aun este mal lo remedian los buenos Gobiernos y los sabios Monarcas. Sabido

es que la invención de cada nueva máquina priva de trabajo, y por lo mismo de sustento, a centenares de jornaleros: el Gobierno acude a esta dificultad, imagina obras, proporciona ocupación a los que viven de sus manos: ésto hace Napoleón, cuyo principal cuidado es no tener un hombre ocioso en el Imperio. Ese amo que tenía a sus criados ocupados en esparcir y recoger en seguida un saco de trigo, porque no tenían otra cosa que hacer, era un sabio filósofo, digno de la gobernación de un reino.

Guárdenos Dios del encono y la venganza! Ahora que los españoles nos han manifestado tan a las claras su enemiga y su aborrecimiento (1), no son, en nuestra opinión, peores que antes: sus vicios y defectos están en su naturaleza, y no en las buenas o malas obras que consuman con nosotros. Por lo mismo, sus agravios no serán razones para cerrar los ojos a la verdad, cuando la justicia nos favorece con sus nobles impulsos. No todo es malo en nuestros desgraciados progenitores; antes hay en su carácter elevación y grandeza, y sus procedimientos públicos no siempre fueron reprobados. Hubo tiempo en que dominaron en la mayor parte del mundo civilizado; segunda Roma, España oia rugir su león en las cuatro partes de la tierra: valerosos, denodados, sabios en la guerra; héroes poéticos, pero terribles: héroes de Homero, feroces, bru-

1 Hay que tener en cuenta que el autor escribió estas páginas a mediados del siglo XIX.—N. del E.

tales, implacables: la magnanimidad nunca fué una de sus virtudes. Pero han llevado a cima obras maravillosas. Dejan la patria como aventureros un puñado de catalanes, y merced al brío de su pecho y a la fuerza de su brazo, vense luego señores del Imperio de Oriente: deshacen ejércitos, entran ciudades, humillan Emperadores, y dan la ley a una vasta porción de hombres, maravillados en su esclavitud, del poder de esos extranjeros. Roger Lauria, Roberto de Rocafor y Berenguel Entenza pueden ser cada uno el protagonista de una Ilíada. Tiembla Constantinopla en su presencia; encapotan la frente y tiemblan los Paleólogos: y eran uno contra mil! Digan lo que quieran, la conquista del Nuevo Mundo es asimismo un hecho maravilloso: con menos barbarie y crueldad, habrían pasado por verdaderos dioses.

El español es hidalgo, caballeroso, valiente, grave, mesurado, juicioso; respetuoso con la Divinidad, pero soberbio con los hombres. Los malos gobiernos han estragado su carácter público; los vicios de la política han pasado, andando el tiempo, a la conducta privada. Triste verdad, pero verdad, el español de nuestros tiempos no es el español antiguo: bastardea, se estraga cada día: el honor se pierde antes que el valor, y a la vista del mundo acaban de parecer, ni honrados, ni valientes. El despotismo y la superstición son los más crueles enemigos de los hombres. Volvamos a los moros.

Medina Azahara. Abderrahman Anasir.

Medina Azahara es un palacio, orillas del Guadalquivir, a cinco leguas de Córdoba. El amor dirigió la obra, los genios la edificaron: esas columnas aéreas, esos tumbados azulinos, esos pavimentos sonoros y armoniosos, no son hechura de hombres. Fuentes y jardines de agua cristalina, pilas, conchas, y tasones de pórfido y otras piedras preciosas adornan las principales cuadras del alcázar: porque en los calores ardientes del estío es por todo extremo grato entregarse a la inacción en una estancia en cuyo centro hierve un espumoso chorro de agua pura, respirando los perfumes que despiden las juncieras. En la sala del Califa se ve una fuente de jaspe coronada por un cisne de oro, cuyas fauces despiden dos enfurecidos borbollones, que bañando los pies de la hermosa ave, corre deprisa por el canal que serpentea en medio de la cuadra. Una grande y prodigiosa perla sirve de airón al cisne de oro.

Este palacio está circuido de jardines y de bosquecillos aromáticos: el naranjo, el limonero, el cidro, el granado distribuidos simétricamente, o en caprichosa y revuelta muchedumbre, dan cabida a los jilgueros y gorriones, que se entregan allí a terribles familiaridades, cantando sus amores en el más apasionado y armónico gorjeo:

la mariposa no es extraña en esa florida y civilizada selva: vuela de aquí para allí, presenta al sol sus alas desplegadas y temblorosas, formando una multitud de niños y fugitivos iris, que matizan el jardín a manera de flores celestiales: ora se posa un instante en la rosa de güeldres, ora pasa al lirio dulce, ora se alza y cae otra vez en la fragante madreselva: todo es placer para ella; chupa el jugo del jazmín, párase y aletea levemente, se alza y forma círculos inestricables en el aire, amorosa, tierna, brillante: si es verdad la transmigración de las almas, Cleopatra vive en esa mariposa.

A estos bosquecillos siguen otros árboles mayores, más obscuros y frondosos: en ellos la sombra es ya más densa, ya la hojarasca amontonada al pie del tronco ofrece descanso muelle a la sultana que ha fatigado sus miembros de puro andar tras el arroyo. A estos medianos bosques siguen otros de corpulentos y sombríos árboles: povos y ciclamores, cedros y nogales, la palma de dátil, y aun el silvestre pino, componen un intrincado y fresco sitio, en donde corre tal cual gamo enredando su cornamenta en las ramas que se inclinan a la tierra. De suerte que así como va creciendo la distancia, los árboles son mayores, tal, que la vista encuentra a lo lejos con un sombrío horizonte, que contrasta maravillosamente con lo amarillo y lo purpúreo de los jardines del contorno.

El pabellón de Anasir está sobre un recuesto en medio de estos bosques, algo distante del palacio; en él descansa cuando vuelve de la caza, y sus jaurías atrailladas se tiran jadeantes en el patio, hasta que su Señor haya cobrado alientos para tirar al edificio principal. Este pabellón es un dije de arquitectura, una como concha de nácar en figura y proporciones acomodadas al arte: tal vez un buzo encantador sacó fuera del mar la mansión de una nereida enamorada, y la plantó en el jardín del moro: sólo así puede ser tan primoroso y poético el alcazaruelo que corona la floresta, en donde descansa el rey a la vuelta de sus deportes varoniles. Su harén se compone de las más bellas andaluzas, esclavas africanas, presente del soberano de Algarbe, sirias y judías de la más cumplida hermosura traídas al efecto, y las cristianas de Toledo, hechas cautivas en la guerra.

Anasir es muy enamorado; cuando no está en campo con cristianos, se entrega a las delicias del amor: sus queridas tañen los más blandos y voluptuosos instrumentos, y la guitarra en manos de una granadina, habla una lengua celestial, que presto da con el camino del corazón.

Cantan las moras, y ese canto es la expresión de las ansias de su pecho: no todas son felices, porque no todas aman; ¿cómo han de amar todas al mismo hombre? Cada corazón necesita un corazón; cada corazón es esclavo, y necesita un Señor; cada corazón es dueño, y necesita un es-

clavo. Correspondencia no cabe sino de dos en dos, no son abejas las mujeres; mujeres son, y ambiciosas y egoístas, y no se contentan con una tira de alma; quiérenla toda, entera, una para cada una: y hacen bien; más merecen todavía.

No son felices las moras del serrallo, porque no tienen a quien amar: amo es, no amante el gran Miramolín; ¿puede la esclava amar al amo? Le teme, sino le aborrece. Y esas bellas mujeres encerradas de por vida, lloran su esclavitud: ¿a qué ser hermosas? ¿A qué haber nacido con tan singular donaire? *¡Oh, funesto don el de la hermosura!* si ella trae la esclavitud y la desgracia, es un mal de la naturaleza. ¿Qué importan los palacios, los jardines, los baños de mármol, los tapices de Damasco, las alfombras de Cachemira, las joyas de Golconda y Bisapour? Si el corazón está oprimido en el pecho, no hay felicidad posible.

Anasir no es tampoco muy dichoso: poder, riqueza y nombradía, nada le falta: los gustos de la vida se apiñan en su rededor; obedecido, respetado, servido, ¿qué le falta? Le falta ser feliz; pues la felicidad es muy diferente de esas cosas, está dentro de nosotros mismos, y no en lo que nos rodea.

Anasir tuvo dos hijos, Alhaken, heredero ya jurado del trono, y Abdala, segundogénito, príncipe de raras prendas y virtudes. El derecho de primogenitura deparaba la corona a su hermano; mas la naturaleza a él le había criado para rey.

Esto lo tuvo él para sí, y se lo dieron a entender sus amigos y deudos. Abdala no puede sufrir la injusticia: el trono es mío, dice, porque he nacido para el mando: Alhaken es antes para servil que para rey; me usurpa, me defrauda. Y llevado de estos pensamientos, urde una conspiración contra la soberanía y la vida de su hermano.

Aben Adilbar, varón de cuenta, y de los más principales cortesanos de Anasir, es el consejero y apoyador del príncipe rebelde, el cual tiene de su mano muchos jeques y vizires, y muy de los primeros. La conjuración se ha fijado para el día de las víctimas: muerto Alhaken los conjurados victoriosos constreñirían al viejo Abderrahman a hacer jurar al mozo Abdala, y los muslimes le aclamarían por su rey. Llega la fiesta de las víctimas, el plan homicida permanece secreto, nada ha transpirado entre los enemigos. Al reir del alba caerá la cabeza de Alhaken, y los moros vitorearán a Abdala. ¿Qué ha sucedido? Llegó el instante... Dos cabezas nadando en su sangre están boquiabiertas en una mesa de mármol de la sala de Anasir. Son las del conspirador Abdala y de Adilbar, su consejero.

El rey había seguido el hilo de la conspiración; dos horas antes de su término, dió en ella un corte, y todo se fué abajo. Cuando el hijo rebelde compareció a media noche ante su padre, éste le dijo: Te tienes por ofendido porque no reinas? En seguida lloró amarga y desesperadamente, y mandó cortarle la cabeza. Las súplicas

y el llanto de Alhaken nada pudieron en el duro ánimo del viejo. Mas los pesares y los remordimientos acabaron con su vida, y no fué muy atrás del sin ventura Abdala.

Estos son los felices de la tierra: ¡oh príncipes! nada tiene que envidiaros el pastor en su vivienda de hojas, y el campesino en medio de su familia, sin ambición, sin codicia, ignorante de los goces prohibidos o inmodestos, se acerca más a la felicidad, que vosotros encaramados en vuestros resplandecientes tronos.

Pero no vemos en ese rey moro a Junio Bruto y a Tiberio al mismo tiempo? De éste son las palabras, del otro las acciones: Cuando no reináis, hija mía, os creís oprimida, dijo Tiberio a Agripina, esposa de Germánico; y esta grandeza de carácter acarreó la muerte de Agripina. Junio Bruto entregando inflexible a los lictores a sus hijos traidores a Roma y a su padre, no es otro que este árabe de España haciendo decapitar a su hijo en su presencia. ¿Por qué se dice tanto de Bruto y de su acción, cuando apenas hay quien sepa el nombre de Abderrahman? La firmeza de alma, el bárbaro heroísmo, lo rudo y atroz del hecho son los mismos en los dos; empero el uno es Junio Bruto, Cónsul de Roma; el otro no es sino Anasir, príncipe de los muslimes.

1866.

MÉJICO.-1867

(EL PALACIO DE LAS TULLERÍAS)

NAPOLEÓN III, *paseándose en la sala del trono.*

Maximiliano prisionero! Qué dices, Munster?

EL MARQUÉS DE MUNSTER

Que debemos aprovecharnos de la lección para en adelante, Sire.

NAPOLEÓN

Luego no es racional el parecer de Lamartine, de que América está destinada por la naturaleza para servir a Europa?

EL MARQUÈS DE MUNSTER

La naturaleza no ha criado esclavos: el nuevo mundo será algún día dueño y señor del viejo; pero es un error y una extravagancia en nos-

otros querer conquistar a América. Nuestro pobre Lamartine no ha expresado ahí ni una idea poética, menos política ni filosófica. Tan es así, que él mismo, cuando ha escrito con sinceridad, es decir, siempre, ha dicho todo lo contrario. Por la natural sucesión de los acontecimientos, esa parte del mundo se engrandecerá de día en día: puédese matar a un niño; pero es un homicidio. Y ¡qué niño!, Sire; no hemos podido acabar con él. Por mi parte, no solamente me infunde respeto América, pero también la temo.

NAPOLEÓN, *después de una meditabunda pausa.*

Montesquieu tiene la culpa; tal vez me perjudicó el estudiarlo demasiado.

EL MARQUÉS DE MUNSTER

Sí; Montesquieu pretende que las conquistas lejanas afirman las monarquías.

NAPOLEÓN

Has dado en mi pensamiento, Munster. Secondat es muy socorrido; mas a fuerza de ser profundo y verdadero, es peligroso muchas veces. Su principio no puede ser más fundado; empero su aplicación a la práctica no ha sido tan fácil como pensábamos.

EL MARQUÉS DE MUNSTER

¿Por qué no fuimos a Asia, Sire?

NAPOLEÓN

Porque allí están los ingleses: la casaca colorada me disgusta.

EL MARQUÉS DE MUNSTER

Hemos salido mal; y lo que me angustia es, no tanto el mal éxito de la empresa de Méjico, cuanto el triunfo de nuestros enemigos en Francia. Qué dirá Thiers! Qué dirá Favre!

NAPOLEÓN

Favre... Thiers... Esos hombres piensan bien: el uno por egoismo, el otro por filantropía, ambos serían buenos consejeros.

EL MARQUÉS DE MUNSTER

De buena gana prendería fuego al mundo nuestro amigo Thiers por el interés de Francia; Julio Favre es otra cosa. Nos ha combatido con la filosofía y la verdad: previó nuestra ruina en Méjico; ha triunfado. El ciudadano del universo es más grande que el de tal o cual imperio.

NAPOLEÓN

El retiro de nuestras tropas no podía sino traer la pérdida de Maximiliano: desgraciado príncipe! Y sabes que me inquieta su suerte? Si le matan, su sangre caerá sobre mí; semejante al personaje de Macbek, andaré con las manos al aire, horrorizado de sus manchas.

EL MARQUÉS DE MUNSTER

Nos han derrotado los Estados Unidos; el sastre Johnson nos roba nuestra hermosa conquista.

NAPOLEÓN

No; aun sin los Estados Unidos, no podíamos permanecer en Méjico: cuando no pudimos domarlo en el primer empuje, a la larga era imposible. El pueblo que se aferra a su libertad, no puede ser vencido. Los mejicanos tienen su Pelayo, y por fuerza teníamos que salir de Méjico. Antes no gusta que Johnson haya venido como a protejer mi retirada.

EL MARQUÉS DE MUNSTER

Sin él, mucho me temo que hubiéramos acabado por la destrucción completa del ejército expedicionario, o por una poco honrosa retirada.

NAPOLEÓN

Treinta mil franceses, Munster! Treinta mil valientes menos en mis ejércitos; treinta mil ciudadanos menos en el Imperio. Qué ganas tengo de exclamar, dándome contra las paredes: Quintilio Varo, vuélveme mis legiones!

(Entra un chambelán.)

Los señores Thiers y Julio Favre piden licencia a V. M. para entrar.

NAPOLEÓN

Julio Favre... Thiers... que entren.

(Sale el chambelán.)

NAPOLEÓN

He aquí una cosa rara: Thiers y Favre a verme en las Tullerías.

EL MARQUÉS DE MUNSTER

Y no hay incompetencia entre esa visita y el recibimiento de los embajadores que aguarda V. M.?

NAPOLEÓN

Que aguarden los embajadores.

(Entran Thiers y Favre y se inclinan profundamente en presencia del Emperador.)

NAPOLEÓN

Ya os entiendo, señores: es la generosidad la que os trae a mi palacio.

THIERS

Sire, las desgracias de Francia nos tocan a todos los franceses.

NAPOLEÓN

¿Qué me aconsejáis ahora? Debí haber seguido vuestra política.

JULIO FAVRE

Puesto que así se expresa V. M., le aconsejaríamos renunciar para siempre a las conquistas. «El imperio es la paz», ha dicho V. M. Si este grandioso programa se hubiese cumplido, nuestra Francia no hubiera sufrido tan rudo golpe. Harto tenemos con la patria, y para todo nos

bastamos a nosotros mismos. Que el Imperio sea la paz en adelante, Sire!

NAPOLEÓN

No miré sino por su engrandecimiento: he errado en la obra; el pensamiento fué justo y grande.

JULIO FAVRE

Justo no, perdóneme V. M.

NAPOLEÓN

Quiero decir bien concebido.

THIERS

Si aún fuese tiempo, convendría salvar a Maximiliano a todo trance, valerse de Johnson, intervenir, suplicar, si fuese necesario: la ejecución de ese infortunado príncipe sería, no solamente una desgracia, pero casi una infamia. Los príncipes más ilustres de Europa, muertos en el patíbulo en América!

NAPOLEÓN, *desconcertado.*

Y quién los ha llevado? Y quién tiene la culpa? Yo, señores, yo!

JULIO FAVRE

Las desgracias son la sabiduría del porvenir. Por ahora, fortaleza, Sire.

NAPOLEÓN

Pero si matan a Maximiliano?...

JULIO FAVRE

No le matarán: los mejicanos son valientes; pues tienen que ser generosos. Juárez es un grande hombre, Sire.

NAPOLEÓN

Ya lo sabía. Con que Francia no había de poder a Méjico... Un hombre solo puede más que un innumerable ejército. ¿No os admiran la constancia, la tenacidad, la habilidad, la fe del Presidente de Méjico? Ahora estoy para exclamar como Pirro en vista del campamento de los romanos: Esos bárbaros no son bárbaros de ninguna manera.

JULIO FAVRE

Bárbaros... nosotros lo hemos sido en Méjico, Sire: hemos olvidado que la civilización es como

la verdadera religión, que no se la propaga a punta de lanza: hemos degollado, hemos azotado, hemos violado los convenios: los mejicanos han respetado más que nosotros a sus semejantes, al hombre, al soldado, al extranjero. Esos bárbaros no son bárbaros de ninguna manera.

NAPOLEÓN

Confío en que no me haréis el agravio de pensar que he autorizado esos desafueros. La guerra tiene mil variadas formas; no siempre es bella, no siempre honesta: la guerra es muchas veces una impúdica cortesana.

EL MARQUÉS DE MUNSTER

Si es verdad que tales cosas han sucedido en Méjico, señores, a nadie le toca más avergonzarse que al Gobierno: Francia, esta Francia ilustre, propagadora de los derechos del hombre, salvaguardia de la libertad, abolidora de la esclavitud, en todo el mundo, con el látigo en la mano, ¡qué monstruosidad!

NAPOLEÓN

Si todo aquello es verdad, como decís, tenemos vergüenza para mucho tiempo. Espero, con todo, que las quejas de los mejicanos no sean

más justas de lo que nos convendría. Sabéis que admiro a los mejicanos y a su caudillo?

THIERS

Y son admirables verdaderamente. Vencidos, postrados, arruinados ayer; hoy, triunfantes. arrogantes, restablecidos en su patria y su poder, Esos nuevos castellanos merecen nuestra estima, no nuestro menosprecio; nuestro cariño, no nuestro aborrecimiento; nuestra amistad, no nuestra enemiga.

NAPOLEÓN

Han tenido su Cueva de Covadonga. Y dicen que Juárez es un indezuelo.

JULIO FAVRE

Pero qué alma tan aristocrática, qué espíritu tan encumbrado, qué naturaleza tan completa!

NAPOLEÓN

Es decir que los americanos quieren ser libres...

JULIO FAVRE

Y lo serán. La pobre España anda por ahí sin

saber qué hacerse: su orgullo ha de parar en mal. La naturaleza misma ha hecho una grandiosa demarcación, y el principio de ese Presidente, de ese tan filosófico Monroe, me parece fundado en la verdad y la filosofía: América para los americanos. No es lo mismo que si dijésemos: Europa para los europeos?

NAPOLEÓN, *después de algún silencio.*

Que sea como quiera; pero a Maximiliano que no le maten, que no le maten!

LA EMPERATRIZ EUGENIA, *entrando precipitada.*

Murió el príncipe! Murió Maximiliano! Lo anuncia el telégrafo de Havas.

NAPOLEÓN, *cubriéndose el rostro con las manos.*

En el patíbulo.....! (1)

(1) En París circuló antes de tiempo la noticia del fusilamiento de Maximiliano, y produjo un terrible efecto en el Gobierno y en la población entera.

Capítulo que se le olvidó a Cervantes

Inténdame chi puô, ch' i' m' intend' io.

PETRARCA.

Algunas veces te he oído, prosiguió Don Quijote, que nos estuviera mejor volvernos luego a casa a cuidar de nuestras haciendas y familias, y vivir como hombres de bien y buenos cristianos, dejando las aventuras a los Palmerines y Amadises. Mira lo que dices, Sancho, y no te dejes llevar por la corriente de tu simplicidad, la cual te vuelve más tonto y menguado de lo que realmente eres. Si yo renunciara a mis acostumbrados y famosos hechos, ¿qué fuera de los afligidos y los huérfanos, de las doncellas agraviadas, las viudas menesterosas y las princesas encantadas? Y esta mi buena y cortadora espada había de permanecer ociosa, tomándose de orín en un rincón? No se inventó para mí la blandura del reposo, ni sufre mi temperamento vivir bajo tejado, cuando la naturaleza me brinda con sus li-

bertades, y la ancha bóveda del cielo me cubre en toda su extensión, debajo de la cual voy consumando altas acciones, llevando a cima las obras a que los hados me destinaron aún antes que naciera. —Dígame, Señor Don Quijote, dijo Sancho, ¿qué llaman hados los andantes caballeros? —¿Hados? Hados son lo que la gente rústica y el vulgo, al cual tú perteneces, suele llamar destino; y si me entiendes, aquella fuerza en cuya razón nadie es dueño de dejar de hacer tal cosa, de ir a tal parte o dejar de ir; o, en una palabra, hados son los decretos que en bien o en mal están escritos por la Providencia de toda una eternidad. Esto los filósofos suelen llamar suerte, los teólogos predestinación, hados o estrella los poetas, y el vulgo, como te llevo dicho, se contenta con llamar destino.

—Y según esa teología, Vuesamerced ¿qué viene a ser? replicó Sancho. Paróse Don Quijote, y por de pronto no supo qué responder, sospechando que la pregunta envolvía alguna malicia. —Yo vendría a ser poeta, respondió al fin, con un si es no es de rubor, si no estuviera visto y conocido que fuí, soy y he de ser andante caballero, sin que otra profesión distraiga mis pensamientos, ni ocupación alguna que no pertenezca a las armas y diga bien con los impulsos de mi valeroso pecho. Y aunque es verdad que cuando más enamorado estuve no dejé de urdir y tejer algunos tiernos madrigales, por vía fué de pasatiempo, y por dar vado a las penas que

me hervían en el corazón, las cuales si no se las exhala en blandas quejas y armoniosos suspiros, suelen lastimar el alma y desmadejar el brazo. O para decirte de una vez, la andante caballería encierra en sí todas las profesiones, y el que la sigue está obligado a parecer inmediatamente aquello que se le ofrece parecer; porque figúrate que andando por esos mundos de Dios topemos algún sabio nigromante, como me sucedió cuando entré en la cueva de Montesinos, ¿no era preciso tener buen repuesto de sabiduría y aún algunas puntas y ribetes de mago, para poder ir a un paso con aquel sabio Merlín de quien tantas maravillas has oído? ¿Qué figura habría hecho yo en su presencia, si no hubiera sabido a qué quedarme en cuanto a su ciencia de lo pasado y sus predicciones de lo venidero? Pues te sé decir que no nos quedamos nada a deber, y que tan admirado quedó él de mí, como yo de él. —Eso yo lo veo bien, exclamó Sancho; como que nadie que no sea rematadamente ciego, puede dejar de hacerse cruces de las cosas de mi Señor Don Quijote. Volvió a mirarle Don Quijote, y volvió a ver si Sancho no quería hacerle burla. Mas el buen Panza que harto conocía los efectos de la cólera de su amo, añadió sin pérdida de tiempo: Digo que las acciones de Vuesamerced están siempre encaminadas a lo más glorioso, y que mi Señora Dulcinea tiene el más galano y merecedor caballero que nunca se vió por toda la redondez y cercunfirencia de la tierra. —Has

de decir circunferencia, dijo Don Quijote; pues no está bien que el escudero de un tal caballero como yo soy hable tan a lo rústico y villano. Y como te iba a decir, no pocas veces se hallará asimismo el caballero andante en la precisión de ser poeta; pues sin el amor, tan una mesma cosa con él, vanos e inútiles serían los esfuerzos de los caballeros, muchos de los cuales se llamaron trovadores. A éstos la galantería les pone muchas veces en el artículo de sacrificar a las Musas, como cuando en algún castillo encantado alguna apasionada doncella los canta por la noche a su ventana las armónicas y rimadas sensaciones de su alma, pidiendo misericordia para sus amorosas cuitas. ¿Qué harías tú, Sancho, si te encontrases incapaz de responder del propio modo a sus solicitudes? Por vida de mi mujer, respondió Sancho, si no hay quien no sea poeta, con más razón lo había de ser yo, que no fuí tan extraño a ese oficio; pues si me sé acordar, en un cumpleaños de Marisancha escribí una cosa como versos, o como se llaman; pero estaban igualitos, precisamente como los he visto en algún libro que acaso tuve a la mano. ¿No me has dicho que no sabías leer ni escribir?, le interrumpió su amo, ¿cómo los escribiste? —Digo que los repasé, y ensarté y acomodé en la memoria, de modo que cuando llegase el instante de necesitallos, me saliesen uno por uno en orden y sin atropellarse. —Y qué tales te salieron? —Flauteados y melosos y blandos como unas gachas.

¿No es el modo de hacerlos el ir contando con los dedos, y dándose de calabazadas contra las paredes, para hacer venir ideas? —No, hombre, eso lo hacen los tontos. —Pues así los hice yo. —Pues mal año para ti. La poesía es inspiración divina: Apolo viene por sus pasos, y no se le arrastra como al degolladero. Muchos hay, es verdad, que componen versos; pero como un maquinista hace máquinas, como un alarife acomoda las sillares en el edificio. Los tales, aún cuando tengan facilidad para metrificar, y aún cuando el vulgo necio los llame poetas, no lo son, sino poetastros, que no hallan subida al Pindo. La poesía no está fuera del hombre, está dentro de él mismo; por manera que un verdadero poeta por fuerza es hombre bueno, de alma grande, de corazón noble, despreciador de los vicios ruines; la codicia, las industrias lucrativas no tienen lugar en su pecho; y rico de los bienes de la naturaleza, se sonríe de los de la fortuna.

El poeta de alma, de corazón, no de cabeza, es enemigo de los malos: ni envidia, ni maldice, ni malquista, ni injuria solapadamente a aquellos cuya reputación le molesta; o más bien, al verdadero poeta no le molesta la reputación de los demás, porque él se siente superior, o está pronto a reconocer la superioridad ajena, otra virtud. La poesía es la belleza, la perfección del alma: poetas malvados no los hay, te lo puedo afirmar y te lo afirmo; poetas ruines, mucho menos. El padre Homero mendigaba el pan de la vida; mas

a modo de patriarca, cantando fragmentos de su divino poema, con la lira en la mano; ésto es siempre digno y sublime. El ingenio puede llegar a mucho, no lo niego; los algebristas son ingeniosos: ingenio seco, sin jugo que no se paladea sino con trabajo y disgusto: la poesía es húmida, jugosa, mana de una fuente viva, que dentro del pecho está brotando de continuo su límpido raudal. Quien al componer sus metrificaciones no se sintió conmovido interiormente, quien nunca sintió las lágrimas en los ojos a tiempo que escribía, mal puede llamarse poeta: a esfuerzos de su mediana inteligencia hará versos, en buena hora: éste será una máquina de hacer versos.

—Según esto, dijo Sancho, yo soy máquina de hacer versos? —¿Has compuesto muchos? —Hasta unos seis. —Pues qué máquina has de ser, hombre! —¿Necesario ha de ser componerlos en gran número? —No digo eso; pero calla, majadero, que ya me estás importunando; ni es ahora tiempo de oir sandeces tuyas; pues si el vivo deseo de acometer alguna inaudita aventura no me engaña, ahora mismo se me ofrece la ocasión de consumarla, y tan extraordinaria y grande, como nunca me sucediera.

En ésto se oyó en una casuca de campo, que acaso por ahí se hallaba, el rasgueo apresurado de una guitarra, junto con la voz más tuna y regocijada que se puede imaginar; y acudiendo los viajeros a ver qué era ello, no era todo sino una jira,

en la cual unos buenos frailes holgaban a su sabor, ahorrados de faldas, con gorros a la turca, a pesar del cerquillo, en buena paz y compañía con media docena de esas que suelen llamarse mozas del partido. Detuvo Don Quijote a Rocinante, y en el más grave tono que le prestó la voz, dijo a su escudero: Ves aquí, Sancho, el trance más delicado y de mayores consecuencias que la suerte había deparado a mi fortuna. Estaba previsto de *ab eterno* que la fuerza de mi invencible brazo había de dar al través con el poder de los infieles, y arrancar de sus impías manos la santa ciudad de Dios, por la cual tanta sangre derramaron los príncipes cristianos. Esos que ves allí no son menos que los reyes y caudillos moslemíticos, deliberando sobre el cómo han de dar fondo con los ejércitos de Jesucristo, y esas señoras son sin duda algunas cautivas reinas y princesas, que los turcos reservan para sus harenes, en mengua y deshonra de las ciudades de Europa. Pues aun cuando te parezca que andamos por los campos de España, la Providencia me ha traído por misteriosas sendas y desconocidas a este famoso teatro, la sagrada Palestina, en donde ponga yo en ejercicio los irresistibles empujes de mi brazo, y consume y acabe la libertad de la ciudad de Cristo, esclava tantos años, por falta de un andante caballero. Ese que ves allí al frente de los demás, es Selím, rey de Jerusalén, venerable tanto cuanto a despecho del mahometismo que profesa; ese gigante fosco que arruga

la frente y amenaza soberbio a los cielos y tierra, es el descomedido Argante, a quien yo ponga luego en pretina, y enseñe cómo se trata con andantes caballeros. Mira por otro lado a Solimán, que habiendo perdido sus reinos, ha venido a ofrecer su espada al rey de Palestina: éste infiel es de fuerzas prodigiosas y de valor a prueba de leones: peor para él; así se cebará mi saña en él más y mejor, y aprenderá a ser flaco y pusilánime, cuando su mala estrella le depara encuentros con el Caballero de la ardiente espada, como estoy propuesto llamarme de hoy para adelante. —Ah, señor Caballero de la ardiente espada, le interrumpió su escudero; ahora que ha nombrado *estrella*, es Vuesamerced teólogo o poeta? Miróle Don Quijote puesto en cólera, que no le gustaba el hincapié de Sancho en esa materia tocada sólo de paso.

¿Qué va de estrella a teología, bellaco villano! gritóle, y requirió el lanzón; a lo que te sé entender, tú quieres ponerme la mano en la horcajadura: reñido estás con la vida, Panza indigno! Y le asentó tal palo entre la oreja y el hombro, que mal su grado tambaleó Sancho, como quien se ha bebido un odre de aguardiente. No lo dije por tanto, Señor caballero, exclamó el maltratado Panza, viendo que su amo estaba ya a punto de asegundar la caricia; sino que como esta *maldita estrella* se me ha quedado en la frente, no pude menos de dejarla caer cuando me la tocaron. Si es así, te lo perdono, dijo el caballero, y

vuelto a su reposo, prosiguió: Allí descubro también al mago Ismeno, el de la larga barba y elevado turbante: hechicero muy peligroso, donde no se le oponen las reglas de la andante caballería. Ah, Don Solimán! añadió en su heroica exaltación; ahora habéis de llevar la expresión de mi voluntad y de mis amorosas ansias a la Señora de mis pensamientos, sino de buen grado, rabo entre piernas y con una cadena a cuestas.

Asombrados los frailes, no menos que Sancho, oían las locuras de Don Quijote; si bien no tuvieron mucho tiempo de admirar las palabras, porque las acciones iban a poner el colmo a su sorpresa. Descomunal y villana muchedumbre! dijo en voz colérica y alzada, dirigiéndose a los frailes: dejadme luego en libertad a esas princesas, o sois muertos al instante. Y sin esperar respuesta ni disculpa de ninguna clase, arremetió con ellos tan furioso y violento que los buenos de los religiosos no tuvieron tiempo ni voluntad de sostener la acometida; y viendo que tenían que haberlas con un loco nada manso ni católico, echaron a huir por esos campos, en habitillo como estaban, dejando por botín de guerra a su vencedor todas las provisiones de su francachela, inclusas las barraganas; las cuales, unas por desmayarse, otras por dar voces, otras por favorecer al mal herido sacerdote con el cual encontró primero la lanza de Don Quijote, no tuvieron ánimo ni comodidad de huirse. Entonces el vencedor, poniendo la punta de la lanza en el pecho

del caído: Confesad, dijo, que os vencí en singular batalla, y prometed que iréis luego a presentaros a la sin par Dulcinea, en homenaje a su hermosura incomparable, y como prueba del valor y la constancia de su mal ferido caballero. —No tiene que confesar ni que prometer, dijo a esta sazón una de las pelanduzcas, que ya iban recobrando sus espíritus, sino que Vuesamerced le ha estropeado y muerto sin motivo, y que vamos ahora mismo a dar cuenta a la Santa Hermandad, de que anda por aquí un loco furioso hiriendo y matando a la gente, sin esperar razón ni disculpa. —Altas y poderosas Señoras, respondió Don Quijote, bien es de princesas de vuestra alcurnia, y de generosos pechos como los que ahora me roban los sentidos, implorar por sus propios enemigos, y pedir a sus vencedores el perdón de quienes les habían cautivado. Pero no era menos obligación mía acometer a esta turba desmandada, y volveros a la dulce libertad que habíais perdido, a despecho de la religión y de la cortesía que se debe a vuestro sexo. —No somos altas ni gordas, interrumpió la misma que había hablado; somos unas pobres mujeres, que cansadas de trabajar, vinimos a pasar el día en el campo con nuestros primos que Vuesamerced ha tan inhumanamente muerto o dispersado. —No la dejó Don Quijote continuar, y con el más fino y esmerado galanteo, dijo: No os curedes de estos males, fermosas criaturas, que puesto que lo parecen, no lo son en realidad, sino

bienes que al fin y a la postre habéis de agradecer a quien los obra. Y dirigiéndose a su prisionero, le dijo con rudeza: levantaos, si aun sois vivo; y si la vida os incomoda, hablad luego, que yo os hago el servicio de quitárosla.

No pudo sufrir el buen padre este favor, y sabiendo por experiencia que más tardaba su enemigo en decir que en hacer, púsose en pie al punto con indecible agilidad, sin otro daño en su vencimiento que una fuerte contusión en las costillas. Y como le pareciese contra la religión el hacer falso juramento, pues no había él, religioso casi viejo, de ir a presentarse a ninguna Dulcinea, como vencido y prisionero, negóse a lo que su vencedor mandaba, diciendo que antes perdería mil veces la vida. Pues ahora vendréis conmigo, y yo sabré para qué penitencia os guardo, dijo Don Quijote, vuelto ya a su cólera; y ordenóle como luego echase piernas en las ancas de Rocinante, al cual escaló, seguro de ser obedecido.

Pero el fraile estaba puesto en que eso no podía ser: con lo cual el caballero, inflamado en buena ira, saltó abajo, y con el lanzón en ristre, le amenazó pasalle de parte a parte, si al punto no obedecía. No creyó el pobre sacerdote de su conveniencia echar más leña al fuego de su adversario, y suplicándole llegase Rocinante a un altillo que por ahí estaba, montóse en la grupa horcajadillas, con el hábito arregazado y el cogote al aire, y principiaron a trotar por esos

caminos de Dios. Con más que Don Quijote le había obligado a traer la guitarra en la mano, de suerte que era cosa de ver figura como la que componían dos personajes de tan diferente condición y aspecto, sobre un espectro de caballo, con una guitarra a cuestas.

Sancho, que por su cuenta había también echado pie a tierra, cuando vió que no era batalla de correr peligros, dedicóse sin reparo a una canasta de bizcochos y un frasco de aguardiente que pudo haber a la mano, y acariciólos hasta que su amo, el batallador, hubo dado la orden de montar; la cual fué por él obedecida sin el menor refrán, observación ni plática, cosa rara en uno como Sancho. Que te parece, Sancho, dijo Don Quijote, que hagamos de este descomedido mahometano? No veo yo por donde este buen religioso pueda ser mahometano, respondió el escudero; y lo mejor que pudiéramos hacer fuera entregarlo en su convento, y allá su prelado o superior le infrinja el castigo merecido por estas borracherías, que tan a menos traen las órdenes religiosas. Ya te dejaste decir infrinja, otro despropósito, le interrumpió su amo: lo que yo entiendo es que quisiste decir imponga; pues el mismo verbo infligir es ya rancio y de ninguna significación en lo bien hablado. Y sírvate de regla que ha de haber mucha oportunidad y elegancia en un anacronismo, para que pueda pasar. Yo no entiendo de arnaconismos, Señor mío, dijo Sancho; ni sé de verbos sino

que el Verbo Divino se encarnó en las purísimas entrañas de María, por obra y gracia del Espíritu Santo. —Eso no hay quien lo quite; pero no puedo sufrir oirte hablar tan necio, cuando con ser mi escudero debías por esa mesma razón usar términos cultos y adecuados para las circunstancias. Y on lo de llevar, como dices, a este religioso a su convento, no me parece mal; puesto que mejor estaría presentarle al congreso, porque vean esos legisladores cuan sin eficacia son sus leyes, y cuan a despecho de ellas y de las buenas costumbres andan relajados estos frailes. Y yo te sé decir que a ninguna congregación le corre más estrecho deber de ceñirse a la moral, si exceptuamos la orden de la andante caballería, que a los que profesan el sacerdocio, por cuanto en ella están las cosas de Dios, y por cuanto sería cosa más del infierno que del cielo, servirse de impuras manos en los sacrificios. Esto ha sido así desde los primitivos tiempos, como que los sacerdotes idólatras mismos debían ser los más santos de los hombres. Ahí tienes a los de Isis, ahí a los de Apolo, ahí a los flamines de Júpiter: ve qué respeto y venerabilidad, para expresarme de este modo, inspiran a los demás esos mortales privilegiados. Entróse nunca al antro de Trofonio sin un secreto terror, que así te lo causaba el dios como el misterioso sacerdote que le servía? De las preeminencias que gozaban los sacerdotes se seguían ser tan severas las penas con que las leyes castigaban a los

indignos de su santo ministerio. Clodia Leta fué enterrada viva, por haber roto sus votos, y lo propio sucedió a otras varias sacerdotisas de Vesta, las cuales, como acaso oíste alguna vez, llamábanse vestales. Si pues tanto rigor corría con los paganos sacerdotes, ¿qué no debería ser con los cristianos? es por esto que no me parece bien contentarnos con presentar este buen fraile a su provincial, el cual le mandará por castigo de visitador a una provincia, revestido de extraordinarias y plenas facultades; mas antes exponerlo a la vergüenza pública de modo que le pese. Ahora verás lo que hago.

Y como en ésto habian entrado en la ciudad, íbanse por sus pasos encaminando al palacio del cuerpo legislativo, llegados a dónde, desmontóse Don Quijote, arrastrando consigo al fraile, al cual le quitó *velis nolis* la chupa de piqué blanco de algodón, y en mangas de camisa entróle en vilo en la sala misma de sesiones. El presidente hubo de preguntar que era ello, y dicho lo que pasaba, mandó con indignación se echase *ese loco* fuera, y el religioso a su convento.

INÉDITOS

DE LA RISA

(Fisiología)

¿Hay hombre más ridículo, molesto e insufrible que ése que anda llenando de carcajadas tiendas y casas con motivo de sus propias sutilezas? Pues yo afirmo que, aun cuando tenga alguna malicia intelectual, ése es un tonto, o por lo menos un necio. Querer reir de todo, en todas partes y a cada instante, ¿qué es sino pobreza de espíritu? Los bufones antiguos tenían obligación de hacer reir a sus amos, y así andaban a caza de donaires mediante los cuales vivían a mesa y mantel en los palacios. Semejantes empleados habrán sido del gusto de los príncipes bárbaros de la Edad Media, pero en el día no es aceptable un enano burlón y estrepitoso, y mucho menos cuando sus ingeniosidades no siempre tienen la sal en su punto. Yo aguanto de buena gana el hazteallá de un hombre rostrituerto, primero que el genio viscoso y pegadizo del que no puede saludar sin prorrumpir en una risotada. Lo mismo da que en vez de reirse alto y grueso, se rían entre las barbas ese

ji ji quebrado y nudoso con que algunos pícaros nos embarran el alma, como si nos echaran sobre ella hilos de miel empalagosa y dañina. Huid como del zorro de ese viejo barbirucio y graciento que se empieza a reir pausadito y cortado desde que os descubre a una calle de distancia: se ríe al ver un conocido, se ríe al saludarle, al preguntar por la salud, por la familia. Le responden que está bien, se ríe; que está mal, se ríe; envía memorias, y se ríe; se va, y se ríe. Algo se había de olvidar, allí vuelve: no se había reído todo. Si su infeliz interlocutor, su víctima, no alarga el paso y tuerce la esquina, le llamará otra vez, para reirse de adición: mientras el cielo le dé barbas, no le ha de faltar una posdata. Me parece que si se las arrancaran de cuajo, dejara de reirse, porque esos **ji jis** vivarachos y espeluznantes que salen como lagartijas de su boca, necesitan una maleza por donde retorzar y esconderse. Le piden un servicio, lo niega riendo; le hacen un favor, lo recibe riendo, y riendo murmura del que se lo acaba de hacer. La risa es el cuchillo con que asesina al ausente, el falso juramento con que engaña al presente. Ancha su cara como la rodela de Don Quijote, aborrascadas y cenicientas sus barbas como las de Hudibrás, se ríe hasta con esos ojillos de color celeste. Y cuando habla se queja, cuando rememora la ingratitud de sus favorecidos, los bienes que ha hecho a sus semejantes sin que su propia mano izquierda lo supiese, entonces llora;

pero como el llorar de una manera absoluta sería perder tiempo de reirse, llora con el un ojo y con el otro se ríe, como el personaje de Labruyére. La risa no se alberga sola en el laberinto de sus barbas; duerme en la misma cama con la mentira y la difamación, y juntas se levantan muy temprano, para acostarse muy tarde entre las mil sabandijas que pululan en ese chaparro de brujas. Si este viejo se riera alto, grueso furibundo, como ese otro enano, yo todo lo perdonara, todo! Pero ese reído de culebra, aguloso, quebrado, añudado como un quipo; ese trotecito impertinente e interminable de la boca con el cual se va camino del mal del prójimo, eso no hay quien lo sufra. A menos que el del reir agudo se encuentre con el del reir gordo y pringoso: éstos sí que se comprenden y complacen de hallarse juntos, para reirse el uno como violín, el otro como **violón**; el chiquito, como se riera un elefante: el grande, como se riera un caballo de ajedrez, trocando los frenos en el reir, conformes en el mentir y el difamar.

La risa con fundamento, que sirve de sentencia filosófica; la risa de Demócrito, ésa es otra cosa. Unos sabios vierten lágrimas en contemplación de las miserias humanas; otros se ríen de ellas: no sé cuáles tengan razón; uno y otros tal vez, porque hay miserias ridículas, y miserias lastimosas. La risa y el llanto son hermanos gemelos, caminan a distancia de un paso y, como Cástor y Pólux, viven a días: mientras alienta

el uno, muere el otro, y así se van sucediendo en alternación amistosa a lo largo de los siglos.

Hay risa fina y delicada, sal preciosa que asainetea el trato humano, y nos hace volver a su regosto: ella es tónico de la vida, sin el cual la tirantez de los sinsabores nos descompusiera del todo y nos tuviera entregados a ese mal consumidor que se llama tristeza: la risa lo combate, lo destruye: el que puede reir de corazón, esté seguro de que comerá con apetito: la risa da hambre y alimenta, se burla de los quebrantos y obra sobre nosotros como si nos estuviera sacudiendo cariñosamente un ángel. Cuando el ingenio acierta a encarnarse en un habla alegre, se reviste de una de sus más donosas formas, y campea haciendo quiebros en la tertulia inteligente. La chispa es un delicioso cordial, si reluce y chirria dentro del círculo de la moderación y el decoro; mas cuando quiere brillar sin término ni medida, viene a parar en fuego fatuo. Si sucede que nuestra sal reanima a los demás, podemos estar ciertos de que hemos dicho cosa buena en buena forma; pero cuando el dueño de la gracia se ve obligado a dar la voz de la risa, no ha habido sino una majadería.

Hay risa fila y penetrante que se va al través del pecho como frío puñal: la malicia, la ironía, el sarcasmo suelen reirse **pian piano**, y muy como quien no dice nada degüellan a su víctima. Esta risa es asimismo un espíritu sutil que ciertos alquimistas infernales extraen del odio, la

envidia, la malignidad, para envenenar a sus semejantes; espíritu que cuando es elaborado por la moral y la virtud, con el fin de matar los vicios y conciliar vigor a las buenas costumbres, es precioso, y resulta de operaciones más sabias que las que fueran menester para dar con la piedra filosofal. Tenga un hombre una sombra de inteligencia, y sabrá al punto el juicio que de él forman los que le oyen, cuando a sus proposiciones y donaires responde alguno de ellos con una de esas risas que apagan el buen humor. Al que se ríe por vía de censurar vicios y defectos, apláudasele, anímesele; pero si es Aristófanes quien se quiere reir de Sócrates, que no halle sino silencio. Sabiduría y virtud encarnadas en una sola persona componen una divinidad alta y augusta: mofarse de ella es vilipendiar a los dioses.

Hay risa que cae cual un martillo; risa feroz que sofoca y abruma al desdichado sobre quien está golpeando inexorablemente. Esta no siempre es un principio de salud, y la suelen tener en su organización esos hombres malignos, sarcásticos, que se van por cualquiera senda tras el daño del prójimo: esta risa es amarga, deletérea; la risa de Antonio en presencia de la cabeza de Cicerón. La venganza se ríe también, pero no en todos sus períodos: en el primero es dura, agria, fementida; lejos de reir se está callada y zahareña: en el segundo se hincha, se inflama, se envenena; echa espuma por la boca, fuego por los ojos. En el tercero, está madura, no puede más, re-

vienta, y muere o destruye al enemigo. En este último caso se suele reir: la venganza sastisfecha tiene su alegría de Satanás, y se ríe como Antonio.

Hay risa hueca, retumbante cual trueno sin rayo; risa abombada y voluminosa, risa de tonto, en una palabra, que estalla sin oportunidad, suena sin melodia, y no hace más perjuicio que incomodar los oídos. Un bobo está siempre aparejado para reir, y con su reir sin sal ni otro aderezo sale de cualquier paso. Si hubiera un purgatorio especial para los tontos, sería de ir a verlos purgar su desabrido pecado, dando de barato que el tonto pueda salvarse alguna vez, y si entran a la parte en esta regalía de la gloria eterna, como cualquier hijo de vecino, pregunto yo: se van al cielo con su tontera a cuestas? dejan heredades de ella a sus descendientes? Nada: el aire de la eternidad les limpia esa inmundicia, y no llegan a la faz del Altísimo a menos que le presenten espíritu bañado en virtud e inteligencia.

El tonto es cosa terrible: entiende al revés una cosa, se ríe; no la entiende de ningún modo, se ríe; los casos tristes, él se los rie; los indiferentes, se los ríe, y no por mal, sino porque piensa que allí es de reir, y que si no se ríe bien reído, pasa por tonto. Tan importuno es éste donde están preponderando la inteligencia y el buen decir, como apetecible y socorrido para el concurso a quien abruma el incó-

modo silencio. Uno que se está riendo aunque nadie hable, sirve de piano, cubre y disculpa el callar sempiterno de los circunstantes.

Hay quienes poseen su risa de especulación: riéndose mucho pasan por inteligentes, amenos; son convidados a almorzar; se engordan a buena mesa, sin que salga humo de su techo. Este alegre vividor tiene que ser muy maldiciente, muy noticiero, muy mentiroso; si no, ¿de dónde había de tomar sus flechas? Su aljaba es la murmuración; su fuerza, muchas veces, la calumnia. Moteja a los ausentes, da soga a los presentes; chancea, anda zumbándose, despotrica sin término, y es el que más festeja sus graciosidades y se inebría con las sales de su espíritu, dando la voz en esos chacotones donde piensan los bobos que están muy divertidos. Algunos de estos suelen figurarse que el reir mucho es tener mucho talento y ser amabilísimo: se ríen como por tarea todo el día, y se van descuartizados a la cama. Sacan a lo menos este provecho: duermen largo, profunda y pesadamente; otra ventaja de la tontería.

Y los que se ríen de imitación? Estos son los doctores por la universidad de ciencias fátuas. Los áulicos de Dionisio eran todos cortos de vista, andaban provocando a la gente con ese fruncir los ojos y ese mirar despacio que irrita a los mal sufridos hasta los bofetones, y todo porque el tirano era cegato: muchos de ellos eran unos zahoríes, pero no veían gota. Si hay quien imite

defecto o desgracia tan triste como la ceguera, ¿no ha de haber quien imite cosa tan buena como la risa? Esto es tomar la tontería del vecino sobre la propia; albarda sobre albarda. Dios los perdone a estos benditos; el mundo no los perdona. Rianse de veras, rianse de fingido, vayan a reirse en sus casas, y no descompongan las tejas ni rajen las paredes de la ajena, sirviendo de temblor todas las noches con ese carcajadear estridente que semeja a un derrumbamiento de piedras.

No me nombren tampoco a ese quídam seco, agrio, repulsivo, que permanece él solo como de palo en medio de un risa agradable y general: tras de esa adustez, que finge por distinción, entreparecen la insensibilidad o la imbecilidad. El que jamás se ríe es tan sospechoso como el que no deja de reirse: si yo supiera de alguien que en su vida se ha reído, huyera de él como de un tigre. Este hervor de la naturaleza que se llama risa, tan saludable cuando viene en razón, es necesario para el buen temperamento del alma y del cuerpo; sacudida voluptuosa que cierne los malos humores, y nos deja aliviados y expeditos; suave tremór que nos acomoda los huesos y nos hace gustar de la vida, aun en medio de los sinsabores con que nos andamos afligiendo unos a otros. Si sabéis de un hombre que no se ha reído un año, no por falta de disposición natural, sino de ocasión, le dáis por infortunado, y lo es de todo en todo: solitaria,

triste, debe ser su vida. Este no ha oído en tanto tiempo ni un donaire de buena ley, ni una sandez graciosa, ni una sátira superfina, ni una fanfarronada ridícula, ni un salado acontecimiento, ni una mentira de a folio: no ha visto caerse a nadie patas arriba; no ha visto unas narices de a palmo entre dos ojos de pollo; no ha visto un sombrero antidiluviano ni un casacón chambergo; no ha visto ni oído nada de eso, ¿cómo se hubiera de reir? Estaba en cama? en la cárcel? en un desierto? El que vive entre sus semejantes, sus amigos, da en, y halla de que reir a cada paso con sus ridiculeces propias y las ajenas. No haberse reído un año, es haber estado muerto un año: los que piensan que viven, ríanse de cuando en cuando; mas si son sabios, procuren no hacer reir a nadie. Cosa singular, y capricho de los que suelen los mortales: el que más gusto nos proporciona es el que menos alcanza nuestra estimación: un gracioso de profesión tiene algo de volatín: gusta el vulgo de sus suertes y lances, pero no hay a sus ojos sujeto más despreciable: Juan Rana, Ganasa, Pantalón son personajes divinos, a la diabla, en el escenario: en la calle, en el trato humano, Dios nos asista! Y otra cosa, más rara todavía: el que dice gracias, buenas o malas, muchas o pocas, no es cuscado ni para obispo, ni para oidor, ni para novio, ni para maldita de Dios la cosa; y el que las escribe, merece el aplauso de las gentes: los hay entre ellos que se alejan ya del mundo siglos, y el género hu-

mano aun no se cansa de seguirlos por la eternidad batiendo las palmas atrás de éllos: Cervantes, Shakespeare, Molière, son la admiración perpetua de los hombres.

La sal vuelve estéril el terreno donde se la siembra: para que la risa sea dulce y de buen efecto, conviene que nazca de la sal; y cuando ella, es sincera, bien templada, profunda, que arranque de las entrañas, no de la boca puramente; cuando el corazón, el espíritu tiene parte en ella, entonces la risa es como un destello de gozo divino que alumbra ésta nuestra parte moral tan propensa a las sombras de la melancolía: ya se entiende, si la chispa brota entre la honestidad y la decencia; pues los donaires que se disparan en el campo de la corrupción, son flechas enherboladas que van a herir a las virtudes. El decoro es el principio de la sal ática, esa que conmueve agradablemente e imprime en el rostro de los que la saborean el amable gesto al cual las Musas, sin duda, bautizaron con el dulce nombre de sonrisa. Esa sal es para el alma, ella la gusta, ella es quien se ríe en las misteriosas y profundas regiones donde la tenemos invisible. La sal gruesa, común, produce carcajadas; y no se me niegue que en ellas hay algo de ordinario, de vulgar y molesto, que poco se aviene con la noble risa de la inteligencia.

Entre los seres mortales, al hombre solamente le ha sido concedida la facultad de la risa; los animales saben llorar, mas no disponen de ese

medio de imprimir sus alegrías. Satanás lloró en presencia de su corte al considerar su miseria profunda e irremediable; pero nunca se le ha oído le grata risa del placer, porque él no la conoce: si se ríe, es de dolor, de furor, de desesperación, en ese abominable júbilo que le proporcionan los tormentos de los réprobos, júbilo que le despedaza las negras entrañas; y cuando así se ríe, sus carcajadas revientan como trueno funesto, y van retumbando por las regiones infernales, hasta apagarse lúgubres en los confines de la nada. Si los seres angélicos gozan el don de la risa, ¡qué raudales de dulce armonía serán esos! No os figuráis que Dios mismo aparta los labios en su beatitud infinita, y se sonríe, al ver reir en el seno de la gloria a los serafines? No: respecto de los entes superiores, no concibe uno sino que viven su vida eterna en quietud y silencio inviolable.

Los mortales reímos, el dolor mismo ha de ser muy grave, muy agudo, muy pungente, para que no se deje inquietar alguna vez por esa divinidad pequeñuela y seductora que anda estampando en el rostro de los félices esa figura inexplicable que se llama risa. La risa no es el sello de la dicha puramente: ríe también la desgracia, rien las lágrimas y muchas veces la tumba es traicionada por tal cual risa fugaz que suena en secreto tras el rebujo negro de la viuda. La austeridad es el punto de honra de la pesadumbre: los que estamos o debemos estar perdidos

en el obscuro mar de la tristeza, lo damos a entender con el silencio; pero sólo el que nada sabe del corazón no tiene malicia de lo que a solas pasan el hombre o la mujer más desdichados. El pensamiento no puede andar siempre entre abrojos; gusta mucho de las flores; y no porque la suerte le persigue encarnizada a uno le quita la facultad de gozar de fantasía. El destierro, el desengaño, el desamor, el hambre misma, la orfandad, la viudez; el infortunio y el dolor en todas sus formas, sólo han menester un instante de secreto profundo para burlarse de la fortuna con una amable risa que viene a desarrugar la frente: de muchas horas pasadas suele descargar la imaginación a los hijos de la desgracia. El hombre es una péndola entre una sonrisa y una lágrima, según la filosofía de un poeta, sentencia que conviene tanto a la próspera cuanto a la adversa fortuna. Si al desgraciado no le faltan del todo gratos trances de placer, al dichoso le suelen sobrar ocasiones de dolor. Riendo y llorando vivimos; sólo la adustez de la muerte es inapeable: al sepulcro descendemos muy formales. Los que se quedan todavía, lloran con el un ojo y con el otro se ríen.

Y la risita purpurina que sale temblando por entre los labios de la beldad inocente? Esa es para la vista un gesto amable; para el oído, una armonía melodiosa. ¿Hay instrumento más alegre y seductor que la garganta de una bella, henchida de dulces gorgoritos? Si un ángel invisible

imprime en esa voz la sonoridad argentina de la inocencia, ya no caben en lo humano acentos más celestiales de la mujer joven y pura que con la risa expresa la inquietud de su pecho; inquietud alegre e inocente, cuando sus pensamientos empiezan a asomarse a la malicia: malicia de serafines, afecto indefinido y vago, embrión de la más tierna de las pasiones nobles. La risa es como las lágrimas en la mujer hermosa; todo seduce en ella, porque en ella todo es poesía. De un rostro amable, de ojos rasgados y lánguidos, asombrados por largas y sedosas pestañas; de labios grosezuelos y encendidos que se apartan en angélica sonrisa, y por entre su voluptuosa rubicundez, dejan asomarse la blanca dentadura; de mejillas provocativamente llenas, bajo cuya epidermis circula una sangre pura cual disolución hervorosa de rubíes; de frente arqueada y límpida, cuyos términos son, por una parte, las cejas negras; por otra, la crespa, hundosa cabellera; en este rostro, digo, suena una dulce música, la música visible, música de formas que se nos entra al alma por los ojos.

DIARIO INTIMO

PARIS-1870

Fragmentos.

Respeto las canas, a condición de que la cobardía no se apoye en la edad. Que el anciano no me diga: soy viejo; que me diga para que yo le venere: he vivido bien mis años. El sombrero mío no cae sino delante de la virtud, o delante de la dignidad; en ocasiones, puede tener algo de digno, quien carece de virtud.

La vejez en un malvado, sería motivo para el respeto general? ¿Prevalecerían los viles sobre los hombres dignos, a título sólo de su edad? Si el vil, es viejo, tanto peor. Es preciso ser desde luego hombre de bien, bueno y generoso. Solamente una vida honestamente vivida dora las canas. Largos años de pureza, de caridad, de grandeza de alma, valen sin duda más que una corta edad; pero sesenta, ochenta años de infamias, de perversidad, nos obligarán a honrarles?

Encontré hoy al viejo... Bajó la cabeza y pasó sin osar mirarme. Luego fué para ante los ami-

gos a quejarse de que no lo había saludado yo, después de que ni manifestó querer saludarme. Se equivocó al imaginarse que debo considerarle por sus cabellos que ya no son negros. Ha sido perverso conmigo, me ha causado tanto daño... y quiere todavía que se le salude respetuosamente.

❁

Los niños son como los pájaros; cuando gorjean, la alegría esparcen a su alrededor. No consentiría en volver a mis diez años, sino con promesa segura del destino de que mi vida sería completamente distinta de lo que ella ha sido. Cuatro días de felicidad en treinta años de dolores, de desgracias, de amarguras: una gota de miel en el océano. Todavía quitadme de estos cuatro días las horas de inquietud, de desconfianza, de celo, de dudas, de cólera, de fastidio, de angustia, de intenso desfallecimiento, y no me quedan sino algunos instantes de felicidad sin mezcla.

❁

Cuando reflexiono sobre la vida y profundizo acerca de la condición del hombre en la tierra, tentado estoy a creer que fué creado a impulso del odio, si no advirtiese que el mundo no es sino tránsito a la inmortalidad. Advertid cómo la mayoría de los hombres se sienten tan miserables, que se preguntan por qué se les ha hecho el mal de darles existencia. Mas ¡oh contradic-

ción! se desea no ser, no existir, y se teme la nada; el corazón suspira por el cielo, y vive pegado a la tierra.

*

Estad al borde de la tumba, y si vuestra existencia depende de algún dinero de vuestros amigos, veréis lo poco que ella vale, o más bien no lo veréis, porque aunque muy afligidos, os dejarán partir.

Adquiera yo riquezas, y luego *los numerosos defectos* que algunos me dan, desaparecerían a los ojos de *mis amigos*. Soy un *monstruo*, porque no les soy útil, y, al contrario, tengo la desgracia de necesitar de ellos. Cuando la crueldad pretesta tener razón, se convierte en cobardía. Dadme un bandido, podré hacer de él un héroe; un hombre falso y vil, jamás será bueno para nada.

Si yo tuviese jurisdicción para condenar, condenaría al hipócrita. La peor de las maldades es la que pretende parecer como bondad. Nada desagrada más al buen Dios, que oir al malvado hablar como hombre virtuoso; y nada es más cínico que decir lo bueno cuando precisamente se proyecta ejecutar lo abominable.

*

Quién es mi mayor enemigo? El que ha conseguido hacerme aborrecer a los otros, a fuerza de lisonjas. No es cuando he estado en buena situación que mis enemigos se han disparado contra

mí; es en tiempo de desgracia, cuando los perversos ostentan su odio. Las injurias de los enemigos son naturales; las murmuraciones de los amigos rasgan el corazón.

El medio más seguro para conservar la tranquilidad de espíritu, es jamás esperar nada bueno de parte de vuestros favorecidos; así ni la ingratitud os sorprenderá ni la cólera os irritará.

*

15 de julio, 1870.—Anoche es cuando más gente he visto animada del mismo sentimiento y todos con la misma idea. A duras penas pude ganar un sillón en la Lonja chiquita *(petite Bourse)* Boulevard de los Italianos: parado allí como en una tribuna, he visto pasar el Amazonas rugiendo y amenazando, desde la Bastilla hasta la Magdalena. Una columna de unos mil artesanos, con su respectiva bandera, se abre paso por el medio de la calle al son de la «Marsellesa», a la cual han adaptado el estribillo: A Berlín! a Berlín!, que inmensa muchedumbre responde con ¡viva la Francia! A una cuadra de distancia hace oir otro grupo numeroso, cuyos oleajes llegan ya hasta mi lugar: Viva la guerra! viva la Francia! a Berlín! a Berlín! Todos descubiertos, con el sombrero en lo alto, pasan entonando la canción nacional; la sangre de Rouget de Lisle arde en las venas de todos esos millares de hombres: el honor de Francia es el honor de cada uno de sus hijos: cada cual cree en peligro el

suyo propio, todos están personalmente interesados en sostenerlo. ¿Cómo no ha de ser grande, poderoso e ilustre un pueblo donde los niños son hombres en los conflictos, y jóvenes los viejos? Un anciano de larga barba cana va en el centro de ese pelotón, compuesto en su mayor parte de adolescentes, entre los cuales veo muchos niños. Abajo los prusianos! viva la Francia! Cuando los franceses gritan, están prontos a obrar: son fáciles de lengua, pero no tardos de manos, como suele suceder. Dénle un fusil al muchacho que exclama a Berlín! a Berlín! y se va a Berlín. La guerra es una fiesta para este pueblo: todos están alegres, pero más los soldados, los que van a morir mañana. Las mujeres se abren paso, anunciando las últimas noticias, gritan en los kioscos, se afanan, venden, reparten miles y miles de periódicos, de los cuales se tiran tres ediciones al día. «*La Libertad*, señores! acaba de salir, tercera edición! los últimos despachos telegráficos! Declaración oficial de la guerra! *La Patria! La Prensa!* La guerra! la guerra! Habrá quien no quiera ver el acta de la famosa sesión del Cuerpo Legislativo?»

En esto se oye a lo lejos una como bocina o trompeta, a la cual acompaña un rumor profundo, sordo, inmenso. Se acerca... es la blusa blanca, la terrible blusa blanca, el barrio de San Antonio salido de margen, que se viene por allí cantando la «Marsellesa» a millares de voces; pero estas no gritan a Berlín, a Berlín!, sino: Viva la

paz!, viva la paz!, a cuyos gritos responden otras infinitas voces: Abajo la Internacional! Mueran los prusianos!

—«Están pagados para eso! Vienen de Santa Pelagia.»

—Cállense los irreconciliables! Viva la guerra!

La Internacional es una sociedad política, socialista, que lleva al extremo los principios liberales, a la cual nada le importaría el medio, cualquiera que fuese, de derrocar las dinastías y levantar la república social. Está ramificada en toda Europa, y cuenta sus miembros por centenas de millares. Su centro se halla en Londres, aunque es de origen francés, y sus diferentes ramas están perfectamente unidas al tronco. Dícese que la suerte de las naciones europeas, con el transcurso de los años, estará en manos de esta sociedad, la cual no tiene embarazo en manifestarse en ocasiones tan solemnes como la presente. Gritar viva la paz cuando la guerra ha sido oficialmente declarada por los poderes competentes del Estado, es ser verdaderamente irreconciliables!

Como hijo del Nuevo Mundo, republicano soy, y no de los malos; pero esta sedición de la blusa blanca me ha parecido absurda. Que hubiesen hecho sus demostraciones antes de la solemne declaratoria de guerra, vaya con Dios; pero cuando ella es, no solamente una conveniencia, una necesidad para Francia, sino también deber y punto de honra, es poco menos que delito.

Julio de 1870.—Si por desgracia el ejército francés fuese vencido en las primeras batallas, los partidarios de la paz se negarían a salir al encuentro de los prusianos? No lo creo: irían gritando: Viva la paz! viva la paz! para molestar al gobierno, pero combatirían cuerpo a cuerpo con los invasores de la patria. No hay en el mundo pueblo que más la ame que el francés. Mi Dios, mi rey y mi dama, era la divisa de los antiguos caballeros; la de los franceses es: *Mi patria, mi patria y mi dama,* en tiempo de guerra; en tiempo de paz: *Mi dama, mi dama y mi patria.*

El *mi Dios,* por natural y sabido, no lo ponen en su divisa, o acaso porque no caen en cuenta que es lo más verosímil. El Papa acaba de ser declarado infalible a sus barbas, y tan grave acontecimiento lo han mirado como cosa de todos los días: en punto a religión los franceses no tienen que hacer ni qué decir, es el pueblo más indiferente del mundo, y como tengan seguras la patria y la dama, no andan cavilando en materias religiosas, con tal que no les falte plata. Es verdad que también aquí, en Francia, quién lo creyera! hay hombres que no comen carne los viernes, lo que llaman *faire maigre:* hacen *maigre* un instante en la mesa, pero pienso que fuera de ella...siempre hacen *gras.* Un buen francés, inclusive Luis Veuillot, vive de lo gordo en cuanto le sea posible.

Sea de ésto lo que fuera, quitado ese barrio

de San Antonio, todo París, toda la Francia grita: Viva la guerra! a Berlín! a Berlín! y por Cristo Santo, que se han de ir, porque este pueblo tan afable, tan cortés, tan bondadoso, es terrible en la guerra y valiente como ninguno. Ahora tienen razón: otra más para que yo esté con ellos; pues en efecto la insolencia de Prusia es insufrible y si la dejan, ha de empuñar el cetro de la monarquía universal; ni es para menos su ambición gigantesca.

Me gusta la preponderancia de Francia: al mundo, ninguna otra nación le aprovecha más, y sería para mí un verdadero pesar verla descender a potencia de segundo o tercer orden.

El viva la paz! no es sino protesta contra el imperio, protesta contra Napoleón tercero, mas, llegado el caso, todos irán a la guerra y de buena gana.

Entre las personas con quienes me codeaba, hubo una que se atrevió a hablar contra ella—la guerra—. Pobre caballero! Por poco le pegan, le matan, le comen. He visto enfurecerse sin más que eso a las personas más reposadas, cuya venerable barriga parecía garantizar la paciencia.

«Canalla!» por un lado; «bribón!» por otro. «Este no es francés!» «Le han pagado los prusianos!» «Miserable!» «Hombre indigno!» «Espía de Bismarck!»

El infeliz respondía a todos: un francés responde a mil, y será maravilla que pierda el áni-

mo. Con todo, empujado, codeado, apretado, impelido por todas partes, desapareció en un oleaje inmenso que vino moviéndose como un monstruo, el cual por poco no carga conmigo con tribuna y todo.

Julio de 1870.—Un orador popular se instala sobre un montón de tierra: parece que dice mucho, aunque nada se le oye: los franceses no tienen tiempo para oir a nadie en estas ocasiones, porque a todos les falta para hablar ellos mismos. Sólo el grito general es claro, alto, formidable, superior a todos los gritos: Viva Francia! a Berlín! a Berlín!

A las doce de la noche, la manga de operarios de los diferentes barrios no acababa de pasar, bandera al frente y la «Marsellesa», la canción vibrante y ensordecedora, en los labios.

Quisiera yo saber si los prusianos están haciendo lo propio en Berlín: no lo creo: ellos son ambiciosos e insolentes, pero no gustan de estas grandes comedias; son muy serios en el matar y en el vivir en paz, y como den buena cuenta del enemigo, aunque el pueblo se acueste á la hora de costumbre. Oigo que por allá, en Alemania, están muy tranquilos: pelearán tranquila, serenamente; pero si Napoleón tercero entrara a Berlín, llorarían amargamente los prusianos. La baronesa de Shawaneulfield, hermosa anciana de ochenta años, no podía contener las lágrimas cuando, en Niza, contaba la invasión de los franceses, y tenía fresca, imborrable la imagen

del gran Emperador, que ella lo pintaba como un hombrecillo enjuto, pálido, de mirar extraordinario, caballero en un cascudo blanco.

Hoy las guerras no se llevan por el extremo que en los tiempos pasados: la primera, o cuando más, dos o tres batallas les ponen término, y como no son de conquista, los beligerantes concluyen el tratado de paz en el campo de batalla, entre el estertor de los moribundos y el olor acre de la tierra empapada en sangre que se evapora. Napoleón primero entró a Berlín, tomó Viena, se apoderó de Madrid, forzó a Moscou, porque ese era uno que se entraba donde quería, tomaba todo, forzaba hasta lo inviolable. Un Dios iba en su pecho y el infierno le prestaba sus medios: ahora los príncipes son más humanos, y la política ha abolido la guerra a muerte, con esta gran invención que llaman equilibrio europeo. Tomado Sebastopol, los aliados no pensaron sino en la paz, lejos del pensamiento de Carlos duodécimo y de Napoleón de ir a San Petersburgo: después de Solferino viene Villafranca: completamente vencidos los austriacos, los franceses concluyen la paz; y ni los prusianos se atrevieron a ir a Viena al otro día de Sadowa. Felizmente para las naciones, su independencia es más firme que antes, y ahora se combate por orgullo o por mantener preponderancia.

La presente guerra no es de principios. Ningún motivo grandioso de esos que inflaman el

pecho de los libres, la ha originado: es la negra hourilla, debajo de la cual se halla con todo una causa de más significación para los franceses. Si no provocan y vencen a la Prusia, serán los segundos en Europa: Prusia es una nación conquistadora, anhelante de conquistas, de esas conquistas que se logran con maña y deslealtad. Soy de parecer que se la dé un empellón (1).

(1) Francia, a los cuarenta y cuatro años, volvió a vivir días análogos a los de 1870. Ahora, terminada la Gran Guerra, encontramos cumplidos los atisbos y las predicciones apuntados por el gran escritor, en su *Diario Intimo*.—N. del E.

INDICE

Página

JUAN MONTALVO 5
Los héroes de la emancipación americana 9
VIAJES: Poesía de los moros.—Córdoba; la gran Mezquita (1866) 107
MÉJICO (1867) 135
Capítulo que se le olvidó a Cervantes 147
INÉDITOS 161
De la risa 163
Diario íntimo (París-1870) 177
INDICE 189